
SERIE
PASIÓN
Ilícita
La Novia
Reticente De Mafia
Shade
ALEXIS LEE

LA NOVIA RETICENTE DE MAFIA SHADE

Un romance oscuro de la mafia: un bebé secreto, un matrimonio arreglado y una historia de amor entre enemigos y amantes.



ALEXIS LEE

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Epílogo

Derechos de autor © 2025 Alexis Lee

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse sin el permiso por escrito del editor o del autor, excepto según lo permita la ley de derechos de autor de EE. UU.

CAPÍTULO 1



CAPÍTULO UNO
MARÍA

—Sabía que estaba condenada desde el principio —me lamenté, con las manos temblorosas mientras bajaba lentamente la cabeza—, pero no tanto como esto.

Las dos líneas rosas me devolvían la mirada, claras e inconfundibles.

Positivo.

—Estaba jodida. Muy, muy jodida.

Mis manos temblaban mientras dejaba el test de embarazo sobre el lavabo. La luz del baño parpadeaba ligeramente, como si también estuviera juzgando mis decisiones. Mi corazón latía tan fuerte que parecía querer salirse de mi pecho.

Cerré los ojos, pero fue un error, porque en cuanto lo hice, volví a estar allí, de vuelta a aquella noche.

El club estaba electrizante, lleno de una energía que te hacía sentir vivo. La fiesta clandestina era solo por invitación, el tipo de lugar al que entrabas si conocías a la gente adecuada o tenías suficiente dinero. Estar allí fue un acto de rebeldía después de una acalorada discusión con mi padre, que intentaba casarme con un príncipe árabe. Mi padre me había llamado testaruda. Pero, ¿querer casarse por amor es ser testaruda?

Ir allí me pareció lo correcto. Al menos, en ese momento.

Era un lugar donde las identidades se difuminaban y las reglas se desvanecían, ahogadas bajo el sonido de la música y el ardor del alcohol. Era imprudente y adictivo. Un lugar donde la gente iba a perderse.

Yo me perdí, porque en el momento en que lo vi, todo lo demás dejó de existir. Era imposible ignorarlo.

Las luces de neón flotaban sobre su figura, pero aún así lo vi: hombros anchos, una mandíbula fuerte apenas visible bajo la máscara negra que cubría la mitad de su rostro. Se apoyaba en la barra, con los dedos alrededor de un vaso de licor oscuro, la imagen de la confianza sin esfuerzo.

Y me estaba mirando de una manera intoxicante, fascinante, cautivadora y excitante. Nunca me habían mirado así en toda mi vida, y eso que yo también llevaba una máscara. No solo estaba mirando. Estaba estudiando, saboreando, absorbiéndome con cada aliento que escapaba de sus pulmones. Era, como mínimo, fascinante.

El calor se enroscó en mi estómago, no de manera sutil o vacilante, sino posesiva.

El espacio entre nosotros se redujo. Algo invisible nos acercó incluso antes de que nos moviéramos. Mi pulso latía de una manera que no tenía nada que ver con el bajo que vibraba bajo mis pies.

Incliné la cabeza y mantuve su mirada. Él también sostuvo la mía, en un desafío silencioso e implacable.

Sus labios esbozaron una sonrisa burlona.

Engreído.

Por supuesto que lo era. Era el tipo de hombre al que las mujeres se perdían, el tipo del que me había prometido que nunca me enamoraría. Era el tipo del que mi madre me había advertido hace una década, antes de morir. Era el tipo por el que una vez había sentido un enorme flechazo, pero que solo me veía como la hermana de su mejor amigo.

Sin embargo, cuando bebió un sorbo lento de su trago, mirándome por encima del borde del vaso, mi boca se secó.

Debería haberme dado la vuelta. En lugar de eso, levanté mi propio trago a los labios y bebí un sorbo, dejando que mi lengua

rozara el borde del vaso. Sus penetrantes ojos grises se oscurecieron, como si hubiera avivado un fuego dentro de él. Se apartó de la barra.

Dejé de respirar.

Cerró la distancia. El aroma a whisky, especias y algo claramente masculino me envolvió incluso antes de que hablara.

—No pareces que pertenezcas a este lugar —su voz profunda y suave me atravesó, golpeándome como una ola que amenazaba con arrastrarme en su estela.

Arqueé una ceja. —¿Y cómo es alguien que pertenece a este lugar? —Mi voz sonó más compuesta y segura de lo que me sentía.

Una risa baja, rica y llena de conocimiento, escapó de sus labios. Odio cuánto me gustaba ese sonido. Su mirada bajó brevemente antes de encontrarse con la mía, una mirada casi imperceptible, tan rápida y suave que no la habría notado si no estuviera ya hiperconsciente de él.

Estaba mirando mi boca.

Tomé otro sorbo de mi bebida, obligándome a parecer imperturbable. —¿Quién es tu inspiración para la máscara? —pregunté, mirando su máscara oscura. Parecía un poco familiar, pero era diferente a todo lo que había visto antes.

—Tú eres la inspiración —respondió, casi como si lo hubiera ensayado—. Tu máscara parece tan aleatoria, como si no hubieras planeado estar aquí, y venir fue una decisión casi impulsiva.

El hielo en mi vaso se movió mientras agitaba mi bebida con pereza. Tenía razón, pero no iba a admitirlo. —Eso no cambia el hecho de que me estás mirando.

—Tampoco el hecho de que tú no has apartado la mirada.

Mis labios se separaron ligeramente, una réplica mordaz bailando en mi lengua, pero antes de que pudiera hablar, sus dedos rozaron mi muñeca.

Fue apenas un roce, un fantasma de contacto. Sin embargo, me envió una sacudida como si hubiera trazado fuego sobre mi piel.

—¿Siempre miras a los desconocidos al otro lado de la habitación? —Su voz era más suave ahora, más baja, como si las palabras estuvieran destinadas solo a mí.

Tragué saliva, mi garganta de repente seca. —Solo cuando ellos miran primero.

Su sonrisa se profundizó. —Audaz. Me gustas.

—Me lo han dicho.

Inclinó la cabeza, considerándolo. —Esa no era tu voz antes.

Parpadeé. —¿Qué?

—Cuando entraste por primera vez. Hablaste con el barman. Tu voz era diferente. —Me había estado observando desde el momento en que entré, hace aproximadamente una hora.

Sentí que mi estómago se tensaba. —Quizás simplemente cambié de opinión sobre cómo quiero sonar esta noche.

Una pausa. Su cabeza se inclinó ligeramente, su aliento rozando apenas mi piel mientras bajaba aún más su voz.

—Quizás yo también.

Exhalé bruscamente. Maldito sea. Maldito esto.

Nunca había creído en el amor a primera vista. Ni en las primeras palabras. Ni en el primer contacto. Pero fuera lo que fuera esto, me había tomado prisionera. Lo peor era que no quería ser libre.

Sus dedos rozaron mi muñeca de nuevo, apenas rozando la piel sensible antes de alejarse, como si estuviera probando cuánto podía soportar.

Ya sabía la respuesta.

Demasiado. No suficiente.

Su pulgar trazó el borde de su vaso, mirándome como si me estuviera dando la oportunidad de irme y como si ya supiera que no lo haría.

—Todavía no me has dicho tu nombre —murmuró con una voz suave y arrastrada que se enroscaba en mis sentidos como el humo.

Vacilé. El objetivo de una fiesta de máscaras era el anonimato. Sin nombres. Sin identidades. Solo la noche. Pero había algo en la forma en que se comportaba y en la forma en que sentía el impulso de rendirme ante este hombre de seis pies de altura, cuyos hombros anchos parecían poder levantarme sin esfuerzo y cuyos ojos atravesaban su máscara y desnudaban mi alma, dejándome al descubierto en su estela.

—Rose.

No era una mentira. No del todo. Mi madre solía llamarme Rose porque pensaba que el nombre de María no reflejaba mi verdadera esencia.

Sus labios se curvaron como si lo supiera y viera directamente a través de la máscara que llevaba—no la que cubría mi rostro, sino la que había perfeccionado a lo largo de los años.

—Encantado de conocerte, Rose.

Dejó que mi nombre rodara por su lengua como una promesa. Debería haberme asustado. Debería haberme importado que no sabía nada de él.

En lugar de eso, me acerqué.

No lo suficiente como para tocarlo, pero sí lo suficiente como para sentir el calor que emanaba de él y para que mi siguiente respiración supiera a whisky y tentación.

La música cambió, lenta y sensual, envolviéndonos como un deseo pecaminoso.

Quise preguntarle su nombre, pero él habló primero.

—Baila conmigo.

No era una petición ni una orden. Era algo más. Una atracción. Una fuerza de gravedad a la que no era lo suficientemente fuerte para resistirme.

Mi cuerpo obedeció antes de que mi cerebro pudiera discutir.

Sus manos encontraron mi cintura, firmes pero sin prisa. Su tacto no era vacilante, ni tampoco exigente—era deliberado y calculado, como si tuviera todo el derecho a sostenerme, como si ya supiera exactamente cómo encajaría contra él.

Dejé escapar un aliento que no me había dado cuenta de que estaba conteniendo, derritiéndome en su tacto mientras nos movíamos al ritmo lento.

El contacto envió calor recorriendo mi columna. Olía a cedro y champán, algo caro, oscuro e intoxicante.

Mis manos descansaron sobre sus hombros, la tela crujiente de su camisa cálida bajo mis yemas de los dedos.

Esto era un error.

—Esto es una mala idea—murmuré, más para mí que para él.

Sus dedos trazaron círculos lentos y perezosos contra mi cintura, encendiendo mi piel. Mi respiración se cortó.

—Entonces, ¿por qué te sientes tan bien en mis brazos?

La forma en que lo dijo—tan confiado, tan seguro—envió una ola de calor por mi columna.

Dejé escapar una risa entrecortada, intentando sacudirme la intensidad de su mirada. —Ni siquiera me conoces.

—Pero quiero hacerlo.

Su voz era terciopelo y pecado, oscura y suave, deslizándose bajo mi piel y hundiéndose en mis huesos.

Debería haberme apartado. Debería haber dicho algo cortante, recordarle que esto no era real, que esto era solo por esta noche.

Pero no lo hice.

Porque la forma en que me miraba... se sentía bien. No en el sentido obvio, sino en la forma en que el fuego te atrae incluso cuando sabes que podrías quemarte.

Su máscara cubría la mitad superior de su rostro, pero no ocultaba la intensidad de su mirada.

Aguda. Penetrante. Calculadora.

Había una quietud en él, un control sin esfuerzo que dejaba claro que estaba acostumbrado al poder y a que la gente lo escuchara cuando hablaba. Sus movimientos lentos y deliberados lo delataban.

Luego, estaba la tensión, el tipo de aura que no tenía nada que ver con lo que decía y todo que ver con lo que no decía.

Esa debería haber sido mi primera pista de que era el tipo de problema para el que no estaba preparada.

Sus labios rozaron mi oreja, apenas. Un susurro de calor.

—Quiero conocerte —murmuró de nuevo, su voz profunda y rica, cada palabra envolviéndome como una caricia lenta—, dominarte, tocarte y dominar cada curva y recoveco de ti.

Un escalofrío me recorrió con tanta fuerza que tuve que agarrarme a sus hombros para mantenerme estable.

Forcé una sonrisa burlona, ignorando cómo mi cuerpo me traicionaba. —¿No es demasiado para alguien que acabas de conocer?

Su mano se deslizó por mi espalda, los dedos rozando apenas mi columna, enviando electricidad directa a mi centro.

—Esto puede sonar a cliché... —hizo una pausa como si midiera sus palabras y luego exhaló—, pero te siento familiar. Como si te hubiera conocido toda mi vida.

Una risa escapó de mí antes de que pudiera detenerla. —Eso sí que suena a cliché.

Pero él no se rió.

Su mirada se clavó en la mía, profunda y escrutadora, como si estuviera despojándome de cada capa y cada máscara hasta que no quedara nada entre nosotros más que la verdad cruda y sin filtros.

Mi sonrisa burlona se desvaneció.

Alargó la mano hacia la mía, lento y firme, llevándola a su pecho, presionando mi palma contra los duros planos de músculo bajo su camisa.

—¿Qué oyes?

Mis labios se separaron. No estaba segura de qué esperaba, pero...

Sonreí. —Tu latido.

Su pulgar acarició la parte interna de mi muñeca. —¿Y qué sientes?

Tragué saliva, de repente consciente de lo rápido que latía mi propio corazón y de cómo mi respiración se había vuelto superficial y entrecortada.

No pude responder porque la verdad era asfixiante.

Lo deseaba.

No solo por una noche. No solo por la ilusión de ello. Quería saber quién era él bajo la máscara.

Se inclinó, su boca rozando mi sien. —Sientes la sincronía, ¿verdad?

Una afirmación, no una pregunta.

Su agarre en mi cintura se apretó, atrayéndome contra él.

—Encajas perfectamente conmigo.

Una inhalación brusca.

Me sentí mareada y sin peso, como si la gravedad hubiera dejado de existir, y lo único que me mantenía atada al suelo era él.

Me estremecí.

Cada nervio de mi cuerpo me gritaba que dijera que no.

Pero las palabras nunca llegaron.

En su lugar, le dejé tomar mi mano y guiarme a través de la multitud, más allá de las luces pulsantes, y por un pasillo lleno de habitaciones privadas.

Mi pulso rugía en mis oídos.

Esto era imprudente.

Esto era estúpido.

Pero cuando se volvió a mirarme y su agarre se apretó lo suficiente para mantenerme cerca, supe que ya estaba perdida.

Esta era la mejor o la peor decisión que iba a tomar. Guiándome a través de la multitud, sus dedos dirigían suavemente mi mano.

La habitación a la que me llevó estaba algo oscura. El aroma a cuero y algo ligeramente especiado flotaba en el aire. Había un sofá, una barra elegante y una cama en la esquina. Mi corazón latía con fuerza.

—¿Estás segura? —Su voz era un murmullo bajo y seductor, sus ojos ocultos tras la máscara mientras estudiaba mi reacción.

Debería haber dicho que no. Debería haberme ido. En su lugar, lo agarré por la solapa y lo atraje hacia mí.

Podía saborear el toque de whisky en su lengua y sentir la barba en su mandíbula. Me volvía loca.

Nuestras bocas se separaron, sin aliento, mientras sus dedos trazaban la curva de mi cintura y caderas, y luego se atrevió a bajar más. Deslizó su mano por mi muslo, su tacto eléctrico sobre mi piel desnuda. No llevaba ropa interior, una decisión que también había tomado antes en un momento de rebeldía, y ahora me deleitaba con la sensación de sus dedos acariciando mi carne sensible.

—Joder, Rose —gruñó, su voz ronca de deseo. Sus dedos se adentraron más, encontrando mi humedad, y él gimió de aprobación.

Su máscara seguía puesta. La mía también.

El anonimato y la temeridad lo hacían todo más ardiente. Me inmovilizó contra la pared, con las manos en mis caderas, sus labios

rozando mi cuello antes de bajar más. Me besó cada parte de mí con un abandono temerario.

Sus manos acariciaron mis pechos a través de la fina tela de mi vestido, sus pulgares rozando mis pezones endurecidos. Me arqueé bajo su tacto, mi cabeza cayendo hacia atrás, exponiendo la línea grácil de mi cuello. Él aprovechó la oportunidad, lloviendo besos por mi cuello, sus dientes mordisqueando suavemente, provocando un suave gemido.

Besó mi clavícula, su aliento caliente sobre mi piel, antes de bajar el vestido, revelando mis pechos. Mis pezones se endurecieron en el aire fresco, suplicando atención. Él accedió, bajando la cabeza para tomar uno de ellos en su boca, chupando suavemente.

—Dios mío —gemí, con la cabeza echada hacia atrás, mi cuerpo temblando.

Su boca trazó besos por mi estómago, sus manos agarrando mis muslos, abriendo mis piernas más. Se arrodilló ante mí, su aliento caliente sobre mi centro, y mis párpados se cerraron, entregándome al placer. Su lengua acarició mi clítoris, rodeándolo, lamiéndolo, volviéndome loca. Mis manos se enredaron en su pelo, instándolo a acercarse mientras su boca y sus dedos trabajaban en perfecta armonía.

—Por favor... —Mi voz fue una súplica desesperada, mi cuerpo al borde de perder cualquier ápice de control que le quedaba.

Después de permanecer entre mis piernas durante lo que pareció una eternidad, se levantó, su polla tensa contra sus pantalones, y mis ojos se abrieron de par en par al ver su deseo por mí. Con movimientos rápidos, se quitó la ropa, revelando un cuerpo moldeado por la disciplina y el deseo. Su erección sobresalía con orgullo, gruesa y venosa, y se me hizo la boca agua con la idea de saborearlo.

—Necesito estar dentro de ti —gruñó contra mi boca.

Asentí, mi cuerpo ya ansiando la plenitud que solo él podía darme. Me levantó, mis piernas envolviendo instintivamente su cintura, y guió su polla palpitante hacia mi entrada. Con un suave empuje, me llenó, nuestros cuerpos convirtiéndose en uno.

La sensación fue exquisita. Mis paredes se apretaron a su alrededor, exprimiendo su longitud mientras él comenzaba a moverse, sus caderas empujando con cada embestida. La habitación resonó con el sonido de la carne chocando contra la carne, nuestros gruñidos y gemidos llenando el aire. Sus manos agarraron mis muslos, abriéndome más mientras me empujaba con fuerza, su polla golpeando mi punto dulce una y otra vez.

—Joder, te sientes tan bien —gruñó, su aliento caliente contra mi cuello.

Mis manos arañaron su espalda, mis uñas clavándose en su piel mientras seguía su ritmo, levantándome para encontrarme con cada poderosa embestida. A medida que su ritmo se aceleraba, sentí que mi orgasmo se acumulaba de nuevo, una ola de placer amenazando con consumirme. Eché la cabeza hacia atrás, mi cuello expuesto, mientras cabalgaba la ola de éxtasis. Sus dientes se clavaron en la carne tierna de mi cuello mientras ambos caíamos al borde.

Nuestros gritos llenaron la habitación mientras nuestros cuerpos se convulsionaban en la liberación. Su polla palpitaba dentro de mí, pulsando con su propio orgasmo mientras se vaciaba, llenándome con su esencia.

Y entonces, el momento se desvaneció.

Ni siquiera me di cuenta de lo peligroso que había sido hasta que salimos de la habitación y alguien llamó su nombre.

—Shade, tenemos un problema con los Russos.

Mi estómago se hundió. El mundo cobró nitidez, todo demasiado nítido, demasiado brillante.

SHADE.

Conocía ese nombre, y supe, en ese instante, que acababa de cometer el error más grande de mi vida.

Corrí.

.

No me detuve a mirar atrás. No esperé a ver su reacción.

Hui.

Mi máscara ocultó mis lágrimas, pero no pudo esconder cómo me faltaba el aire, cómo mi pecho se tensaba con algo peligrosamente cercano al arrepentimiento.

Mis piernas temblaban bajo mí, débiles por lo que acabábamos de hacer, por la forma en que él me había deshecho por completo. Cada paso se sentía inestable, como si caminara en el aire o tal vez me hundiera en el suelo.

Apreté los dientes, obligando a un pie a avanzar delante del otro.

Sigue moviéndote.

Pero mi cuerpo no cooperaba. Mis muslos ardían, mi pulso rugía en mis oídos, y el calor aún permanecía donde habían estado sus manos, como si su tacto se hubiera grabado en mi piel.

Tropecé.

El hombro de un desconocido rozó el mío, casi haciéndome perder el equilibrio. Mis dedos se agarraron al aire antes de recuperarme, apenas logrando mantenerme erguida.

Necesitaba salir.

Ahora.

Me abrí paso entre la multitud. Cada paso que me alejaba de él debería haberse sentido como libertad. Como escape.

Pero todo lo que sentía era su peso aún sobre mí.

La había cagado. Y bien gorda.

Y ahora, tres meses después, la prueba de ese error me miraba fijamente en forma de dos líneas rosas.

—Mierda.

El test de embarazo se tambaleó en el lavabo mientras lo cogía de nuevo, como si mirarlo por décima vez pudiera cambiar el resultado.

No lo hizo.

¿Qué había hecho? Y, lo más importante, ¿cómo coño iba a arreglar esto?

Pero eso ni siquiera fue lo peor de esa noche. Lo peor llegó minutos después de que huyera de esa habitación, de él, aún mareada por su tacto. Mi teléfono vibró en el bolso, y cuando contesté, la voz de mi hermano casi me reventó el tímpano.

—Maria, han disparado a papá.

El mundo se detuvo. El aire se negó a entrar en mis pulmones.

—¿Disparado?

—¡Disparado! ¡Por Shade!

Mi estómago se hundió. Mis piernas se negaron a moverse. No podía ser. ¿Shade? ¿El hombre con el que mi padre había estado enemistado? ¿El fantasma del bajo mundo de Nueva York? ¿El hombre con el que acababa de pasar la última hora enredada, aún sintiendo su calor, sus manos, sus labios? Era el mayor capo de Nueva York: armas, drogas y el control del mundo mafioso clandestino. Ese era Shade.

No. Imposible. Acababa de verlo. Tocarlo. No había forma de que hubiera apretado el gatillo mientras simultáneamente arruinaba mi autocontrol en una habitación oscura.

La persona que lo había llamado dijo "los Russos", no había duda de eso. Él era con quien había compartido una cama esa noche.

Sin embargo, la sangre de mi padre empapó los suelos de su propia finca, asesinado por alguien que llevaba la máscara de Shade mientras lo hacía. Nunca expresé mis dudas. ¿Qué iba a decir? ¿Que mientras mi padre estaba siendo tiroteado, yo estaba ocupada bajando la guardia con el mismo hombre responsable? ¿Que ni siquiera estaba segura de haber pasado la noche con el verdadero Shade? No. Ese secreto tenía que morir conmigo.

Una semana después, mi padre murió, llevándose consigo su férrea voluntad y sus creencias arcaicas. Pero antes de irse, tenía un último as bajo la manga. Amaba a mi padre, pero siempre había encontrado la manera de arruinar mi vida de la peor forma posible.

El abogado leyó el testamento con una expresión sombría, haciendo una pausa para mirar a mi hermano y a mí antes de continuar.

—Para que Luca Russo herede su parte de la herencia de los Russo, primero debe descubrir la verdadera identidad de Shade y vengar la muerte de su padre.

Silencio. Un silencio espeso y sofocante. La mandíbula de Luca se tensó. Sus dedos se crisparon contra el reposabrazos de la silla.

—Para que Maria Russo herede su parte, debe casarse.

Me atraganté. —¿Perdón?

El abogado ni siquiera parpadeó. —Tu padre fue firme en que, para que recibas tu herencia, primero debes contraer matrimonio. El

matrimonio debe demostrarse real antes de que se te conceda tu parte.

Luca soltó una risa corta y sin humor. —Supongo que realmente pensaba que necesitabas un hombre para mantenerte en línea.

—Oh, vete a la mierda, Luca.

Él sonrió con suficiencia. —No son mis palabras, hermana. Solo estoy diciendo lo obvio.

El calor me subió por el cuello. —Así que, déjame entender esto bien —dije, volviéndome hacia el abogado, quien, francamente, parecía preferir estar en cualquier otro lugar—. Luca se embarca en una dramática búsqueda de venganza como si fuera el protagonista de una telenovela mafiosa, y yo... ¿qué? ¿Tengo que empezar a buscar marido?

El abogado se aclaró la garganta. —Tu padre creía...

—Mi padre creía muchas cosas —lo interrumpí—. Como que las mujeres deberían casarse y ser guardadas como frágiles muñequitas.

Luca estiró las piernas, pareciendo demasiado entretenido con mi situación. —Oye, al menos no tienes que rebuscar entre la mierda de Nueva York buscando a un fantasma llamado Shade.

Shade, ese nombre todavía me traía pesadillas y me traumatizaba profundamente. El asesino de mi padre. Esta cláusula ridícula. Y lo peor de todo: las dos líneas muy reales y muy condenatorias en esa prueba de embarazo.

Shade ya había arruinado mi vida de maneras que nadie conocía. Y ahora, una verdad más se cernía sobre mí como una guillotina. Estaba embarazada de su hijo.

La ironía podría derribarme. Mi padre había pasado años persiguiendo a Shade como a un perro rabioso, culpándolo de arruinar su negocio. ¿Y ahora? Shade no solo había arruinado mi vida, sino que también había tomado residencia permanente dentro de mi útero.

Dejé caer la cabeza contra la pared y exhalé por la nariz. Nadie podía saberlo. Ni Luca. Ni mi tío. Ni un maldito alma.

Especialmente no mi tío.

Entré en el comedor y de inmediato me arrepentí.

El tío Enrico ya estaba sentado a la cabecera de la mesa, con esa mirada de suficiencia que me daban ganas de lanzarle un plato a la cara. Estaba gestionando la finca hasta que Luca y yo cumpliéramos las condiciones del testamento de mi padre, y actuaba como si fuera el dueño del lugar.

—Maria —dijo, apenas levantando la vista de su plato—. Pareces cansada. Esa tontería de activista tuya debe ser agotadora.

Apreté la mandíbula. —Buenos días a ti también, tío.

—Veo que tus modales siguen desaparecidos en combate —dije.

Luca gimió desde el otro extremo de la mesa. —¿Podemos no hacer esto antes de que me tome el café?

El tío Enrico se reclinó en su silla, mirándome como si fuera una niña desobediente en lugar de una mujer adulta. —Sabes, si pasaras menos tiempo pretendiendo ser un hombre y más tiempo siendo una mujer adecuada, quizás ya habrías encontrado marido.

Me ericé. —Oh, perdóname, tío. Debo haberme perdido la época en la que las mujeres se suponía que debían sentarse, verse bonitas y dejar que los hombres hicieran todo el trabajo.

Él sonrió con desdén. —Los hombres tradicionales prefieren mujeres tradicionales. ¿Tú? Eres demasiado testaruda. Demasiado opinada. Ningún hombre quiere una mujer que cree que puede manejar las cosas.

Luca me dio una patada bajo la mesa, una súplica silenciosa para no empeorar las cosas. Pero ya me estaba inclinando hacia adelante, con los labios curvados en una sonrisa lenta y venenosa. —Y sin embargo, aquí estás tú. Quizás el problema no soy yo, tío.

Su rostro se oscureció, pero antes de que pudiera soltar la siguiente tontería misógina que tenía preparada, empujé mi silla hacia atrás y me levanté.

—De repente he perdido el apetito —murmuré, saliendo de la habitación antes de que cediera y lo apuñalara con un cuchillo de mantequilla.

Esa noche, Luca irrumpió en mi habitación, luciendo más desesperado de lo habitual. Eso nunca era una buena señal.

Crucé los brazos. —¿Qué quieres? —pregunté. No me había defendido antes cuando nuestro tío me atacó. Eso era algo típico de él. Carecía de cualquier sentido de responsabilidad. Quizás por eso mi padre le había dado esa carga, para que finalmente se hiciera cargo.

Cerró la puerta tras de sí, pasándose una mano por el pelo. —Tengo una solución.

Arqueé una ceja. —¿Para qué? ¿Para tu falta de habilidades para la vida? ¿Para tu incapacidad de tomarte algo en serio?

—Para tu herencia —ignoró mi comentario, acercándose más.

Me puse tensa. —Luca…

—Solo escucha —suspiró, con una expresión extrañamente seria. —Mi cláusula es imposible. Encontrar a Shade es como cazar un fantasma. Ni siquiera sé por dónde empezar. Pero tú… tu cláusula es factible.

El pavor se enroscó en mi estómago. —¿Qué estás diciendo?

—Te he encontrado un marido.

Mi cerebro se quedó en blanco. —¿Qué?

Sonrió como si no acabara de arruinar mi vida. —Es perfecto, Maria. Es alguien en quien podemos confiar. Alguien que no esperará un matrimonio real.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron. —Luca. ¿Quién?

Su sonrisa se ensanchó. —Lorenzo.

El aire desapareció de mis pulmones.

No. No, no, no, no, no. Apenas podía respirar.

—Te has vuelto completamente loco —logré decir con voz ahogada.



CAPÍTULO DOS
LORENZO

El hospital olía a antiséptico y sufrimiento silencioso. Lo odiaba. Odiaba las paredes estériles, el sonido bajo de las máquinas que mantenían a la gente con vida y el agotamiento en los ojos de los pacientes y sus familias. Sobre todo, odiaba dejar a mi madre aquí.

Ella se ajustó el pañuelo de seda sobre la cabeza, la única traición de lo que la quimioterapia le había hecho. Todo lo demás—su postura, el acero en sus ojos, la firmeza de sus labios—estaba tan compuesto como siempre. Una "Bianchi" no se rompía, y esta era Isabella Bianchi, una mujer de acero.

La acompañé hasta la entrada, ya temiendo el momento en que tendría que dar media vuelta. Me apretó el brazo antes de que pudiera decir algo. —Lorenzo.

Había algo en la forma en que decía mi nombre, una suavidad que atravesaba todas mis barreras.

Suspiré. —Sí, Mamma.

—No quiero morir sabiendo que te has perdido a ti mismo.

Un músculo de mi mandíbula se tensó. —No te vas a morir.

Ambos sabíamos que era una verdad inevitable. Haría falta un milagro para curarla, porque el tratamiento estaba fallando.

—Todavía no. Pero lo haré, algún día, y necesito saber que tendrás algo más que este negocio. Más que poder, dinero y venganza. Más que la oscuridad que has dejado consumirte desde que perdiste a tu Papi. —Sus ojos se clavaron en los míos, que eran del mismo color pero contenían mucha más sabiduría. —Necesito saber que amarás. Que vivirás.

Ahí estaba. El trato. La absurda condición que me había lanzado cuando actualizó su testamento.

Le sonreí con tensión. —Mamma—

—Conoces mis condiciones, Lorenzo. —Me dio una palmadita en la mejilla como si aún fuera el niño al que le leía por las noches. —Encuentra una esposa. Encuentra el amor.

No se trataba solo de mi herencia. Quería arreglarme. Como si no estuviera ya demasiado perdido.

Abrí la boca, pero ella ya caminaba hacia las puertas, con los hombros erguidos y la espalda recta. Una soldado marchando hacia la batalla.

Exhalé con fuerza, pasándome una mano por la cara antes de dirigirme a mi coche. Mi teléfono vibró en el momento en que me senté al volante. El nombre de Luca apareció en la pantalla.

Momento perfecto.

Lo puse en altavoz y salí del aparcamiento. —Si esto es por tu último desastre, estoy ocupado. —Quiero a Luca, es mi mejor amigo, pero siempre se metía en un lío tras otro, y era un poco irresponsable.

—Tranquilo, son buenas noticias. —Su voz era demasiado alegre. Eso nunca significaba nada bueno.

Me incorporé a la carretera principal. —Viniendo de ti, lo dudo.

—¿Recuerdas cuando me contaste lo de tu madre... su condición?

Apreté el volante con fuerza. —Vívidamente.

—Bueno, resulta que no eres el único con un padre muerto que tenía un sentido del humor retorcido. —Se rio, pero había un dejo de tensión en su voz. Quería recordarle que mi madre no estaba muerta, pero decidí dejarlo pasar. —Maria está metida en el mismo lío.

Algo en mi pecho se tensó al escuchar su nombre. Maria. No me había permitido pensar en ella en años. No me había permitido preguntarme dónde estaba o qué hacía. No importaba. Yo mismo había quemado ese puente. Siempre había tenido un punto débil por Maria. Hubo un tiempo en el que luché por no sentir nada por ella porque era la hermana de mi mejor amigo.

Forcé mi voz a mantenerse firme. —¿Cuál es tu punto?

—Mi punto es que podemos resolver ambos problemas de una vez.

Ya no me gustaba por dónde iba esto. —Luca—, intenté decir, pero me interrumpió a mitad de la frase.

—Necesitas una esposa. María necesita un marido. ¡Bum! Matrimonio de conveniencia. Podría ser solo por un año. Ambos obtendrían su herencia, y nadie tendría que enamorarse ni hacer ninguna tontería. Todo el mundo se iría a casa feliz —dijo Luca.

Casi piso el freno de golpe. —¿Te has vuelto loco? —Luca siempre se le ocurrían ideas ridículas, pero esto iba más allá de lo ridículo. Era absurdo.

—Es genial.

—Es una locura.

—Vamos, hombre. Conoces a María. Es testaruda, imposible de controlar, y preferiría morir antes que pedir ayuda. No va a encontrar a alguien por su cuenta.

¿Acaso no lo sabía yo? ¿Acaso no había memorizado cada pequeño detalle rebelde de ella antes de enterrar esos recuerdos en lo más profundo?

Mi voz se volvió grave. —¿Y crees que yo soy la solución?

Luca resopló. —No eres exactamente el príncipe azul, pero eres mejor que cualquier tipo raro que solo quiera meter las manos en su herencia.

Mi agarre al volante se volvió doloroso. —¿Y ella está de acuerdo con esto?

Silencio.

Me reí, sin humor. —No se lo has dicho.

—Detalle menor.

—No.

—¿No?

—He dicho que no, Luca.

—Ni siquiera lo has pensado.

Lo había pensado. Lo estaba pensando ahora, y ese era el problema.

Luca suspiró dramáticamente. —Escucha, tío. Necesitas una esposa. Ella necesita un marido. Tiene sentido. Y seamos realistas. Siempre te has preocupado por ella. Apuesto a que aún lo haces.

Mi garganta se secó. —Eso fue hace mucho tiempo.

—Ajá.

Quería colgar. Quería fingir que esta conversación nunca había ocurrido.

En lugar de eso, dije: —Déjame pensarlo.

Luca gritó de alegría como si ya hubiera ganado.

Colgué y miré la carretera que tenía delante, agarrando el volante con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos.

María. ¿De verdad podría hacer esto? ¿Tenía otra opción?

Esto era una locura.

¿Casarme con María?

No estaba en el negocio del romance. Aprendí la lección hace tres meses en un club oscuro con una mujer que me hizo olvidar—solo por un momento—quién era. ¿La forma en que me miró antes de saber mi nombre? Como si fuera solo un hombre. Como si fuera Lorenzo y no SHADE.

Y entonces Dante gritó mi nombre. No se dio cuenta de su presencia, pero eso lo cambió todo. Su voz resonó como una sentencia de muerte.

—Shade, tenemos un problema con los Russos.

Ni siquiera tuve tiempo de girarme antes de sentir que su cuerpo se tensaba. Inhaló bruscamente, y luego el horror lento y paralizante se apoderó de su expresión.

—¿Shade? —susurró, mientras sus dedos se deslizaban lejos de los míos.

Y entonces, salió corriendo.

La llamé. Ni siquiera me importó quién me viera. La seguí fuera del club, hacia la calle, pero ya había desaparecido antes de que

pudiera alcanzarla. La perdí entre la multitud del club esa noche, y todo lo que sabía era su nombre, ROSE, solo su nombre antes de que desapareciera—como un fantasma.

Durante tres meses, volví al mismo lugar y al mismo taburete—un maldito tonto persiguiendo una sombra. Pero ella nunca regresó.

Al oír mi nombre, huyó como si fuera un monstruo.

Y quizás lo era.

Ahora, aquí estaba, una semana después de hablar con Luca, después de noches en vela y de darle vueltas al asunto, a punto de ofrecer mi apellido a María, de entre todas las personas. Era una decisión práctica y una solución a un problema mutuo.

Nada más.

Apreté los dientes y conduje.

La casa de María—la casa de Luca—estaba tal como la recordaba. Cinco años. Cinco malditos años desde que pisé este lugar y me alejé de mi antigua vida y de todo lo que alguna vez importó. Querría decir que me fui porque me importaban demasiado como para mezclarlos en mi nuevo mundo, pero una parte de mí sabía que esa no era toda la verdad.

Luca y yo solo habíamos mantenido el contacto en línea, ambos demasiado tercos para acortar la distancia. Nunca quise cruzar líneas con su padre, así que me mantuve alejado, incluso cuando su padre le declaró la guerra a Shade.

Dejé que el viejo gritara, amenazara y maldijera mi nombre. Nunca me vengué ni contraatacué porque eran familia, incluso cuando él no lo sabía. Porque María—

Maté el pensamiento antes de que pudiera formarse.

Luca me recibió en la puerta, sonriendo como un idiota. —Pareces un hombre caminando hacia su ejecución.

—Me siento como uno.

—Sobrevivirás. —Me dio una palmada en el hombro. Señalando una puerta en el piso de arriba, añadió—: Ella está esperando en su habitación. Intenta no arruinarlo en los primeros cinco minutos, ¿vale?

Lo ignoré y subí las escaleras de dos en dos. La puerta estaba ligeramente abierta, lo suficiente para verla de pie junto a la

ventana, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

Cinco años.

Y todavía tenía ese fuego en los ojos y se mantenía como si fuera dueña del mundo. Pero había algo diferente ahora. Se giró al oír mis pasos, sus ojos marrones y penetrantes clavándose en los míos.

—Vaya, vaya. El perdido y encontrado finalmente regresa.

Su voz no había cambiado—suave y rica, cargada de sarcasmo y un tono subyacente que quitaba el aliento.

Me apoyé en el marco de la puerta, con los brazos cruzados. —Y tú sigues siendo tan dramática como siempre.

Arqueó una ceja. —Y tú sigues siendo tan insoportable como recuerdo.

Sonreí con ironía. —Me alegra que no hayamos cambiado.

Un silencio incómodo se extendió entre nosotros.

Ella exhaló, moviendo los hombros como si se sacudiera algo. —Luca te lo contó todo, ¿no?

—Sí.

—¿Y de verdad vas a hacer esto?

Me encogí de hombros. —A menos que tengas un plan mejor.

Sus labios se apretaron en una línea fina. —No lo tengo.

Ninguno de los dos habló. Era incómodo, pero no era solo eso. Había algo más en la habitación, algo que aún no había descifrado o puesto nombre.

Di un paso hacia adelante. —No estás contenta con esto.

—No me digas. —Soltó una risa corta y sin humor. —Pero la vida no se trata de lo que queremos, ¿verdad?

Algo se retorció en mi pecho.

María.

¡Joder! Estaba tan hermosa, más de lo que había imaginado. No podía dejar de mirarla.

Su vestido estaba hecho a la perfección—un verde esmeralda intenso, ceñido en la cintura, el tejido ajustándose a cada curva como una segunda piel. Su cabello oscuro caía por su espalda en ondas suaves, natural y desenfrenado.

Pero eran sus ojos los que me tenían cautivo. Los había visto arder de furia, oscurecerse con travesura y suavizarse con diversión.

Pero ahora, había algo más parpadeando bajo la superficie.

¿Arrepentimiento?

¿Resentimiento?

¿Dolor o pasión?

—No espero nada de ti —dijo, con una voz más suave ahora—. Esto no es real. Ambos obtenemos lo que necesitamos y luego seguimos caminos separados.

Debería haber asentido, estar de acuerdo y dejar que mantuviera el muro entre nosotros.

Pero habían pasado cinco años—cinco años fingiendo que ella no importaba. Y ahora, de pie aquí, con ella mirándome como si fuera un extraño, me di cuenta de cuánto lo odiaba.

Me acerqué. Lo suficiente para ver el destello de vacilación en sus ojos y captar el leve temblor en su respiración.

—Nosotros ponemos las condiciones—murmuré—. Pero entiende esto, Maria. Una vez que digamos que sí a esto, no hay vuelta atrás.

Sus ojos se abrieron ligeramente, lo justo.

Entonces, antes de que ninguno de los dos pudiera pensarlo demasiado, me acerqué a ella. No se apartó, y sin pensarlo y en contra de mi mejor juicio, mis labios rozaron los suyos. Suaves, pero firmes. Una reclamación de una vez por todas.

Su respiración se cortó, sus dedos se crisparon contra mi pecho. Y por un segundo—solo un segundo—lo sentí. La forma en que su cuerpo se fundía con el mío, la forma en que el espacio entre nosotros desaparecía como si nunca hubiera estado allí.

No fue solo un beso. Fueron cinco años de silencio rompiéndose. Cinco años de tensión desenredándose en un solo latido.

Podía saborear su vacilación, su ira y su confusión. Pero también podía saborear un anhelo más profundo que reflejaba exactamente lo que ardía en mis venas. Cuando me separé, sus ojos estaban más oscuros y sus labios entreabiertos. Mi pulso era un tambor de guerra en mi pecho.

Ella tragó con fuerza, su mirada se dirigió a mi boca antes de volver a alzarse.

Sonreí con complicidad.

—Ahora no hay vuelta atrás.

CAPÍTULO 3



CAPÍTULO TRES
MARÍA

—Este vestido me está asfixiando —murmuré por enésima vez ese día.

O quizá no era el vestido. Tal vez era el hecho de que en menos de una hora caminaría hacia el altar para casarme con un hombre que no era el padre de mi bebé. Un hombre por el que había estado enamorada desde que tengo memoria, un hombre que se fue hace cinco años sin decir una palabra, un hombre que no respondió a mi llamada ni a ninguno de mis mensajes ni intentó contactarme en todo ese tiempo.

Un hombre que me besó la semana pasada y derritió todo el resentimiento que sentía hacia él. Un hombre al que quiero demasiado como para herirlo o mentirle.

Apreté una mano contra mi estómago, tragando el nudo que se formó en mi garganta. Nadie lo sabía. Ni mi tío Enrico. Ni siquiera Luca. Y definitivamente no Lorenzo.

Esto era un desastre. Un desastre bellamente arreglado, envuelto en encaje y satén.

La puerta del dormitorio chirrió al abrirse, y me giré para encontrar a Isabella allí, elegante como siempre. A pesar de todo, no habíamos tenido tiempo, debido a lo repentino de la boda, para hablar de los viejos tiempos y ponernos al día, pero ella me había

recibido con tanta gracia y calidez como siempre. A pesar de la pérdida de peso y la palidez en sus mejillas, seguía siendo Isabella Bianchi: regia, serena e increíblemente amable.

—Estás impresionante, María. Tu madre habría llorado a mares si te viera hoy —dijo, acercándose.

Un nudo se formó en mi garganta.

Conocía a esta mujer desde que era una niña. Era la mejor amiga de mi madre, y cuando mi madre murió en aquel accidente hace una década, vi cuánto la destrozó. Me había tomado de la mano cuando me raspé la rodilla, me preparó chocolate caliente en invierno y me regañó cuando intenté seguir a Luca y Lorenzo en sus travesuras. Siempre había sido la voz suave de la razón en medio de nuestras travesuras mientras crecíamos.

Y allí estaba, sonriéndome como si no estuviera muriendo.

Como si no me estuviera entregando a su hijo.

Las lágrimas ardían en mis ojos. Si supiera la verdad, me odiaría.

Ella buscó algo alrededor de su cuello, lo desabrochó con dedos cuidadosos y luego me lo tendió.

—Llevé esto el día de mi boda —dijo, colocando el delicado collar de platino en mi palma—. Y mi madre antes que yo. Quiero que lo tengas tú.

Lo miré, sintiendo cómo se me cerraba la garganta. —Isabella, yo…

Me lo colocó alrededor del cuello y me apretó la mano antes de que pudiera protestar. —Trae buena suerte. Y más que eso, es un recordatorio de que el amor, el amor verdadero, vale cada riesgo.

La culpa me desgarraba por dentro. Me estaba casando con su hijo bajo falsas pretensiones. Estaba allí, vestida de blanco, mientras el bebé de otro hombre crecía dentro de mí. No merecía este collar. No merecía su bondad.

Me acarició la mejilla con suavidad. —Estoy tan feliz, María. Más feliz de lo que he estado en mucho tiempo. Mi hijo se casa con una buena mujer, una mujer que conozco y a la que puedo llamar hija.

Si tan solo lo supiera.

La puerta chirrió de nuevo, y de repente, allí estaba él.

Lorenzo.

Alto, moreno e increíblemente sereno, como una tormenta que hubiera decidido llevar un traje de tres piezas.

La atmósfera cambió en el instante en que entró. Incluso sin mirarlo directamente, lo sentí: su presencia, la autoridad silenciosa en su forma de moverse, y cómo la habitación parecía reducirse a solo nosotros dos.

Su madre se giró, fingiendo exasperación. —Es mala suerte que el novio vea a la novia antes de la boda.

Los labios de Lorenzo esbozaron algo que no era exactamente una sonrisa, sino más bien una sombra de ella. —No creo en la suerte.

Claro que no.

Isabella suspiró, me dio una última palmadita en la mejilla y se dio la vuelta para marcharse. —Os veré a los dos en el altar.

Y entonces nos quedamos solos. La habitación parecía más pequeña, más cálida y más peligrosa.

Los ojos azul grisáceos y penetrantes de Lorenzo me recorrieron, lentos y evaluadores. No se apresuró y no apartó la mirada cuando llegó a mi rostro.

—¿Estás lista? —Su voz era suave y profunda, con ese trasfondo de control que siempre tenía.

No, no lo estaba.

Forcé una sonrisa, levantando la barbilla. —Claro que estoy lista.

No se movió ni parpadeó. Simplemente me observó con esa expresión inescrutable que siempre hacía que mi piel se erizara.

Dios, estaba guapo.

Demasiado guapo.

Su pelo oscuro estaba perfectamente peinado, aunque sabía que tenía la costumbre de pasarse los dedos por él cuando estaba molesto o pensando demasiado. Los ángulos marcados de su rostro eran imposiblemente perfectos: una mandíbula cincelada, una nariz ligeramente torcida por una pelea años atrás y unos ojos azul grisáceos que podían desnudar a una persona con una sola mirada, justo como estaban haciendo ahora.

Y luego, estaba su traje. Negro, a medida, ajustado como una segunda piel.

Era la personificación del peligro en lujo. Necesitaba romper la tensión y hacer que esto pareciera normal.

—Nunca pensé que me casaría contigo en mi primer matrimonio —dije con sequedad, cruzando los brazos.

Su ceja se arqueó ligeramente. —¿Tu primer matrimonio?

Mierda.

Agité una mano, forzando una risita. —Sí. Esto es temporal, ¿recuerdas? Un año, y luego nos divorciamos, tú te quedas con tu imperio y yo vuelvo a mi vida.

Algo cruzó su rostro, tan fugaz que casi lo pasé por alto. Pero no lo hice.

Un músculo de su mandíbula se tensó. Su mirada se desvió, bajando brevemente hacia el collar que llevaba en el cuello.

Lo reconoció. Sabía exactamente de dónde venía.

Tragué saliva, mis dedos rozando la delicada cadena de plata. —Tu madre me lo dio.

Su expresión permaneció cuidadosamente neutral, pero lo vi: la tensión en sus hombros y la forma en que sus dedos se flexionaron a los costados antes de meterlos en los bolsillos.

—Se pone un poco... sentimental.

Me burlé. —Eso es quedarse corto.

—Solo está emocionada.

—Dijo que era suyo.

Sus ojos parpadearon.

—Dijo que lo llevó en su propia boda.

Un lento suspiro. —Siempre ha sido dramática —respondió.

Eso no era una respuesta. Lo estudié, notando la forma en que intentó restarle importancia y hacer que pareciera que no era nada. Pero no era nada. Significaba algo. Para él. Para su madre.

Quizás incluso para mí.

Su mirada se suavizó ligeramente y su expresión cambió. —Estás preciosa.

Las palabras me golpearon suavemente en las costillas.

Parpadeé.

Lorenzo no era del tipo que decía cosas por decirlas. No era el tipo de hombre que repartía cumplidos. Y, sin embargo, ahí estaba,

diciéndome que estaba preciosa.

Una calidez se extendió por mi pecho, peligrosa y no deseada. Tragué saliva, cambiando de postura. —Gracias.

Sus labios se separaron ligeramente, como si estuviera a punto de decir algo, pero luego dudó.

Entonces—

—Debería haber estado aquí—.

Me puse tensa. Su voz era más suave ahora, pero se volvía más pesada. Era un peso que no sabía si podía soportar.

—Debería haber estado aquí hace años—.

—No es nada—. Lo interrumpí demasiado rápido, quizás demasiado bruscamente.

Porque no podía hacer esto.

No ahora. No cuando la culpa ya me estaba devorando por dentro.

Su mandíbula se tensó. No estaba convencido. Forcé otra sonrisa, más ligera esta vez. —¿Qué, pensaste que no podía arreglármelas sin ti?—.

Esbozó una leve sonrisa, pero sus ojos seguían serios. —Sé que puedes—.

Luego retrocedió hacia la puerta, apoyando la mano en el marco.

Algo en mí se tensó. Se estaba yendo. Esta sería la última vez que nos veríamos antes de estar frente al altar, sellando este trato delante de todos y fingiendo ser algo que no éramos.

Pero entonces, sus ojos se encontraron con los míos de nuevo, firmes, inquebrantables.

—Falso o no—, murmuró, —siempre me he preocupado por ti—.

El aire que había estado conteniendo salió de mis pulmones de golpe. Su mirada se detuvo un segundo más, como si se asegurara de que lo entendía.

—Nos vemos en el altar, esposa—.

Y así, se fue. Dejándome sola con una tormenta rugiendo dentro de mí.

Cinco minutos más.

Eso fue lo que Luca dijo. Cinco minutos, y luego volvería para llevarme al altar.

O, como tan amablemente sugirió, podría ir yo misma, ya que al fin y al cabo era un matrimonio falso.

Retorcí mis dedos, mirando mi reflejo en el espejo de cuerpo entero. El vestido era perfecto. Era de seda blanca, cayendo sobre mi figura como si hubiera sido hecho para mí.

Parecía completamente una novia.

Pero no lo era.

—¿Nervios?— Luca se apoyó en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre su traje. Parecía aburrido e impaciente. —No es el momento, María. Estás a punto de heredar una fortuna. Contrólate—.

Mi estómago se revolvió. Claro, eso era todo lo que le importaba.

—Lo digo en serio—, murmuré. —Esto se siente mal—.

Él se burló. —Es un contrato, no una historia de amor—.

Quizás para él y para todos los demás. ¿Pero para mí?

Era el mayor error de mi vida.

Se apartó del marco, sacudiendo una mota imaginaria de su manga. —Recupérate. Volveré en cinco minutos—.

La puerta se cerró tras él, y el silencio llenó la habitación.

Mi pecho se oprimió. Cinco minutos, y luego caminaría por ese pasillo, diría votos que no sentía y besaría a un hombre que no tenía idea de que llevaba el hijo de otro hombre. Tenía el hijo de un notorio capo creciendo dentro de mí, y si alguien se enteraba, pondría en peligro la vida de mi hijo. ¿En qué clase de mundo traería a un niño que ya tenía un objetivo en su espalda por quién era su padre?

¿Podría mantener oculta la paternidad de este niño mientras estaba casada con Lorenzo?

No podía hacer esto.

Mi respiración se aceleró, demasiado rápida, demasiado cortante. Mi corazón latía con fuerza contra mis costillas.

Esto no eran solo nervios. Esto era algo completamente distinto. Esto era pánico.

Me arranqué el velo del pelo. Se enganchó en mis pendientes, tirando con dolor, pero no me importó. Mis tacones resonaron contra el mármol mientras me movía rápidamente, cogiendo mi bolso y metiendo mi teléfono dentro.

Necesitaba irme.

Ni siquiera estaba segura de adónde iba, pero sabía una cosa: quedarme no era una opción.

Mis dedos temblaban mientras tiraba de la puerta para abrirla. El pasillo estaba vacío. Bien.

Me moví rápidamente, con el vestido ondeando a mi espalda. Bajé corriendo la gran escalera, pasé por la entrada lateral y salí al exterior. El aire del verano me golpeó la piel, denso y cálido. El mundo seguía su curso —los pájaros trinaban, el leve sonido del tráfico a lo lejos—, pero mi propio mundo se desmoronaba.

Me metí en el coche, con las manos temblorosas mientras agarraba el volante. Mi teléfono vibraba en el bolso. Luca, probablemente. O Lorenzo.

Lo ignoré. En su lugar, respiré hondo, giré la llave y pisé el acelerador a fondo.

La finca desapareció tras de mí en el retrovisor, y así, de repente, me fui. Mis manos estaban agarrotadas en el volante. Mi corazón latía tan fuerte que podía oírlo en mis oídos.

Lo había hecho.

Había huido.

Como una cobarde. Como una mujer que no podía enfrentarse a las consecuencias de sus propios actos.

Mi teléfono no paraba de vibrar.

Tragué saliva, obligándome a mantener la vista en la carretera.

Estarían furiosos. Luca estaría fuera de sí porque acababa de tirar por la borda la herencia que tanto deseaba.

Lorenzo... no lo sabía.

No estaba enamorado de mí. Esto era un arreglo y una formalidad. Entonces, ¿por qué se me revolvía el estómago al pensar en él esperando en el altar?

Entré en el aparcamiento de una gasolinera y puse el coche en punto muerto. Mis manos seguían temblando. Mi corazón seguía

acelerado.

Saqué el teléfono del bolso, con el dedo suspendido sobre la pantalla.

Había llamadas perdidas. Mensajes.

Luca: ¿Dónde diablos estás? Luca: Dime que esto es una broma. Luca: María, vuelve aquí AHORA.

Luego, Lorenzo.

María.

Solo mi nombre, sin ira ni exigencias. Eso lo hacía peor.

Tragué saliva con dificultad y abrí un mensaje nuevo.

Lo siento. No puedo hacer esto. Por favor, perdóname.

Vacilé, y luego añadí:

Dile a tu madre que también lo siento.

Pulsé enviar. Luego, por si acaso, apagué el teléfono. No podía arriesgarme a que me localizaran. No podía arriesgarme a escuchar sus voces.

Todavía no.

Me recosté en el asiento, mirando al techo. Esto era lo correcto.

Lo sabía.

Lorenzo merecía algo mejor que una mentira. Merecía algo mejor que una esposa que llevaba el hijo de otro hombre.

Y mi bebé... apoyé una mano en mi vientre, inhalando con dificultad. Mi bebé merecía una madre que no estuviera atrapada en un matrimonio construido sobre secretos y mentiras.

Tenía que ponernos a nosotros primero, aunque eso significara romper todo o a todos.

CAPÍTULO 4



CAPÍTULO CUATRO

MARÍA

Cinco años. Cinco largos años.

Algunos días, parecía una eternidad. Otros, como si hubiera parpadeado y, de repente, me encontrara aquí, lejos de todo lo que una vez conocí, de la vida que había abandonado y del altar del que había huido.

Algunos sacrificios son necesarios. Me lo repetía cada día. Lo susurraba en la oscuridad cuando el sueño no llegaba o cuando los pequeños y constantes respiros de mi hijo llenaban el silencio, recordándome la decisión que había tomado. Al final, todo había valido la pena.

Construí una vida. No fue fácil, pero era una vida de la que podía estar orgullosa. Era una vida que pertenecía a mi hijo y a mí, una vida libre de las cadenas de mi pasado. Me mudé de ciudad en ciudad, sumergiéndome en el trabajo y dedicándome por completo a ayudar a mujeres y niños que no tenían a nadie más que luchara por ellos. Y mi hijo, Matteo—Dios, Matteo—era mi luz, mi propósito.

Pero incluso la luz proyecta sombras.

Había noches, como esta, en las que todo me oprimía el pecho. Noches en las que me sentaba sola con una copa de vino que apenas probaba, mirando por la ventana, preguntándome qué podría haber sido. En estas noches, cuando me permitía un

momento de debilidad, una lágrima o dos se deslizaban por mis mejillas antes de secarlas y recordarme que los arrepentimientos no tenían cabida aquí. Había noches en las que pensaba en Luca, noches en las que no podía dejar de pensar en Lorenzo, y noches en las que soñaba con Shade.

En esta noche en particular, mi teléfono sonó, sacándome de mis pensamientos interminables.

Parpadeé al mirar la pantalla. Un correo electrónico de Luca.

Mi estómago se encogió incluso antes de abrirlo. Habían pasado meses desde su último mensaje. Nunca presionó más de lo que yo estaba dispuesta a dar. Nunca preguntó por mi ubicación ni exigió explicaciones. Nos habíamos acostumbrado a esta incómoda relación de hermandad distante, conectados únicamente por correos electrónicos ocasionales que hablaban de todo y de nada a la vez. Ni siquiera sabía de la existencia de mi hijo. Así de distantes estábamos, pero era la única relación que podía ofrecerle. Nos tomó un tiempo, pero nos acostumbramos a la montaña que había colocado entre nosotros.

Pero esta noche, sus palabras eran diferentes.

María, por favor, dame tu número. Necesitamos hablar. Es importante.

Miré el mensaje durante un largo rato, con los dedos flotando sobre el teclado.

Luca no era del tipo de personas que se tomaban las cosas en serio, incluso cuando el mundo ardía a su alrededor. Que él enviara algo así...

Vacilé.

Y luego, en contra de mi mejor juicio, escribí mi número y presioné enviar.

La llamada llegó casi al instante.

Acerqué el teléfono a mi oído. —Luca.

Una respiración profunda al otro lado. —Dios, María. En serio contestaste.

Intenté mantener la voz firme. —Supuse que seguirías enviándome mensajes si no lo hacía.

Una risa suave, sin humor. —No te equivocas.

Algo en su tono hizo que mi estómago se tensara. Sonaba tan diferente, serio, no como su yo jovial de siempre. Había desaparecido el Luca que nunca se tomaba nada en serio y siempre tenía un chiste en el peor momento posible. Esta versión de mi hermano sonaba cansada.

Mi corazón se apretó. —¿Cómo has estado?

Una pausa. —Vivo.

Esa única palabra llevaba el peso de mil cosas no dichas. Fue tan difícil escucharlo decir eso, y todo el arrepentimiento que había intentado enterrar volvió a mí con fuerza. Era insoportable. Respiré hondo y contuve las lágrimas. No quería derrumbarme.

Cerré los ojos. —Luca...

—No, está bien— interrumpió rápidamente, como si estuviera desechando los años de silencio entre nosotros. —Es solo que... mierda, María, ni siquiera sé por dónde empezar.

Tragué saliva. —Entonces dilo. Puedes empezar por cualquier parte. Dijiste que era algo urgente.

Respiró hondo antes de hablar por fin. —Enrico está intentando vender nuestra herencia.

La habitación dio vueltas por un segundo. —¿Qué?

—Está haciendo movimientos. Legales. Y técnicamente, tiene derecho a hacerlo.

Apreté el teléfono con fuerza. —Ese cabrón —maldije. Siempre he odiado a mi tío, y esto solo se suma a la lista.

—Sí.

La herencia no era solo dinero. Era nuestro legado, el imperio de nuestro padre, y todo lo que se había construido con sangre y sacrificio. ¿Y Enrico? No era más que un buitre picoteando los huesos de lo que no era suyo.

Me pasé una mano por el pelo. —¿Qué podemos hacer para detenerlo?

Luca dudó. Luego, en voz baja: —Tú.

Mi respiración se cortó. —Luca…

—Si vuelves, no podrá tocarla.

Me levanté de la silla de un salto. —¿Qué diferencia haría que yo volviera?

Silencio. Una pausa larga y pesada antes de que Luca hablara por fin.

—Si vuelves, Maria, te casarías con Lorenzo.

Mi corazón se detuvo.

Las palabras no tenían sentido al principio. Mi cerebro se negaba a procesarlas. Casarme con Lorenzo. Casarme con Lorenzo.

Lorenzo.

Me dejé caer de nuevo en la silla, agarrando el borde de la mesa como si fuera lo único que me mantenía en pie. —Estás de broma. ¿Por qué sacas esto de nuevo?

—Ojalá lo estuviera. Él está dispuesto.

Una risa histérica me brotó en la garganta. —Estás completamente loco. Luca, lo dejé en el altar. Huí. Desaparecí durante cinco años. ¿Qué quieres decir con que está dispuesto? Él puede casarse con cualquier otra…

—Nunca se casó.

Mi boca se cerró de golpe. Había intentado resistir la tentación de buscar información sobre Lorenzo durante años. Parte de mí sabía que me destrozaría si lo veía con otra mujer o feliz en familia. Era egoísta, pero parte de mí no quería verlo con otra.

La habitación de repente se sintió demasiado pequeña. Ahora que sabía que no estaba casado, —¿Qué?

Luca exhaló. —Lorenzo. Nunca se casó. Nunca se comprometió. No hubo acuerdos arreglados, ni transacciones de negocios. Nada. Pero está dispuesto a intentarlo de nuevo contigo.

Eso no significaba nada. No podía. —Ese no es mi problema.

—Podría serlo.

Presioné mis dedos contra la sien, intentando alejar el dolor de cabeza que se estaba formando. —Luca, no puedo simplemente…

—Si no vuelves, lo perdemos todo —lo dijo de manera tan simple y directa, como si no me estuviera partiendo el corazón en dos.

Pensé en Matteo, durmiendo plácidamente en la habitación de al lado. Pensé en la vida que había construido y en la libertad que había conseguido con manos ensangrentadas. Pensé en lo que significaría volver a un mundo del que apenas había sobrevivido la primera vez.

Pero también pensé en mi padre y en su legado, en todo lo que había construido, en todo lo que nos había dejado. Pensé en Luca, cargando con todo ese peso sobre sus hombros, solo.

Mi garganta se cerró. —¿Lorenzo aceptó esto?

Una pequeña risa. —Sí, lo hizo.

Un escalofrío frío recorrió mi espalda. —¿Por qué?

La voz de Luca se suavizó. —Porque, a pesar de todo, Maria, nunca dejó de preocuparse por ti, y esto es por el interés de ambos.

Mis ojos ardieron.

Quería reír. Quería gritar. Quería fingir que esas palabras no habían enviado algo doloroso que crujió en mi pecho.

En cambio, cerré los ojos y susurré la única pregunta que importaba.

—¿Cuándo?

La voz de Luca fue suave. —Tan pronto como puedas.

Exhalé lentamente, mirando por la ventana la vida que había construido. La vida que tal vez tendría que dejar atrás.

Hace cinco años, huí.

Y ahora, puede que no me quede más remedio que volver con él.

El sonido del avión era constante, casi hipnótico, pero mi mente se negaba a calmarse.

La voz de Luca aún resonaba en mi cabeza, la forma en que me había convencido de regresar.

—No puedes seguir huyendo para siempre, Maria. Tarde o temprano, tendrás que enfrentarte a esto —como si fuera tan fácil.

Matteo se movió a mi lado, sus pequeños dedos rodeando los míos mientras dormía. Mi corazón se encogió. Durante cinco años, habíamos estado solos. Sin familia, sin raíces, solo moviéndonos de un lugar a otro, ahogándome en el trabajo para no tener tiempo de pensar en lo que había dejado atrás.

Pero ahora, estaba volviendo. Volviendo al lugar al que había jurado no regresar jamás.

Kayla, mi asistente personal, me miró desde su asiento, arqueando una ceja. —¿Nerviosa?

—Aterrorizada.

Ella soltó una risita. —Sí, bueno. Eso es lo que pasa cuando ignoras a toda tu familia durante medio decenio —bromeó. Kayla no era solo una asistente personal. Con los años, se había convertido en una amiga y en la única persona en quien confiaba para cuidar de Matteo.

Le lancé una mirada. —No ayudas.

—Solo digo que podrías haber enviado al menos una tarjeta de Navidad.

Suspiré, apoyando mi frente contra la ventana. Ya era demasiado tarde para eso, porque mientras descendíamos, una nostalgia familiar me golpeó.

Hogar.

En el momento en que pisé la finca, los recuerdos me invadieron. No mucho había cambiado. La casa seguía en pie como un monumento silencioso al pasado: grandiosa y elegante, pero vacía. La última vez que había cruzado esas puertas, había sido una mujer diferente. Ahora, era una madre. Una extraña en mi propio hogar.

Matteo tiró de mi mano. —¿Cuánto tiempo nos quedaremos aquí? —Ya se había acostumbrado a nuestra vida en constante movimiento.

Miré la casa. —No lo sé, cariño.

Su carita se arrugó pensativa, pero asintió. Las puertas se abrieron antes de que pudiera convencerme de dar media vuelta.

Luca estaba allí, inmóvil.

Y a su lado, Lorenzo.

Mi respiración se cortó. Todo lo demás se volvió borroso mientras mi mirada se fijaba en él.

El tiempo solo lo había afilado: la mandíbula marcada, los ojos azul grisáceos penetrantes, la forma en que se erguía como si fuera dueño del suelo que pisaba. Me obligué a apartar la mirada antes de que me consumiera su imagen.

Los ojos de Luca se posaron en Matteo, abriéndose ligeramente, pero no dijo una palabra. Tampoco Lorenzo. Solo se quedaron

mirando, y odié la forma en que me sentía expuesta, como una herida abierta esperando a ser diseccionada.

Me obligué a esbozar una media sonrisa, fingiendo que mi pulso no retumbaba en mis oídos. —Hola, hermano.

Luca parpadeó, sacudiéndose de su trance. Avanzó hacia mí, envolviéndome en un abrazo tan fuerte que casi me quedé sin aire.

Contuve las lágrimas que ardían en mis ojos. Había pasado tanto tiempo desde que lo había abrazado y desde que había sentido algo más que distancia entre nosotros.

—Bienvenida a casa, hermana —murmuró Luca, con la voz ronca.

Tragué saliva. Hogar. No estaba segura de que lo fuera todavía.

Matteo se movió a mi lado, sus pequeños dedos apretando los míos. Me aclaré la garganta, agarrando su mano con más fuerza.

—Matteo, este es tu tío, Luca —me volví hacia mi hermano—. Luca, este es mi hijo, Matteo.

Silencio.

Una inhalación lenta. Una exhalación brusca.

La expresión de Luca se congeló, su compostura habitual resbalando como una máscara. Sus labios se separaron ligeramente, pero no salieron palabras. Sus cejas se juntaron, no con ira, no con frustración, solo con incredulidad.

Y Lorenzo...

Me negué a mirarlo. No podía. Pero lo sentí.

Incluso sin mirar, podía imaginarlo: la tensión en su mandíbula, la forma en que su cuerpo se habría puesto rígido, sus músculos tensos como si pudieran estallar.

Me obligué a inhalar, con el pecho apretado, pero aún así no lo miré. Porque ya lo sabía.

Lorenzo no solo estaba sorprendido.

Estaba inmóvil.

Luca se agachó, con una expresión indescifrable mientras se encontraba con la mirada curiosa de Matteo. —Matteo, ¿eh?—

Matteo asintió. —Como el abuelo—.

La mandíbula de Luca se tensó. Me miró, con lágrimas asomando en sus ojos, pero no presionó. En lugar de eso, le sonrió a Matteo y le revolvió el pelo. —Ese es un nombre fuerte, chaval—.

Matteo sonrió de oreja a oreja.

Luca se levantó, con la mirada intensa. —¿Por qué no me lo dijiste?—

Me preparé. —Porque no era el momento adecuado—.

Sus ojos se oscurecieron. —Mentiras—.

Matteo me tiró de la manga. —Mamá, tengo hambre—.

Un momento perfecto.

Me obligué a sonreír, mirando a Kayla. —¿Puedes llevarlo adentro?—

Kayla, bendita sea, asintió de inmediato. —Vamos, peque. Vamos a buscar algo de picar—.

Matteo dudó, pero la siguió, mirándome una última vez antes de desaparecer en la casa. Exhalé lentamente, volviéndome hacia Luca y Lorenzo.

Luca cruzó los brazos. —¿Quién es el padre?—

Levanté la barbilla. —No lo sé. Fue solo un rollo—.

Lorenzo se estremeció tan levemente que casi no lo noté.

Luca entrecerró los ojos. —María—.

—Luca—, le respondí, con la voz tensa. —Déjalo—.

Su mandíbula se movió, pero no insistió. En lugar de eso, exhaló bruscamente, pasándose una mano por el pelo. —Maldita sea, María, deberías habérmelo dicho. Ahora me siento fatal por haberme enfadado porque te fuiste todos estos años—.

Me obligué a sonreír, ignorando la mirada de Lorenzo. —Yo también me alegro de verte—.

Luca gimió. —Eres imposible—.

Lorenzo aún no había dicho nada. Simplemente estaba allí, observando en silencio.

Y aún así, no lo miré. Porque si lo hacía, no estaba segura de poder respirar.

Entonces, la voz de Lorenzo me golpeó como un puñetazo en el estómago: baja, firme y engañosamente calmada.

—Hola, María—.

Por un segundo, olvidé cómo respirar, cómo pensar y cómo existir.

Los años no habían suavizado nada en él. Más bien, lo habían afilado, como una espada pulida a la perfección. Tenía la misma mirada intensa, la misma expresión fascinante y la misma presencia que hacía que mi mundo girara al verlo.

Mis dedos se cerraron a los lados. —Lorenzo—.

Sus ojos bajaron, observándome, su mirada se detuvo un segundo más de lo necesario, pero lo disimuló con la misma rapidez. Luego, sin apartar la vista, hizo un gesto a uno de los mayordomos.

—Lleva sus maletas y muéstrales sus habitaciones—.

Kayla y Matteo habían regresado, y por un segundo, ella me miró buscando confirmación, y le di un pequeño asentimiento.

Matteo me miró durante un largo momento, como si estuviera decidiendo si debía irse, y luego tomó la mano de Kayla y siguió al mayordomo.

Solo cuando se fueron, Lorenzo se movió de nuevo. —¿Podemos hablar?—

Quería decir que no.

Quería subir corriendo las escaleras, encerrarme en mi habitación y fingir que nunca había puesto un pie en esta casa. Pero también sabía que cuanto antes termináramos con esto, mejor.

—Claro—.

Lo seguí por los pasillos, pasando la gran escalera y los cuadros que una vez había memorizado de niña. La nostalgia y el dolor se agitaron dentro de mí, apretando fuerte.

Cuando llegamos al jardín trasero, mi estómago era un nudo de nervios. La piscina brillaba bajo las luces brillantes, y el aroma de los naranjos me trajo viejos recuerdos. Me quedé al borde, con los brazos cruzados sobre mí misma, preparándome para lo que fuera que estuviera a punto de decir.

Lorenzo se apoyó en la barandilla, observándome. Siempre observándome. —Te fuiste.

Una risa fría y sin humor escapó de mis labios. Tan típico de Lorenzo ir directo al grano. —Sí, supuse que empezaríamos por eso.

Sus ojos se entrecerraron ligeramente, pero no mordió el anzuelo. —¿Por qué?

Me obligué a mirarlo. —Porque estaba embarazada.

Algo en su expresión cambió. No era sorpresa ni ira. Era aceptación, como si ya lo hubiera sabido.

La revelación me hizo sentir un nudo en el pecho. —Lo sabías.

Lorenzo exhaló lentamente, su mirada firme. —Lo sospeché la noche que fui a tu habitación. Había visto el test de embarazo en tu mesilla. No estaba seguro, pero se me había pasado por la cabeza varias veces.

La confesión me dejó sin aliento.

Todos estos años, me había convencido de que me fui antes de que él pudiera descubrirlo y de que me había llevado mi secreto conmigo, enterrándolo muy adentro. Pero Lorenzo no era tonto. Siempre había sido capaz de leerme mejor que nadie.

Mis uñas se clavaron en las palmas de mis manos. —Deberías haberme dicho que lo sabías.

—¿Y entonces qué? —Su voz era tranquila y medida—. ¿Te habrías quedado?

Vacilé. Él sabía la respuesta tan bien como yo.

Su mandíbula se tensó. —Deberías habérmelo dicho, Maria. Podríamos haber encontrado una solución.

Una risa amarga escapó de mí. —Claro. ¿Porque éramos tan buenos amigos?

Lorenzo me estudió un momento, luego suspiró. —Ya no importa.

—¿Entonces por qué sacas el tema?

Su mirada se oscureció. —Porque sí importa.

El espacio entre nosotros se redujo, mi pulso se aceleró y cada nervio de mi cuerpo se volvió hiperconsciente de su proximidad.

Dio otro paso, lo suficientemente cerca como para que pudiera oler su aroma familiar, cedro y almizcle, oscuro y embriagador. —Si no quieres seguir con esto, dímelo ahora. Pero no me dejes plantado en el altar otra vez.

Una sonrisa burlona asomó en mis labios. —Pensé que me habías perdonado por eso. ¿No es por eso que querías que volviera? Eso es lo que dijo Luca.

Los labios de Lorenzo se curvaron ligeramente. —Luca diría cualquier cosa para conseguir lo que quiere.

La sonrisa se desvaneció.

Su expresión se volvió seria de nuevo. —Me dolió, Maria. Pero también tenía miedo de haberte empujado a algo que no querías. De haberte hecho sentir tan desesperada o aterrorizada que tuviste que huir.

Quería decirle que no era él, que era yo, que me había estado ahogando en la culpa, el miedo y el peso abrumador de mis decisiones.

Pero no pude decirlo.

En su lugar, forcé una sonrisa burlona. —No te halagues. No das tanto miedo.

Los ojos de Lorenzo se oscurecieron con algo peligroso. —¿No?

Las palabras atravesaron cada fibra de mi ser. Cada sonrisa falsa y cada muestra de fuerza que había reunido se derrumbaron con una sola frase.

Se acercó más, el calor de su cuerpo irradiando contra el mío. Debería haberme alejado. Debería haber puesto distancia entre nosotros.

No lo hice.

Sus dedos rozaron mi brazo, apenas un contacto, y mi respiración se cortó. Mis nervios se tensaron más, sofocantes, eléctricos. Su mirada bajó a mis labios, y lo supe, lo supe: si me inclinaba un poco más, si me permitía olvidar todo por un segundo, él también se inclinaría y sus labios estarían sobre los míos.

Y yo lo permitiría.

—Asustada ahora —murmuró—. Dímelo.

Sabía que me estaba desafiando. Sabía que estábamos probando las aguas, y que pronto me ahogaría en él.

La palabra "Para" se quedó en mi lengua, negándose a moverse, negándose a romper el hechizo en el que estábamos envueltos.

Su mano se deslizó por mi brazo, los dedos rozando mi hombro desnudo. Mi respiración se volvió entrecortada y desigual. Cada nervio de mi cuerpo me gritaba que hiciera algo: empujarlo, atraerlo más cerca, cualquier cosa para detener esta insoportable anticipación.

Sus labios se cernían justo sobre los míos. Tan cerca, demasiado cerca.

—Maria… —susurró.

—Enrico quiere hablar con nosotros —dijo Luca, cuya voz rompió el momento como una bala atravesando un cristal.

Me aparté de un salto, con el pulso acelerado y las mejillas ardiendo. Lorenzo no se movió de inmediato. Su mirada se detuvo en mí una fracción de segundo más antes de enderezarse, volviendo a ponerse su máscara impenetrable.

Luca arqueó una ceja. —¿Interrumpo algo?

Forcé una respiración. —No.

Los labios de Lorenzo esbozaron una sonrisa. —Sí.

Luca puso los ojos en blanco. —Bueno, por muy divertido que sea esto, Enrico está esperando, y por lo que parece, no está muy contento con tu regreso. Así que, vamos.

CAPÍTULO 5



CAPÍTULO CINCO

LORENZO

María estaba frente a mí, y de repente, todo cobró sentido. El niño, Matteo, parecía tener unos cinco años. Cinco años desde que me dejó en el altar. Cinco años de silencio. Cinco años intentando borrarla de mi sistema como un veneno que no podía expulsar del todo. Y ahora, aquí estaba, de pie frente a mí con un niño, un niño que significaba que había otro hombre en su vida.

O quizás no. Quizás tenía a alguien más. Quizás corrió directamente a la cama de otro hombre después de huir. Apreté la mandíbula, apartando ese pensamiento. No importaba. Ella lo había dejado claro cuando le dijo a Luca que no conocía al padre. Fue un lío, entonces. Solo un encuentro sin importancia que la había dejado con un hijo. Entonces, ¿por qué ese pensamiento dolía como una herida abierta?

No debería importarme. No me importaría. Esto era un negocio. Lo estaba haciendo por mi madre, quien, por lo que los médicos consideran un milagro, seguía viva después de luchar contra el cáncer durante cinco años. Ella es la que quiere que me case, no porque a mí me importe.

Entonces, ¿por qué diablos no podía dejar de mirarla?

Su cabello era más largo ahora, con ondas que le llegaban más allá de los hombros, y su cuerpo se había desarrollado de una

manera que hacía que mis manos se crisparan a los lados. Brillaba de una manera que no era solo belleza, era resiliencia y fuerza. Y odiaba que lo hubiera notado de inmediato cuando entró en la casa. Odiaba que, incluso ahora, después de todo este tiempo, todavía tuviera el poder de hacer que mi sangre hirviera y mis pensamientos se oscurecieran de deseo. Me dejaba sin aliento.

Matteo. El nombre me golpeó en el pecho. El nombre del padre de María. Su hijo llevaba el nombre de su padre. Lo había llamado como el hombre que había odiado a Shade hasta su último aliento.

El niño me miró con ojos grandes y desprotegidos, curiosos y vacilantes. Sabía que no tenía derecho a sentir esta extraña atracción hacia él, pero la sentía.

Algo se me apretó en la garganta. Podía sentir la mirada de María sobre mí.

Matteo sonrió, y mi estómago se encogió porque era mi sonrisa, la misma maldita sonrisa que había visto en el espejo mil veces.

Pero me tragué el pensamiento antes de que pudiera formarse por completo porque no era posible.

Hace cinco años, la única mujer con la que había estado era Rose.

El recuerdo me golpeó en ráfagas: lápiz labial rojo oscuro manchado en el borde de un vaso de whisky, sus uñas arañando mi brazo mientras me atraía hacia ella, el olor de un perfume caro, demasiado dulce, demasiado fuerte, impregnando mi ropa mucho después de que se hubiera ido.

Rose.

Así que no.

Matteo no podía ser mío, incluso si esa maldita sonrisa me arañaba.

Apreté la mandíbula, obligando a mis pensamientos a volver al orden y la lógica.

Cualquier otra cosa era imposible. Él le pertenecía a ella.

María.

El nombre solo me había perseguido durante años. Había pasado demasiadas noches preguntándome adónde había ido, si estaba a salvo y si alguna vez había pensado en mí como yo pensaba en ella.

Me había cortado por completo. Sin llamadas. Sin mensajes. Nada. La única razón por la que sabía que estaba viva era Luca. Nunca decía mucho, pero de vez en cuando soltaba algo, una mención de un correo electrónico o una actualización vaga. Vivía de migajas de información, fingiendo que no me importaba cuando, en realidad, era lo único que me mantenía cuerdo.

Y ahora, después de todos estos años, estaba aquí, de vuelta en mi mundo, luciendo igual de obstinada, igual de frustrantemente hermosa que el día que se fue.

Dejó de exhalar como si hubiera estado esperando evitar esta conversación. Chica lista.

Asentí hacia el jardín.

Vaciló. Podía ver la guerra en sus ojos, el cálculo. Pero luego, enderezó los hombros y caminó hacia adelante, espalda recta, cabeza alta. Tan obstinada como siempre.

Ahora que estaba a solo unos pasos de ella, atreviéndome a dar ese salto y besarla, tal como lo había hecho en mis sueños, tal como lo había anhelado, Luca interrumpió.

María retrocedió como si la hubiera quemado, sus ojos se dirigieron a su hermano, quien nos informó que su tío solicitaba nuestra presencia.

Apreté la mandíbula, inhalando por la nariz. María asintió rápidamente, pasando a mi lado como si el momento entre nosotros nunca hubiera sucedido.

Pero había sucedido.

Y no estaba dispuesto a dejar que lo olvidara.

Enrico estaba sentado a la cabecera de la larga mesa de caoba, con los dedos entrelazados y una expresión fría. El hombre siempre tenía una forma de hacer que todo pareciera un tribunal. Miró a María, luego a mí, y la sospecha prácticamente emanaba de sus poros.

María, por su parte, parecía no importarle lo más mínimo. Se reclinó en su silla, con los brazos cruzados y los labios curvados en

algo entre una sonrisa burlona y puro aburrimiento. Audaz y temeraria, así había sido siempre. Y, aparentemente, eso no había cambiado.

—María —comenzó Enrico, con una voz que sonaba como el roce de metal contra piedra—, debo decir que tu repentino regreso es... sorprendente.

María inclinó la cabeza. —¿Me echaste de menos, tío?

Tuve que apretar los labios para no reírme. El ojo de Enrico tembló, su paciencia se desvanecía.

—Perdóname si no creo que de repente te hayas vuelto sentimental con tu hogar.

—Oh, tienes razón —murmuró ella—. Volví por las encantadoras cenas familiares.

Esta vez, me reí. Solo una risita suave, pero suficiente para que Enrico desviara su mirada hacia mí.

—Y tú —continuó, con voz cortante—. ¿Todavía estás dispuesto a casarte con una mujer que te dejó en el altar? Debo decir, Lorenzo, que pensé que tenías más dignidad que eso.

Mis dedos tamborilearon en el reposabrazos. —Bueno, Enrico, la dignidad no es lo mío. Soy más bien un hombre práctico, y, en la práctica, María es la indicada para mí.

No apreció mi honestidad. Pero yo no apreciaba que me cuestionaran como si fuera un tonto desesperado por migajas.

—Esa es precisamente mi preocupación, tu practicidad —dijo Enrico, inclinándose hacia adelante—. He consultado con mis abogados, y hay un problema evidente. —Hizo una pausa, dejando que el silencio se extendiera. Dramático como siempre—. Conoces los términos del testamento. Este matrimonio debe ser real.

María soltó un suspiro como si ya estuviera exhausta. —¿Y?

La mirada de Enrico se agudizó. —Y debo estar convencido de vuestro amor.

Mis labios se separaron. —¿Perdona?

María se enderezó en su silla. —Eso es ridículo. ¿Quién eres tú para que tengamos que convencerte de que estamos enamorados?

—¿Ridículo? —La sonrisa de Enrico fue lenta y presumida—. María, tu historial no es precisamente convincente. Ya huiste una

vez. ¿Qué te impide hacerlo de nuevo?

María se burló, —¿Y eso cuestiona mi amor por él?

—Sí —tarareó Enrico, con los ojos brillantes de diversión—, el amor, querida sobrina, es impredecible.

María y yo intercambiamos una mirada.

No estaba seguro de qué era peor: fingir que amaba a María frente a Enrico o fingir que no había pasado años intentando enterrar los sentimientos muy reales que aún se arrastraban bajo mi piel cada vez que ella estaba cerca, los sentimientos reales que hacían que no estuviera fingiendo.

El abogado aclaró su garganta. —El tribunal, sin embargo, tendrá que evaluar la legitimidad de este matrimonio. Si hay sospechas, la herencia podría ser impugnada.

María inhaló bruscamente. —Estás loco.

—Loco —repitió Enrico—. ¿O minucioso?

María exhaló, frotándose las sienes. —Así que déjame entender esto. ¿Quieres que Lorenzo y yo demos vueltas, juguemos a la casita, seamos felices frente a la gente y te convenzamos a ti y a unos abogados de que estamos locamente enamorados?

—Precisamente.

Casi me estremezco ante la mirada que María me lanzó. Nos levantamos y lo dejamos sin decir nada más.

—Bueno —murmuró, volviéndose hacia mí—, ¿listo para enamorarte, cariño?

Sonreí, ocultando cómo se aceleraba mi pulso. —Solo si no me dejas en el altar esta vez.

Ella puso los ojos en blanco. —No prometo nada.

María caminó a mi lado con los brazos cruzados. Tenía una expresión inexpresiva. Eso, por supuesto, no era inusual.

—Así que —comenzó María, exhalando con fuerza—, de verdad vamos a hacer esto.

—Al parecer —respondí.

—Necesitamos un plan —dijo, volviéndose hacia mí con el mentón levantado, en esa actitud obstinada que me indicaba que ya había decidido cómo iba a ser todo esto—. Citas públicas, entrevistas

como pareja, todo el paquete. Si vamos a vender esto, tenemos que hacerles creer que estamos locos el uno por el otro.

Sonreí con complicidad. —Eso no debería ser muy difícil. Siempre he sido irresistible.

Ella resopló, rodando los ojos. —Claro. Por eso te dejé en el altar.

Un músculo de mi mandíbula se tensó, pero dejé pasar el comentario. —Así que salimos en público, sonreímos a las cámaras, quizás nos cogemos de la mano de vez en cuando. Sencillo.

Sus labios se apretaron. —¿Y qué hay de... la intimidad?

Parpadeé. —¿Qué hay de ella?

Vaciló, y por primera vez, pareció casi tímida, algo raro en ella.

—Los medios esperan que una pareja actúe como tal —continuó, aclarándose la garganta—. ¿Vamos a besarnos en público? O, no sé, ¿vamos a...?

Arqueé una ceja, disfrutando esto más de la cuenta. —¿Vamos a qué, María?

Se movió inquieta, mirando a cualquier lugar menos a mí. —Ya sabes.

—De verdad que no.

Soltó un suspiro exasperado. —¿Vamos a... acostarnos juntos?

Silencio.

No lo había pensado tan a fondo. O quizás sí, y simplemente no quería admitirlo. Di un paso hacia ella, observando cómo se tensaba ligeramente pero no se alejaba. —¿Me estás preguntando si deberíamos?

Sus ojos se clavaron en los míos. —Pregunto si es parte del acuerdo.

Dejé que el silencio se alargara, solo para verla incomodarse. Luego, esbocé una sonrisa. —Nos daremos un par de besos en público, nada más. A menos, claro, que quieras negociar ese término.

Sus ojos se estrecharon. —Estás disfrutando esto, ¿verdad?

—Inmensamente.

Resopló. —¿Y si nos casamos? ¿Compartiremos cama?

—Cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él.

Sus labios se abrieron como si tuviera algo que decir, pero finalmente asintió. —Vale.

Esperaba que cambiara de tema, quizás que se marchara enfadada como solía hacer cuando las cosas no salían como ella quería, pero en lugar de eso, enderezó los hombros con la mirada afilada.

—También quiero que me enseñes a gestionar el tipo de negocio que tenemos. Tú tienes un negocio similar, ¿no?

Parpadeé. —¿Qué?

—Mi herencia, las propiedades de mi padre. Si voy a luchar por ellas, necesito saber cómo gestionarlas. Quiero que me enseñes a dirigirlas.

Me pasé una mano por la cara. —María, no.

Su expresión se oscureció. —¿No?

—Luca puede encargarse de gestionar el negocio.

Sus fosas nasales se ensancharon. —¿Luca? En serio, ¿por qué?

Porque no perteneces a ese mundo. Porque si te adentras demasiado en él, no podré protegerte. Porque no quiero que te acerques al lado oscuro que intento ocultar de todos. No quiero que te acerques a Shade.

En lugar de eso, me encogí de hombros. —Es complicado.

Sus manos se cerraron en puños. —Ah, ya veo. Es porque soy una mujer, ¿verdad? Tú y Enrico, siempre pensando con vuestros cerebros prehistóricos...

—No se trata de eso.

—¿No? —Me lanzó una mirada fulminante, su voz cortante—. Entonces, ¿de qué se trata, Lorenzo? ¿No crees que puedo manejarlo? ¿Crees que soy demasiado débil?

Exhalé, sintiendo cómo la frustración se apoderaba de mí. —María, es peligroso. Tú y yo sabemos que no es un negocio sencillo.

—Puedo cuidar de mí misma.

—No en esto.

Sacudió la cabeza, con una risa carente de humor. —Eres igual que ellos.

—María...

Se dio la vuelta y se marchó de un tirón antes de que pudiera decir otra palabra.

La dejé ir, observando cómo desaparecía en la casa, la ira emanando de ella en oleadas.

¿Qué coño acaba de pasar? Esto se estaba poniendo complicado.

CAPÍTULO 6



CAPÍTULO SEIS

MARIA

—Los hombres —murmuré para mis adentros—. Siempre tan controladores. Siempre tan convencidos de que saben lo que es mejor.

Levanté las manos al aire, paseando de un lado a otro. —¡Oh, Maria, Luca se encargará de ello! ¡Oh, Maria, este no es tu mundo! ¡Oh, Maria, deberías dejar que los hombres se ocupen de las cosas! ¿Qué es esto? ¿La Edad Media?

La sangre me hervía. Por supuesto, Lorenzo sería así. Siempre lo eran. Primero mi padre, luego Luca, luego mi tío, y ahora Lorenzo. Era como si no tuviera un cerebro funcional en la cabeza y no hubiera sobrevivido por mi cuenta durante cinco años, como si no pudiera llevar mi propio negocio si quisiera.

La voz de Luca interrumpió mi diatriba. —Maria, ¿a quién le estás gritando exactamente?

Me giré y encontré a mi hermano mayor de pie a unos metros, con los brazos cruzados y una expresión divertida en su rostro.

—¡Oh, genial! Otro hombre aquí para decirme qué hacer. Fantástico. En serio, justo estaba pensando: "¿Sabes qué sería genial? Que Luca apareciera para añadirse a mi lista de problemas".

Luca suspiró, pasándose una mano por el pelo. —Estás enfadada.

—No me digas.

—Escucha, solo quiero asegurarme de que este matrimonio no se vaya al traste de nuevo. Si Enrico huele siquiera una pizca de duda, encontrará la manera de quedarse con todo.

Levanté las manos. —¡Oh, vaya! ¡Mira eso! Otro hombre tomando decisiones por mí. ¡Qué sorpresa!

Luca frunció el ceño. —Maria, eso no es...

—¡Sí lo es! Estás haciendo lo mismo que hiciste hace años.

Su expresión cambió, los hombros se tensaron. —¿Qué?

Respiré hondo, con las manos temblorosas. —Esto. Decirme qué hacer. Pensar que sabes lo que es mejor para mí. Te dije hace años que no estaba lista, y lo ignoraste. Por eso no te conté sobre mi embarazo.

La expresión de Luca se desvaneció. Dio un paso lento hacia adelante. —Maria...

Sacudí la cabeza, intentando contener el nudo en mi garganta. —Sabía exactamente cómo sería. Habrías intentado arreglarlo y casarme con alguien si no funcionaba con Lorenzo. Controlar la situación. No habrías escuchado lo que yo quería.

Luca se quedó callado un momento, mirando al suelo. Cuando finalmente habló, su voz era más suave. —Tienes razón.

Parpadeé. —Espera. ¿Qué?

—Fui demasiado controlador. Demasiado centrado en conseguir la herencia, demasiado centrado en proteger lo que era tuyo en lugar de confiar en ti. Y lo siento.

Abrí la boca, pero no salieron palabras. ¿Luca? ¿Pidiendo disculpas?

Se frotó la mandíbula. —Pensé que estaba haciendo lo correcto. Pensé que te estaba protegiendo para que no te faltara nada. Pero ahora veo que te hice sentir atrapada. Esa culpa me ha perseguido durante años.

Tragué saliva, cruzando los brazos sobre el pecho. —Así fue.

Luca asintió, soltando un largo suspiro. —Si no quieres seguir adelante con este matrimonio, lo entenderé.

Vacilé. Quería decir que sí. Quería alejarme de todo esto. Pero luego pensé en Enrico. Pensé en lo que haría con la propiedad de mi padre y cómo destrozaría lo último que mi padre construyó. Luego,

pensé en Lorenzo. No podía lastimarlo de nuevo. No podía lastimarme a mí misma dejándolo otra vez.

Exhalé lentamente. —Voy a seguir adelante.

Luca me estudió, buscando en mi rostro cualquier señal de duda. —¿Porque quieres?

—Porque no quiero que Enrico gane.

Luca asintió una vez, comprendiendo. Puso una mano en mi hombro y lo apretó. —Entonces lo haremos juntos.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí que mi hermano estaba realmente de mi lado.

Matteo estaba en el suelo jugando con Kayla cuando entré en su habitación. Sus manitas agarraban el camión de juguete, haciendo suaves sonidos de "brum-brum" mientras lo empujaba por la alfombra. Kayla, siempre paciente, estaba sentada a su lado, jugueteando con su móvil. Me hizo un gesto de asentimiento, reconociendo mi presencia justo antes de marcharse.

—Muy bien, pequeñín, hora de dormir.

Matteo puso morritos. —Cinco minutos más.

—Cinco minutos se convierten en diez. Diez en veinte, y de repente estás dirigiendo un casino en Las Vegas —lo levanté en brazos, ignorando su dramático gemido—. Necesitas dormir, cariño.

Se aferró a mí mientras lo arropaba, sus pequeños dedos se enroscaban en mi camiseta. Me senté a su lado, alisando la manta sobre su pequeño cuerpo. —¿Quieres un cuento antes de dormir?

Los ojos de Matteo se iluminaron. —¡Sí! Pero que no sea aburrido.

Sonreí con complicidad. —Ah, ¿así que todas mis historias anteriores han sido aburridas?

Se rió. —Un poco.

Me llevé una mano al corazón. —Vaya. La traición.

Se rió aún más fuerte, sus pequeños hombros temblaban. —¡Cuéntame una de un pirata! Pero que sea gracioso. Y tiene que

tener un loro que hable.

—Un pirata gracioso con un loro que habla. Entendido —pensé un momento y comencé—: Érase una vez un pirata llamado Capitán Botas Apestosas...

Matteo estalló en carcajadas. —¿Botas Apestosas?

—Sí. Porque nunca se lavaba los calcetines —arrugué la nariz—. Y vaya si olían. Su tripulación siempre se desmayaba cuando se quitaba las botas.

Matteo se reía tanto que tuvo que agarrarse el estómago. —¡Mamá, eso es asqueroso!

—Bueno, pues se pone peor. Un día, su loro parlante, Sir Graznidos, le dijo: "Capitán, o te lavas esos calcetines o me voy volando para siempre".

Matteo hizo un gesto dramático. —¡No!

—¡Sí! Y el Capitán Botas Apestosas tuvo que tomar una decisión. ¿Sabes qué hizo?

Matteo negó con la cabeza, los ojos muy abiertos de emoción.

—¡Tiró sus calcetines al mar! ¿Y sabes qué pasó?

La voz de Matteo era apenas un susurro. —¿Qué?

—¡Todos los peces se desmayaron! ¡Hasta los tiburones se fueron nadando! Y desde ese día, el Capitán Botas Apestosas se convirtió en el Capitán Calcetines Frescos.

Matteo se revolcaba de risa. —¡Esa es la mejor historia del mundo!

Sonreí, amando el sonido de su felicidad. Ojalá pudiera embotellarla y guardarla para siempre.

Cuando su risa se apagó, bostezó y se acurrucó más en su manta. Su manita buscó la mía. —Mamá, ¿nos vamos a quedar aquí?

Vacilé, apartando un rizo suelto de su frente. —Por ahora.

Frunció el ceño. —¿Por cuánto tiempo?

—Hasta que las cosas se calmen —era lo mejor que podía ofrecerle. Se merecía más que incertidumbre, pero en ese momento, era todo lo que tenía.

Le besé la frente. —Esto es para darte una vida mejor, Matteo. Quiero que estés seguro y tengas estabilidad.

Sus manitas se aferraron a la manta. —El hombre grande. ¿Es mi tío?

—Sí, es mi hermano. Así que eso lo convierte en tu tío Luca.

Matteo pareció pensarlo. Luego, con voz tranquila, preguntó: —¿Y el otro hombre alto?

Un escalofrío me recorrió. —¿Qué otro hombre alto?

Sus ojos soñolientos me miraron. —El hombre alto que está cerca del tío Luca. ¿Es mi papá?

Una ola de frío me invadió. No me lo esperaba. Forcé mi voz a mantenerse serena. —No, cariño. Lorenzo solo está... ayudando. ¿Por qué piensas que lo es?

Matteo bostezó y se acurrucó más en su manta. —Porque yo no tengo papá.

Me mordí el labio, el dolor de sus palabras me golpeó, pero lo aparté de inmediato, alisando su pelo. —Cierra los ojos, amor.

Él obedeció, y su respiración se calmó en cuestión de minutos, pero yo me quedé sentada un rato, mirándolo fijamente.

¿Había sido un error? ¿Volver? ¿Traerlo a este mundo? Me repetía que era algo temporal y que solo estaba haciendo lo necesario. Pero al mirar a mi hijo, sabiendo que ya buscaba una figura paterna en un hombre que no se quedaría, ya no estaba tan segura.

Me levanté, dejando un beso en la frente de Matteo. Luego salí, cerrando la puerta con suavidad tras de mí, preguntándome si había cometido el peor error de mi vida.

Exhalé, pasándome una mano por el rostro. Tal vez me estaba engañando a mí misma. Tal vez esto no era solo por Enrico. Quizás una parte de mí había esperado algo más, una segunda oportunidad.

Pero la esperanza era peligrosa, ¿no?

CAPÍTULO 7



CAPÍTULO SIETE
LORENZO

—María siempre ha sido insoportablemente testaruda —murmuré. Me está volviendo loco saber que no tengo control sobre mis pensamientos porque están completamente consumidos por ella.

Es el tipo de mujer que discutiría con una pared si creyera que se interpone en su camino. Un huracán hermosamente difícil, girando a su maldita velocidad, arrastrando a todos en su órbita. Siempre ha sido así, desde que éramos niños, desde la primera vez que me miró directamente a los ojos y me dijo que estaba siendo un idiota, lo cual, para que conste, no lo era.

Ese siempre ha sido el problema con ella. Ese siempre ha sido el motivo por el que me he sentido atraído hacia ella y por el que la he evitado. Estar cerca de María era un maldito peligro.

Era frustrante. Enloquecedor. Una especie de autodestrucción lenta, dolorosa y deliciosa. Un tipo de desastre que te ahoga en su estela. Así es María Russo.

Y ahora ha vuelto. A mi mundo. Queriendo saber más. Queriendo involucrarse.

Debería haber intentado asustarla contándole los peligros del mundo en el que quería meterse, porque no tiene ni idea de lo brutal que puede llegar a ser. Debería mantenerse al margen de este mundo.

Pero María nunca se ha mantenido al margen de nada. Si quiere algo, encuentra la manera. Si quiere meterse en el fuego, no espera permiso, entra directamente, con la cabeza alta, desafiándolo a que la queme.

Esa es su clase de tormenta.

Y si no tengo cuidado, me arrastrará con ella.

Mis pensamientos se interrumpieron cuando Dante entró en mi oficina sin llamar, como si el lugar le perteneciera. Lo hacía a menudo. Me sacaba de quicio, pero no lo suficiente como para detenerlo.

—El cargamento está en Shade. Sin problemas, hemos cerrado el trato y la transacción ha salido bien —dijo.

Se apoyó en el escritorio, con los brazos cruzados, observándome.

Exhalé, moviendo los hombros. —Bien.

Eso debería haber sido el final. Negocio concluido. Habíamos estado trabajando en este trato durante un mes, mucho dinero, altas apuestas, y al final había valido la pena. Este era el momento en el que nos servíamos una copa y celebrábamos un trabajo bien hecho. Pero Dante seguía mirándome, como si fuera un rompecabezas que no lograba resolver.

—¿Qué te pasa? —preguntó Dante con preocupación en su rostro.

Nada. Todo.

Me encogí de hombros.

Dante entrecerró los ojos. —No, en serio. Acabamos de cerrar un trato de un millón de dólares, y pareces como si alguien hubiera atropellado a tu perro.

Me burlé. —No tengo perro.

—Exacto —señaló hacia mí—. Lo que significa que hay algo más que te está haciendo actuar así. Así que suéltalo, Shade.

Le lancé una mirada fulminante. —¿Cuándo empezaste a preocuparte por mis sentimientos?

Él sonrió, sin inmutarse. Ese era el problema con él: llevaba demasiado tiempo a mi lado y me conocía demasiado bien. Podía

hacer callar a los hombres con una sola mirada, pero ¿Dante? Había pasado por el infierno conmigo y había salido al otro lado riendo.

Nos conocíamos desde que éramos niños. Ni siquiera éramos amigos entonces. Él también conocía a Maria, pero tampoco eran cercanos. Dante creció aislándose. Pertenímos a mundos diferentes, a familias distintas y a vidas separadas, pero, de alguna manera, terminamos en el mismo lugar. Él fue el único que estuvo allí cuando me convertí en Shade y cuando no podía mostrar esta parte de mí a Luca porque no entendería los demonios con los que luchaba. Fue cuando dejé de ser solo otro niño rico y entré en algo mucho más grande y oscuro. Cuando las cosas se torcieron, las balas volaron y la gente cayó, Dante se puso en mi lugar.

Eso no es algo que se olvide.

Así que lo dejé seguir, incluso cuando quería borrar esa sonrisa de suficiencia de su rostro.

Me recosté en la silla, frotándome la mandíbula. —Maria quiere entrar.

Dante parpadeó. —¿En qué?

—En el negocio.

Sus cejas se elevaron. —¿En qué parte?

—Quiere entenderlo todo. Quiere saber cómo funciona el negocio, para que cuando llegue el momento de heredar su propiedad, tenga un aterrizaje suave.

Dante soltó un silbido bajo. —Lamento decírtelo, jefe, pero sabes lo difícil que será dejarla entrar. Ella sabe que nada de esto es puro, ni siquiera la parte aparentemente inofensiva.

Puse los ojos en blanco. —Sabe que su padre no dirigía una organización benéfica. Sabe que su padre no era un santo.

—Aunque tiene agallas —murmuró él—. No es algo malo.

Sabía lo que estaba pensando incluso antes de que lo dijera.

—Necesita aprender, Lorenzo. Ha vuelto a este mundo. Te guste o no, está en él. Si no le muestras cómo funcionan las cosas, alguien más lo hará. Y no de una manera que sea buena para ella.

Apreté la mandíbula. El pensamiento me revolvió el estómago. Me había negado a pensarlo desde este ángulo porque quería protegerla de todo eso.

—Hay gente terrible en este mundo —continuó Dante—. Y no puedes protegerla para siempre.

Odio cuando tiene razón. Odio que pueda leer mis pensamientos.

Me pasé una mano por el cabello, exhalando con fuerza. —Está bien. Empezaré con el casino. Los clubes. Mantenlo en la superficie.

Dante esbozó una sonrisa burlona. —Inteligente. Dale una probada. A ver si realmente quiere entrar o si solo le gusta la idea.

—No va a dejarlo pasar.

—Nunca lo hace —añadí.

Nos sentamos en silencio por un momento, ambos sabiendo exactamente en qué tipo de tormenta estábamos a punto de meternos.

Luego, porque Dante no podía resistirse, se inclinó hacia adelante con una sonrisa de oreja a oreja. —Entonces, ¿esto es solo negocio para ti? ¿Asegurarte de que tu madre le entregue la herencia? ¿O estamos fingiendo que no te importa Maria más de lo que debería?

Le lancé una mirada. —Crecimos juntos.

—Ajá.

—Es como de la familia —murmuré. Una sonrisa apareció en el rostro de Dante. Hace esto cada vez que intenta demostrar un punto estúpido.

—Claro.

—Solo me aseguro de que esté a salvo. Pero es solo negocio. No vayas por ahí pensando lo contrario. —Estaba intentando tanto demostrar un punto. Era exasperante. No sé por qué me molesto.

—Seguro, jefe.

Exhalé por la nariz, frotándome la sien. —Eres molesto.

Dante sonrió. —Y tú estás lleno de mierda. Pero eso lo sabemos desde hace años.

Lo ignoré porque no había nada que decir.

Esto era un asunto de negocios.

Porque no iba a permitir que María me arrastrara a algo que no podía permitirme sentir. Al menos, eso me decía a mí mismo.

Decidí conducir hasta la mansión de los Russo horas más tarde. Era un poco más de las cuatro. Quería hablar con María para explicarme y decirle que quería hacer las cosas a su manera. La dejaría entrar en mi vida lo mejor que pudiera. Enrico estaba esperando fuera de la mansión de los Russo cuando llegué, y fue como un mal presagio.

Estaba apoyado contra la pared, con los brazos cruzados y la mirada afilada, como si hubiera estado allí esperando a que apareciera.

Casi puse los ojos en blanco. Había tenido un día muy largo y realmente no quería lidiar con esto ni con él en ese momento.

—Te estás convirtiendo en un visitante habitual. Quizás deberíamos conseguirte una habitación aquí —dijo con voz calmada, pero su mirada estaba llena de sospecha, del tipo que pone nerviosa a la gente.

Lástima que yo no soy gente.

Me acerqué lentamente y con determinación, porque quería que lo sintiera: mi peso, el espacio que ocupaba y el hecho de que, si quisiera, podría acabar con él antes de que se diera cuenta de que había cometido un error.

En su lugar, sonreí. —Buena noche, ¿no?

—Conocí a tu padre —dijo, sin venir a cuento. No estaba seguro de a qué quería llegar, pero he llegado a conocer a la gente lo suficiente como para saber que si los dejas hablar, revelarán sus motivos y debilidades.

Su mandíbula se tensó. —No era un buen hombre. Estaba involucrado en muchos tratos turbios y era un pez gordo.

Me mantuve en silencio. No iba a darle el lujo de mi respuesta.

Continuó, como sospechaba que lo haría. —Hay algo en ti que no me inspira confianza.

Eso me hizo reír. —Hombre inteligente.

—Lo digo en serio.

—Yo también.

Sus ojos se estrecharon. —María no necesita a alguien como tú a su alrededor.

Incliné la cabeza, estudiándolo. —Es bonito que finalmente hayas asumido el papel de tío preocupado, pero tú y yo sabemos por qué.

Los puños de Enrico se apretaron, y por un segundo casi esperé que fuera lo suficientemente tonto como para lanzar un puñetazo. Habría sido divertido. En su lugar, exhaló bruscamente por la nariz, como si intentara contenerse. —Crees que eres listo, pero te haré saber que no lo eres.

Di un paso más cerca, lo suficiente para recordarle que esta no era una pelea que quisiera tener. Lo suficiente para que supiera que yo no era alguien con quien quisiera meterse. —Aléjate de mi camino, Enrico —dije con voz tranquila y serena, pero cada sílaba llevaba una promesa—. No te gustará lo que pase si no lo haces.

Su garganta se movió, pero mantuvo mi mirada. Hay que reconocerle algo, tenía agallas. No suficientes para ganar, pero sí para mantenerse firme.

Sin decir nada más, pasé junto a él y entré. Lo escuché murmurar algo ininteligible, pero no iba a quedarme para seguirle el juego.

Luca estaba en la cocina, apoyado en la encimera con una cerveza medio vacía en la mano.

Cuando me vio, esbozó una sonrisa burlona. —Te vi llegar a la entrada hace una eternidad. ¿Estabas ensayando un discurso que te tomó tanto tiempo encontrar el camino para entrar?

Me encogí de hombros, cogí una botella del mostrador y le quité la tapa. —Me he topado con tu perro guardián fuera.

Luca se rió. —¿Enrico?

—Sí. No creo que le caiga bien.

Luca levantó las cejas. —No puedo culparle.

Eso me hizo reír.

Me apoyé en el mostrador y di un trago de mi bebida. —¿Está María por aquí?

La sonrisa desapareció. Quizás pregunté demasiado rápido, pero no vine aquí para charlar con Luca sobre su tío autoritario. No cuando mi mente ha estado consumida por el pensamiento de ella todo el día.

Luca dejó su cerveza y cruzó los brazos, de repente pareciendo el hermano mayor sobreprotector que nunca supe que era. —Escúchame, Lorenzo, esto —hizo un gesto vago hacia mí y una figura invisible a su lado— es todo una farsa. Así que no te hagas ilusiones. Esto es solo negocio.

Levanté una ceja. —¿Ilusiones? ¿De qué estás hablando?

Luca entrecerró los ojos. —Sabes perfectamente a qué me refiero. No pienses en hacer nada inapropiado con mi hermana. Te perseguiré si lo intentas.

Di un sorbo a mi bebida sin decir nada.

Luca suspiró, frotándose la cara. —Lo digo en serio, tío. No te metas con ella. Y ni siquiera pienses en acostarte con ella.

Fue entonces cuando me reí.

Porque era ridículo. Porque Luca estaba actuando como un hermano mayor aterrador, y se suponía que yo debía asustarme, cuando la verdad era que yo era más alto, más grande y probablemente había pasado más tiempo en el gimnasio este mes que él en toda su vida.

Luca vio mi expresión y frunció el ceño. —No me provoques, Lorenzo. Te sacaré los dientes.

—Claro —dije, dando otro sorbo—. Intentaré no llorar.

—No es una broma —murmuró, frustrado por mi actitud despreocupada. Luca y yo nos habíamos peleado un par de veces cuando éramos más jóvenes, y siempre le había dado una paliza.

—Es tierno que creas que puedes conmigo.

Luca me lanzó una mirada fulminante, pero antes de que pudiera discutir, oí pasos. Instintivamente, Luca y yo nos giramos hacia el sonido, y fue entonces cuando la vi.

María.

Bajando las escaleras. Estaba increíblemente hermosa.

Y fue entonces cuando supe que estaba jodido.

Porque en el momento en que la vi, todos mis pensamientos racionales desaparecieron.

Su cabello estaba perfectamente recogido en una coleta, y no llevaba maquillaje, pero nunca lo había necesitado. Se movía con una elegancia y compostura que solo ella podía lograr, luciendo a la vez intimidante e inocente. Ni siquiera estaba vestida de manera especial: solo una camiseta sencilla, unos vaqueros ajustados, descalza y casual. Pero no importaba.

Podría haber llevado una bolsa de basura, y aún la habría deseado con la misma intensidad.

No era solo su aspecto, era ella: la forma en que se movía y la manera en que se comportaba. Era la forma en que me miraba, como si no estuviera segura de si quería besarme o matarme.

Sentí que Luca me observaba. Sentí su advertencia como algo físico entre nosotros.

Lo ignoré.

María llegó al final de las escaleras y su mirada se fijó en la mía. —Estás aquí. No esperaba verte de vuelta tan pronto.

Asentí. —Bueno, no podía quedarme lejos. —En cuanto las palabras salieron de mi boca, pude sentir la mirada que Luca me lanzaba desde su ángulo. Lo miré de reojo y casi me sentí intimidado por él. Casi. Pero casi no era ni de lejos suficiente.

Ella miró entre Luca y yo, y la sospecha se apoderó de su expresión. —¿De qué estabais hablando vosotros dos?

Luca respondió antes que yo. —De nada.

María entrecerró los ojos. —Eso no es nada sospechoso.

Sonreí con complicidad. —Tu hermano aquí me estaba amenazando. —Decidí jugar al juego que solíamos jugar cuando éramos más jóvenes, donde intentábamos poner a María en medio de nuestras tonterías para que eligiera un bando, sabiendo que lo odiaba.

Las cejas de María se elevaron. —¿Amenazándote?

Asentí. —Dijo que me rompería la mandíbula si intentaba hacer alguna tontería contigo.

Luca gimió. —Por el amor de Dios...

María se volvió hacia su hermano con los brazos cruzados. —Luca, ¿por qué se te ocurriría algo así? —Como cuando éramos niños, María, sin darse cuenta, siempre se ponía de mi parte. Esas eran las cosas que hacía que mi corazón se acelerara. Era cómo veía lo bueno en mí.

Él levantó las manos. —Solo le recordaba que todo esto es falso y que le daría un puñetazo si intentaba tocarte.

Una risita escapó de mi boca en cuanto pronunció esas palabras. María me miró de nuevo. —¿Y eso te parece gracioso?

Me encogí de hombros. —Un poco.

Ella puso los ojos en blanco. —Sois unos idiotas.

Probablemente.

María suspiró, pasándose una mano por el pelo. —¿Por qué estás aquí, Lorenzo?

Buena pregunta.

Tenía una razón. Algo relacionado con el negocio. Algo sobre prepararla para ello.

Pero allí de pie, mirándola, mi cerebro no funcionaba correctamente.

La quería.

No de una manera casual, como no querer mi café solo o con leche. No de la manera que arde rápido y luego desaparece.

No.

Con María era diferente. Era lento y profundo, algo que había estado cociéndose a fuego lento durante años. Una parte de mí quería darme la vuelta y marcharme.

Porque esto... esto era peligroso.

No se suponía que la deseara. No se suponía que la mirara y pensara en cómo se sentiría bajo mí. En cómo sonaría si yo...

Exhalé, obligando a mis pensamientos a volver a algo decente.

María seguía esperando una respuesta.

Le sonreí, y pude sentir cómo su determinación se derretía lentamente y las paredes que había levantado se desmoronaban.

—Quería verte.

Sus labios se separaron ligeramente, como si no se lo hubiera esperado.

Luca gimió de nuevo. —Os odio a los dos.

María lo ignoró, y yo también.

Mi mirada se aferró a la suya, tal como ella se aferraba a la mía. Un fuego ardía. Lo podíamos sentir.

Y sí.

Estaba completamente, absolutamente, totalmente jodido.

CAPÍTULO 8



CAPÍTULO OCHO

MARÍA

Oí voces abajo.

La de Luca, obviamente. Pero la otra, profunda, suave y molesto de lo familiar, hizo que mi corazón hiciera algo ridículo.

Lorenzo.

Vacilé en lo alto de las escaleras, agarrando la barandilla con demasiada fuerza. No se suponía que estuviera aquí. Se suponía que estaría en cualquier lugar menos aquí, dándome espacio y dejándome estar enfadada con él al menos un día entero.

Pero, por supuesto, Lorenzo nunca hacía lo que se suponía que debía hacer.

Tomando una respiración lenta, bajé las escaleras, negándome a dejar que mis pies se apresuraran solo porque mi cuerpo me traicionaba al mero sonido de su voz.

Y entonces lo vi.

Maldita sea.

Estaba apoyado en la encimera, completamente relajado, con una cerveza en una mano y la otra metida casualmente en el bolsillo. Su camisa negra de botones estaba desabrochada en la parte superior, las mangas enrolladas hasta los antebrazos, y sus pantalones oscuros le quedaban demasiado bien. La luz dorada de la cocina iluminaba el corte afilado de su mandíbula, la leve sonrisa

que jugaba en sus labios y esos malditos ojos, oscuros, impenetrables, pero siempre observando.

Odio que se viera tan bien.

Odio aún más que mi cuerpo reaccionara antes de que mi cerebro pudiera recordarme que se suponía que estaba enfadada.

Así que hice lo único que podía: reprimí el sentimiento, lo enterré profundamente y lo oculté todo con indiferencia. Después de escuchar a él y a Luca discutir sobre alguna —advertencia—, crucé los brazos. —¿Por qué estás aquí, Lorenzo?

Se apartó de la encimera, cerrando la distancia entre nosotros de esa manera lenta y deliberada que hacía que mi pulso hiciera cosas estúpidas. —Quería verte.

Luca simplemente me lanzó una mirada exasperada. —Os odio a los dos —dijo antes de pasar a mi lado, refunfuñando algo entre dientes.

Parpadeé tras él, luego me volví hacia Lorenzo, entrecerrando los ojos. —¿De qué iba eso?

Lorenzo esbozó una sonrisa, tomando un sorbo de su cerveza como si no hubiera sido amenazado. —Nada importante.

Exhalé, fingiendo que necesitaba pensarlo, aunque ya sabía que diría que sí.

Porque, a pesar de todo, a pesar de lo irritante que era, quería escuchar lo que tenía que decir.

—Vale.

Su sonrisa se profundizó, como si supiera que ya estaba perdiendo esta batalla.

Me di la vuelta, cogiendo mis chanclas a la entrada de la cocina antes de que pudiera ver cómo mi rostro me traicionaba, y lo llevé al jardín.

El aire de la tarde era cálido, el aroma del jazmín era intenso, y el mundo exterior estaba en silencio excepto por el leve zumbido de la ciudad a lo lejos.

Lorenzo se detuvo a mi lado, su mirada dirigiéndose hacia un árbol en la esquina del jardín, aquel con las ramas bajas y gruesas, el que había estado aquí desde que éramos niños.

Sus labios se curvaron. —¿Recuerdas cuando solías trepar a ese? Mi mente retrocedió a los innumerables días y noches que habíamos jugado aquí mientras crecíamos. En esos días, me ahogaba al verlo, preguntándome cuándo me notaría y dejaría de verme como la hermana de su mejor amigo.

Solte una risotada. —¿Solía? Todavía podría treparlo ahora.

Alzó las cejas. —¿Ah, sí?

—Sí —sonreí con complicidad, inclinando la cabeza—. ¿Qué, no crees que puedo hacerlo? —Rezé en silencio para que no se le ocurriera retarme a escalarlo, porque ya me imaginaba lo duro que caería y cómo me rompería al menos cuatro articulaciones y me fracturaría siete huesos.

Él se rió, con una risa profunda y cálida. —Solo recuerdo que te quedaste atascada.

Me quejé, cubriéndome la cara. —Tenía ocho años.

—Y yo fui el que tuvo que subir a rescatarte.

Lo miré entre mis dedos. —Estabas presumiendo.

Él sonrió. —Quizá un poco.

Me reí a pesar de mí misma, sacudiendo la cabeza, y así, la tensión que nos había estado aplastando se relajó. Casi olvidé que estaba enfadada con él.

Lorenzo se volvió hacia mí por completo, su expresión suavizándose. —María...

Entonces, su voz me devolvió a la realidad.

Tragué saliva. —¿Qué?

Se pasó una mano por el cabello, exhalando. —Sobre lo de ayer...

Mi estómago se tensó.

—No debería haberte despreciado así —continuó—. Yo... —Suspiró—. No quiero que te involucres en este mundo porque es peligroso. Porque no quiero que te pase nada.

Me dolió el pecho, pero me obligué a mantener su mirada, aunque cada parte de mí quería apartar la vista, sabiendo lo difícil que era no quererlo cuando me miraba como si me necesitara. —¿Crees que no sé que es peligroso?

Su mandíbula se tensó. —Ese no es el punto...

—No, ese es el punto —lo interrumpí—. He estado rodeada de hombres toda mi vida diciéndome lo que puedo y no puedo hacer, tomando decisiones por mí como si fuera algo frágil que no puede manejar la verdad.

Lorenzo se estremeció.

Tragué saliva, superando el nudo en mi garganta. —No te permitiré ser uno de ellos.

Esperaba que él replicara, que me dijera lo testaruda que era, pero no lo hizo. Ese simple acto derritió todo el coraje y los contraataques que ya estaba ensayando en mi cabeza.

Entonces, suavemente, —No estoy intentando controlarte, María —su voz era ahora más baja y áspera—. Pero sí quiero protegerte, si me lo permites.

Algo en mi pecho se quebró porque le creí. Porque lo conocía, y porque, bajo toda esa arrogancia y esos bordes afilados, sus palabras revelaban algo más profundo y algo real.

Exhalé, mirando hacia mis manos, sabiendo que ya estaba perdiendo esta batalla.

—Solo... —tragué saliva—, no descartes mis sentimientos tan rápido. Me hace sentir que no me escuchas.

Lorenzo se acercó, lo suficiente como para que pudiera sentir su calor y su presencia.

—No lo haré —murmuró—. Y lamento haberte hecho sentir así.

Y por primera vez en mucho tiempo, un hombre no invalidó mis sentimientos. Algo en eso se sintió tan reconfortante y tan seguro. Podía sentir las lágrimas acumulándose lentamente en mis ojos, pero las contuve, sin querer mostrarle cuánto me habían tocado sus palabras.

—Quiero ver el club.

Lorenzo se quedó quieto. Por un segundo, simplemente me miró, impenetrable como siempre. Luego, lentamente, sacó su teléfono, pulsó algo y lo guardó de nuevo en su bolsillo.

—Vamos —dijo.

Alcé una ceja. —¿Tan fácil?

—¿Esperabas una pelea?

—Sinceramente? Un poco.

Sus labios se movieron levemente, pero no dijo nada mientras me guiaba hacia el coche.

El trayecto fue... incómodo.

No del tipo pesado e insoportable, sino de una extraña tensión que flotaba entre nosotros. Como un espacio esperando a ser reconocido.

Lo observé. Demasiado atentamente.

La forma en que sus dedos agarraban el volante, cómo cambiaba las marchas con tanta suavidad que parecía casi indolente. Observé cómo su garganta se movía al tragar y cómo su mandíbula se tensaba cada vez que se perdía en sus pensamientos.

—María —su voz me sacó de mi trance—. Si sigues mirándome así, vamos a chocar.

El calor me subió al rostro. —Yo... no te estaba mirando.

—¿Ah, no?

—Solo estaba observando cómo conduces —levanté la barbilla, forzando mi voz a sonar neutra—. Quiero aprender.

Lorenzo me miró de reojo, y algo divertido brilló en sus ojos oscuros. —Qué raro.

—¿Qué tiene de raro?

Esbozó una sonrisa. —Porque sabes conducir desde los dieciséis.

—¡Joder! —maldije internamente. Me habían pillado en una mentira ridícula, y lo peor era que no tenía ni idea de por qué la había dicho en primer lugar. ¿Acaso había olvidado que este hombre sabía casi todo lo que había que saber sobre mí?

Lorenzo parecía demasiado entretenido.

Exhalé y me giré hacia la ventana. —Da igual.

El trayecto continuó en silencio, pero seguía sintiendo su mirada posándose en mí de vez en cuando, como si estuviera tratando de descifrar algo. O quizás ya lo había hecho.

Cuando llegamos al club, el sol ya se estaba poniendo. El cielo estaba teñido de morados profundos y azules marinos. Algunos trabajadores pululaban por allí, preparándose para la noche. Las luces cálidas se derramaban desde la entrada hasta el pavimento.

Lorenzo aparcó y salió primero. Yo lo seguí, mis tacones haciendo clic contra el suelo.

Y en el momento en que observé el lugar, algo me golpeó.

Una extraña y persistente familiaridad.

Se asentó en mi pecho, una extraña sensación de déjà vu ascendiendo por mi columna.

El club era elegante y sofisticado, pero no ostentoso, con ventanas oscuras y un exterior pulido. Las grandes puertas estaban abiertas, dejando escapar un suave zumbido de música, el olor del licor y algo ligeramente picante flotando en el aire.

Entonces, una voz.

—Jefe.

Un hombre salió al paso.

Era alto y musculoso, como alguien que podría matarte de ocho maneras diferentes antes de que pudieras pestañear. Tenía el pelo oscuro, ojos penetrantes y una presencia que demandaba atención sin esfuerzo.

Lorenzo asintió. —Dante.

El hombre, Dante, se volvió hacia mí, su expresión cambiando a algo más acogedor. —Y tú debes ser María.

Su voz.

Algo en ella me hizo contener la respiración.

Era profunda y suave, pero había algo más. Su voz me resultaba familiar.

Sonreí, disimulando mi incomodidad. —Encantada de conocerte.

Dante inclinó ligeramente la cabeza y luego se volvió hacia Lorenzo. —Todo está listo dentro.

Lorenzo me hizo un gesto para que lo siguiera.

En el momento en que entramos, me golpeó como un tren de carga: el aroma, la iluminación y la distribución del lugar.

Me detuve en seco.

No.

No puede ser.

Mi corazón latía con fuerza, mis dedos se cerraron en puños mientras me giraba lentamente, mis ojos escudriñaban cada centímetro del club, los recuerdos chocando con el presente.

Aún podía verlo: la barra, los reservados en la esquina más alejada, la pista de baile —vacía ahora—, el resplandor rojo y

dorado, y cómo los candelabros proyectaban patrones en las paredes.

He estado aquí antes.

Este era el club donde había conocido a él, donde me había cruzado por primera vez con SHADE.

Estaba borracha esa noche. Había ido a al menos cuatro clubes antes de quedarme en aquel donde lo conocí. Todos me resultaban familiares, con música alta y luces tenues.

Mi estómago se retorció. El aire a mi alrededor de repente se sentía demasiado pesado. Me costaba respirar.

La voz de Lorenzo atravesó la niebla.

—¿María?

Me giré hacia él demasiado rápido, intentando controlar mi expresión, pero lo sabía —lo sabía—, había captado algo en mi rostro.

Sus cejas se fruncieron ligeramente, inclinando la cabeza. —¿Qué pasa?

Nada.

Todo.

Tragué saliva. —Es solo que... —Mi voz sonó extraña en mi garganta—. Creo que he estado aquí antes.

Los ojos de Lorenzo se oscurecieron ligeramente, pero su expresión seguía siendo inescrutable. —¿Ah, sí?

Forcé una sonrisa. —Supongo.

Dante, que había estado observando en silencio, cruzó los brazos. —Parece que el mundo es un pañuelo.

Una risa se atascó en mi garganta. Un pañuelo ni siquiera comenzaba a describirlo.

Mi pulso latía con fuerza mientras volvía a mirar el club, mi mente daba vueltas con recuerdos, preguntas y piezas que no encajaban del todo.

¿Cuáles eran las probabilidades?

Y, más importante aún—

¿Y si Lorenzo conoce a Shade?

CAPÍTULO 9



CAPÍTULO NUEVE

LORENZO

María se encontraba en medio de mi local, observándolo todo.

Y, joder, si no parecía que estuviera en el lugar adecuado.

Era como si perteneciera allí, como si ese fuera exactamente el sitio donde debía estar.

Nunca la había introducido en mi mundo de esta manera. Y, claro, no podía mostrarle todo—había partes de mi vida que nunca podría tocar—pero esto era algo que sí podía ofrecerle.

Observé cómo sus ojos recorrían el espacio. La suave luz de las lámparas de araña bañaba su piel con un tono dorado. Su expresión era inescrutable, pero noté cómo sus dedos se agitaban a los lados, como si intentara comprender algo.

Una parte de mí quería acercarme a ella, entrelazar mis dedos con los suyos y atarla a mí antes de que se perdiera en los pensamientos que nublaban su mente.

Dijo que ya había estado aquí antes, algo que me resultó extraño. Conozco a María como alguien que desafía las normas, pero parece que, con el tiempo que pasamos separados, hay mucho que desconozco de ella. Solía odiar la música alta o los lugares llenos de gente.

Supongo que no la conocía tan bien como creía. Ahora, quería preguntarle sobre su experiencia y conocer todas esas partes de ella que no se veían a simple vista. En lugar de eso, me aclaré la garganta.

—Aquí es donde paso la mayor parte de mi tiempo —dije, señalando a mi alrededor—. El club, el casino... son la cara del negocio.

Su mirada se posó en la mía. —¿Y el resto?

Una sonrisa jugueteó en mis labios. —No nos adelantemos.

Ella puso los ojos en blanco, pero no insistí.

La acompañé por el lugar, señalando las diferentes áreas: los palcos VIP, la barra, las salas de juegos más allá de la planta principal. Mantuve la voz calmada, dejándola tomarse su tiempo.

Parecía estar bien. Hasta que—

Sus ojos se posaron en las mujeres.

Un grupo de ellas estaba cerca de la barra, charlando entre sí, algunas lanzándonos miradas de reojo. Eran parte del club—camareras, anfitrionas, bailarinas—quiero decir, las strippers que ensayaban para la noche.

Sabía exactamente lo que María estaba pensando antes de que abriera la boca.

—¿Siempre estás rodeado de tantas mujeres?

Me volví hacia ella, incapaz de evitar la sonrisa lenta que se dibujó en mi rostro.

—Bueno, no usaría la palabra «rodeado» —bromeé, pero ella no sonrió, ni un poco. Me incliné un poco más hacia ella—. Si no supiera lo contrario, diría que suenas celosa.

María resopló. —¿Celosa? Por favor.

Pero cruzó los brazos y levantó ligeramente la barbilla—una señal evidente.

Me acerqué lo suficiente para notar cómo su respiración se entrecortaba. —¿Estás segura? Porque si no supiera lo contrario, diría que estás preocupada.

Mantuvo mi mirada, tan testaruda como siempre. Pero detecté un destello en sus ojos—algo que no quería admitir.

Una sonrisa lenta y peligrosa se dibujó en mis labios.

—Relájate, María —murmuré, con una voz baja y deliberada—. Eres la única mujer aquí que me interesa.

Su respiración vaciló solo por un segundo. Y ese segundo fue suficiente.

Dejé que mi mirada recorriera su cuerpo lentamente, disfrutando de la imagen de ella intentando ocultar sus mejillas sonrosadas y la sonrisa que estaba a punto de asomar a sus labios.

María se movió como si quisiera retroceder. Pero no lo hizo. En lugar de eso, levantó aún más la barbilla, como desafiándome a hacer algo.

Y, joder, si quería hacerlo. Lo deseaba tanto que me dolía cada centímetro de mi cuerpo.

Entonces, ella apartó la mirada.

Fruncí el ceño, siguiendo su mirada. Sus hombros se habían tensado de nuevo, los dedos apretados a los lados. Lo que hubiera pasado entre nosotros se había esfumado, reemplazado por algo incómodo.

Mi voz se suavizó. —¿Estás bien?

María dudó. —Sí, lo estoy —dijo, pero su expresión contaba una historia diferente.

La observé con atención. —Ven a mi despacho.

Ella exhaló como si hubiera estado conteniendo la respiración. Luego asintió.

La llevé más allá de la planta principal, subimos las escaleras y bajamos por el pasillo hasta mi despacho. El espacio estaba lleno de estanterías con licores caros, y un escritorio negro y elegante ocupaba la mayor parte de la habitación.

María entró, dudando solo un segundo antes de dirigirse hacia la ventana.

Me quedé junto a la puerta, observándola.

Sus dedos rozaron el cristal.

—Este lugar me resulta familiar. Aunque ya no estoy segura. Aquella noche estaba oscuro —sus palabras eran suaves y casi distraídas. Tenía ganas de preguntarle por qué la idea de haber estado aquí en el pasado la atormentaba tanto.

¿Por qué tenía un efecto tan burlón en ella?

Me mantuve en silencio.

Ella se volvió hacia mí, sus ojos buscando algo. Un músculo de mi mandíbula se tensó. María no tenía ni idea de lo cerca que estaba de la verdad.

Me aclaré la garganta. —Quizá solo te recuerda a otro club.

No parecía convencida, pero lo dejó pasar.

La observé de cerca, notando cómo se movía y cómo sus manos se detenían en las superficies como si intentara afianzarse.

Me acerqué a mi escritorio, pero no me senté. Tampoco me acerqué demasiado. No quería que se sintiera agobiada.

—Si quieres irnos, podemos hacerlo —dije.

Ella se volvió hacia mí. —No. Quiero estar aquí.

Algo en mi pecho se tensó.

María quería estar aquí, con migo.

Se acercó, dudando ligeramente antes de apoyarse en el borde de mi escritorio. —Es solo que... no sé qué me pasa.

No dije nada. Simplemente la dejé hablar.

Ella suspiró, moviendo los hombros como si intentara sacudirse algo. —¿Cuándo empezaste con todo esto?

Arqueé una ceja. —¿Con el club?

—Con el negocio —corrigió, con la mirada penetrante. —Lo odiabas, ¿recuerdas? Odiabas cómo alejaba a tu padre. Siempre decías que nunca formarías parte de ello.

Una risa cortante escapó de mí. —Eso dije, ¿verdad?

Ella asintió, cruzando los brazos. —Entonces, ¿qué cambió?

Vacilé.

Luego, me encogí de hombros. —Murió.

María parpadeó.

Dejé que la palabra se asentara entre nosotros antes de continuar, con la voz más baja. —Pensé que podría mantenerme al margen y que sería diferente. Pero en el momento en que él murió, todo recayó sobre mí.

Ella me estudió. —Podrías haberte ido.

—No —mi voz fue firme. —No podía.

Ella escudriñó mi rostro como si intentara entender.

Sonreí, rompiendo la pesadez en el ambiente. —Y además, si me hubiera ido, no sabría que estar rodeado de mujeres te pone celosa.

María gimió. —Lorenzo.

Me reí.

Por primera vez esa noche, ella sonrió.

Y así, todo lo que sentía hizo que su tensión se suavizara, asentándose en la parte familiar y tranquila de ella a la que estaba acostumbrado.

María se apoyó en el escritorio, soltando un largo suspiro. —Sigo pensando que eres un idiota.

Sonreí. —Lo sé. Nada nuevo.

Y quizá lo era. O estaba convirtiéndome en uno para ella.

Pero en ese momento, estando allí con ella, no me importaba.

La pregunta de María aún flotaba en el aire, envolviéndome como un lazo.

¿Cuándo había empezado todo esto? Le había dado una respuesta genérica, pero la respuesta no era tan simple.

Porque la verdad era que yo no había empezado nada.

Había empezado antes de mí. Antes incluso de que tuviera elección.

Y de repente, ya no estaba en mi despacho.

Las paredes de nuestra casa temblaban bajo el peso de las voces de mis padres.

—¡No eres el hombre con el que me casé, Alessandro Bianchi! —La voz de mi madre se quebró, cargada de rabia y desesperación. Siempre lo llamaba por su nombre cuando estaba enfadada con él.

Yo estaba fuera de la puerta de su dormitorio, demasiado joven para entender y demasiado mayor para ignorarlo.

La voz de mi padre era más baja. Cansada. —Todo lo que hago, lo hago por ti. Por él.

—No te atrevas a decir eso —escupió mi madre—. ¿Crees que esto es por nosotros? ¿Crees que lo pedimos? Te miro y ya no veo a mi marido… ¡veo a un monstruo!

Silencio.

Apreté la oreja contra la puerta.

Cuando mi padre volvió a hablar, su voz estaba ronca. —¿Crees que yo quería esto? ¿Que tuve elección? Este mundo no te deja elegir, Isabella.

—Entonces vete —la voz de mi madre tembló—. Podemos irnos.

Una risa amarga. —¿Y adónde? No se abandona esta vida, Isabella. Se sobrevive.

Recuerdo el sonido de un cristal rompiéndose.

—Podrías haber sido diferente —susurró mi madre.

Nunca oí la respuesta de mi padre.

La voz de María me devolvió a la realidad.

Parpadeé. El despacho volvió a enfocarse: la luz tenue y la mujer que estaba a pocos pasos, observándome.

Lo vio.

Vio la tormenta en mis ojos.

Forcé una sonrisa burlona. —¿Qué? ¿Te has perdido en mi cara tan guapa?

María no se rió. —¿Mi pregunta ha removido algo?

Me giré, cogiendo un vaso de mi escritorio. —Tranquila, María. Estás pensando demasiado.

Pero ella sabía mejor.

Sus ojos se posaron en mí un segundo más de lo necesario antes de que sonriera, ligera y relajada. Un cambio de tema deliberado. —Sabes, a pesar de todo, creo que lo has hecho bien. Has asumido el liderazgo. Eso no es fácil.

Exhalé, sintiendo cómo la tensión se desvanecía de mis hombros.

—¿Me estás halagando? —bromeé—. Cuidado, María. Podría acostumbrarme.

Ella puso los ojos en blanco. —No te pases.

Sonreí, pero algo en sus palabras se instaló en lo más profundo de mí. María siempre me había visto por quien era, antes del negocio y antes de que mi apellido se convirtiera en una cadena alrededor de mi cuello.

Y ahora, sabiendo que ella me veía como algo más que un tipo atrapado en un mundo que no había elegido, sabiendo que pensaba que era capaz… Dios, eso me afectó.

—Siempre has sido la fuerte —admití—. La forma en que luchas por ti misma, por lo que quieres… Siempre he admirado eso en ti.

Sus labios se separaron, sorprendida y fascinada por mis palabras tanto como yo lo estaba por ellas.

Me acerqué, contando lentamente las pulgadas que quedaban para cerrar la distancia entre nosotros.

Y ella no se apartó.

Observé cómo su respiración se volvía superficial y cómo su pulso palpitaba en su garganta. Mi mirada descendió hasta sus labios, suaves, entreabiertos y esperando.

Quería besarla.

No, necesitaba besarla.

Mis dedos rozaron su muñeca, un contacto casi imperceptible, pero le provocó un escalofrío que recorrió su espalda. Lo vi. Lo sentí.

Los ojos de María se encontraron con los míos, oscuros con el mismo deseo que yo sentía.

Ninguno de los dos se movió.

Ninguno de los dos habló.

Me incliné, sintiendo ya su aliento agitado en mi rostro, mis labios a centímetros de posarse sobre los suyos.

Toc. Toc.

El sonido rompió el aire entre nosotros.

María se apartó de golpe como si la hubieran quemado. Cerré los ojos, maldiciendo entre dientes.

¡Joder!



CAPÍTULO DIEZ

MARIA

—¿En qué diablos estaba pensando? —me pregunté a mí misma.

Exhalé el aire que no me había dado cuenta de que estaba conteniendo.

Gracias a Dios por ese golpe en la puerta.

Me había dejado llevar demasiado, perdida en el momento, en él. Esto era exactamente lo que me había estado advirtiendo a mí misma. Era un acto, solo una representación que teníamos que mantener. Entonces, ¿por qué se sentía tan real?

Di un paso atrás, cruzando los brazos mientras Lorenzo abría la puerta. Una mujer entró, vacilando en el umbral.

Era joven, quizás de unos veinticinco años, pero el cansancio marcaba su rostro. Su pelo rubio estaba recogido en una coleta despeinada, con mechones sueltos que enmarcaban sus ojos cansados. Llevaba el uniforme negro de las camareras del club, pero algo en su postura no encajaba. Sus hombros estaban encorvados y sus manos entrelazadas, como si intentara ocupar el menor espacio posible.

Había visto a mujeres como ella antes.

Demasiadas veces.

Mujeres que habían pasado años aprendiendo a ser invisibles. Mujeres a las que les habían enseñado que hablar demasiado alto o ocupar demasiado espacio era peligroso.

Me enderecé, alerta al instante.

Ella miró a Lorenzo —Buenas... noches, señor... soy... —tartamudeó. Parecía estar intentando reunir sus pensamientos y palabras.

—Buenas noches —respondió Lorenzo con naturalidad, apartando la mirada de mí para reconocer su saludo.

Su mirada se posó en mí, y algo cambió en su expresión: reconocimiento.

—Usted... usted es Maria Russo —susurró, con voz temblorosa—. Habló en esa conferencia sobre los derechos de la mujer en París el año pasado. Yo estuve allí.

Mi estómago se tensó. No estaba aquí por Lorenzo. Estaba aquí por mí.

La miré, mi mente recordando brevemente la conferencia. Fui panelista y oradora invitada. Hablé extensamente sobre la violencia doméstica, y recuerdo que muchas mujeres participaron y me hicieron preguntas sobre sus relaciones abusivas. Fue triste y reconfortante a la vez.

Triste porque muchas mujeres estaban atrapadas en relaciones emocional y físicamente abusivas. Reconfortante porque estaban dispuestas a hacer algo para cambiar su situación.

—Necesito su ayuda —dijo cuando no respondí de inmediato. Su voz se quebró en la última palabra.

Dio un paso inseguro hacia adelante y luego se detuvo, de repente pareciendo insegura de sí misma. —L-lo siento, no debería haber venido aquí así. No quería interrumpir nada.

Intervine con suavidad. —No es nada. Sí, soy Maria Russo. ¿Qué ocurre? Dijo que necesitaba mi ayuda.

La mujer vaciló, mirando a Lorenzo, que estaba en un rincón observando sin decir una sola palabra, antes de volver a mirarme.

—Yo... acabo de salir de una relación. Mi novio... —Una pausa. Un trago—. Mi ex... no era una buena persona. Pero lo dejé.

Finalmente lo dejé. Justo como nos dijo que hiciéramos en la conferencia.

Las palabras salieron a toda prisa, como si no las dijera lo suficientemente rápido, no pudiera decirlas en absoluto.

Asentí, animándola. —Ese es un gran paso. Estoy muy orgullosa de ti.

Ella esbozó una sonrisa tensa. —Sí. Excepto que no me deja recoger mis cosas de nuestro apartamento. Solo quiero cogerlas e irme de la ciudad. No quiero presentar cargos, solo...

Exhaló. —Solo necesito salir de aquí. Lejos de todo esto.

Apreté los puños. Por supuesto. ¿Cuántas veces he escuchado esta misma historia? No querían que se complicara. Una parte de ellos todavía quería protegerlo de las consecuencias de sus acciones. Una parte de ellos todavía tiene demasiado miedo de enfrentarse a los monstruos que una vez pensaron que podían convertir en príncipes encantadores.

Mi corazón se derritió. Sabía demasiado bien que no debía presionarla para que actuara y presentara cargos para que él pagara. Este ya era un gran paso que estaba dando, y cualquier intento de presionarla para que hiciera más podría tener un efecto negativo en ella.

—Iré contigo —dije de inmediato.

Una inhalación brusca a mi lado.

Lorenzo. Había estado en silencio todo este tiempo, pero casi podía escuchar sus pensamientos, absorbiendo cada una de sus palabras.

Me agarró de la muñeca, llevándome a un lado de la gran oficina, lejos de su alcance auditivo. Su agarre era firme pero no forzado, su voz baja. —¿Lo dices en serio?

—Ella necesita ayuda —susurré.

Él negó con la cabeza. —María, ni siquiera la conoces. No sabes lo peligrosa que podría ser esta situación.

Me solté la muñeca de un tirón. —Sí lo sé, porque sé cómo son las víctimas, Lorenzo. Sé cómo se ve el miedo.

Su mandíbula se tensó.

Miró por encima de mi hombro, observando a la mujer retorcer sus manos, cambiando el peso de un pie al otro. La estaba evaluando como hacía con todo, buscando mentiras, debilidades, amenazas.

Suavicé mi voz. —Sé que solo intentas ser cauteloso, pero no todo el mundo tiene una agenda oculta.

Sus ojos parpadearon, como si hubiera tocado una cuerda en el ritmo de su corazón.

Presioné. —¿Qué te pasó? —Mi voz bajó, quedó en un susurro, casi suplicante. —¿Cuándo dejaste de creer en la gente?

Lorenzo no respondió.

No en voz alta.

Pero había una mirada atormentada en su expresión que me decía que él no sabía la respuesta, pero yo sí. Cuando uno ha estado demasiado tiempo en un negocio como el suyo, tiendes a ser cauteloso con todo y con todos. No confías en la gente porque continuamente te demostrarán por qué no se puede confiar en ellos. No lo culpaba. Era el mundo al que ahora estaba acostumbrado.

Un largo silencio se extendió entre nosotros.

Entonces, finalmente—

—Está bien —murmuró. —Pero voy contigo.

Dejé escapar un suspiro de alivio. —Bien.

Porque algo me decía que esto no sería tan simple como coger unas cuantas maletas e irse.

Nunca lo era.

Hice preguntas durante todo el trayecto, intentando obtener la mayor cantidad de información posible en el menor tiempo. Podía ver los ojos de Lorenzo sobre mí a través del espejo retrovisor, echándome miradas furtivas.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

—Jeremy.

—¿Cuánto tiempo llevaban juntos?

—Llevamos juntos seis meses.

Seis meses. Seis meses eran suficientes para que él convirtiera su vida en un infierno.

—¿Cómo se conocieron?

—En un bar. Al principio era dulce.

Así es como siempre empieza. Dulce al principio, bombardeo de amor en el mejor de los casos, y luego convirtiéndose en un animal asqueroso y abusivo en el peor.

—¿Y cuándo cambiaron las cosas?

La mujer—se llamaba Hannah—se movió incómoda en el asiento del copiloto, retorciendo los dedos en su regazo. —Despacio. Empezó poco a poco. Un poco de celos, un poco de control. Luego, la primera vez que me pegó, lloró durante horas después y juró que nunca volvería a suceder.

—Pero lo hizo—murmuré.

Ella asintió, mirando por la ventana. —Sí. Lo hizo. Una y otra vez.

Lorenzo no había hablado mucho, pero sentí su presencia, su energía tensa y alerta. Estaba analizando la situación, igual que yo. Evaluando para saber en qué nos estábamos metiendo.

Pero yo lo sabía mejor.

Cuando llegamos a la caravana, el ambiente se sentía inquietante y espeluznante. Era exactamente como me lo había imaginado: un hombre fracasado viviendo en un entorno sucio que reflejaba todo lo que ya sabía sobre él.

El lugar era un desastre. Él también lo era.

Las malas hierbas crecían hacia una camioneta oxidada en el jardín. Algunas botellas de cerveza rotas salpicaban el pavimento agrietado, y la caravana en sí parecía que un fuerte viento la derribaría de un golpe.

No dudé.

Llamé con fuerza a la puerta. Hannah se quedó rígida a mi lado y Lorenzo unos pasos atrás, silencioso pero firme.

La puerta se abrió de golpe, revelando a Jeremy.

Grasiento, sin afeitar, con una camiseta manchada y unos pantalones cortos de cargo que parecían no haber visto una lavadora

en meses. Sus ojos inyectados en sangre se movieron entre nosotros antes de posarse en Hannah con una mueca de desprecio.

—Tienes que estar de broma—se burló, cruzando los brazos. —¿Ahora traes a otra perra engreída para que pelee tus batallas?

Hannah se estremeció. —Otra—, confirmando que ya había intentado irse, pero él no se lo había permitido.

Lorenzo exhaló por la nariz, un sonido lento y medido. Podía sentir que su paciencia se agotaba.

Di un paso al frente. —Está aquí por sus cosas. Ha decidido irse en silencio. No la hagas cambiar de opinión.

Los ojos de Jeremy volvieron a posarse en mí, evaluándome. —¿Ah, sí? ¿Y si no la dejo?

Di otro paso al frente, con los brazos cruzados y la cabeza ladeada. —Entonces, Jeremy, ¿sabes lo que estás haciendo ahora mismo?

Su mueca de desprecio se acentuó. —Sí, lidiar con dos perras molestas en mi entrada.

Ignoré el insulto. —No, estás reteniendo ilegalmente las pertenencias de alguien. Eso es robo. Y como ya le has puesto las manos encima antes, te enfrentas a cargos de acoso y posiblemente de violencia doméstica.

Jeremy puso los ojos en blanco. —¿Vas a llamar a la policía?

Me reí. —Oh, no necesito a la policía. Pero lo que pasa con hombres como tú es que sois lo suficientemente tontos como para pensar que podéis jugar este juego y ganar. Así que déjame simplificarlo. Ella va a coger sus cosas y nos vamos. Sin problemas. O podemos escalar, y te prometo que serás tú quien se vaya de aquí esposado.

El rostro de Jeremy se oscureció. Sus dedos se cerraron en puños.

—Perra, te juro que...

Lorenzo se movió entonces, colocándose delante de mí tan rápido que Jeremy ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar. Antes de que el hombre pudiera parpadear, Lorenzo lo tenía del cuello, empujándolo con fuerza contra el marco de la puerta, con los pies apenas tocando el suelo.

Escuché el golpe de su cráneo contra el metal.

Jeremy gritó.

—La dejarás—murmuró Lorenzo, con una voz tranquila. Demasiado tranquila. —Y si alguna vez escucho que te acercas a ella, me aseguraré de que el resto de tu vida sea una auténtica pesadilla. ¿Me entiendes?

Jeremy tragó saliva con tanta fuerza que lo oí. Su bravuconería se desmoronó como papel mojado.

—L-Lo —tartamudeó, dándose cuenta de repente de quién lo tenía inmovilizado—. ¿Lorenzo Bianchi?

El agarre de Lorenzo se apretó. —Ah, así que sí sabes quién soy. Entonces, sabes que no hago amenazas vacías.

La frente de Jeremy se cubrió de sudor.

Hannah temblaba a mi lado, pero noté en su expresión satisfacción. Alivio.

Cruzé los brazos. —Hannah, puedes ir a buscar tus cosas.

Jeremy asintió frenéticamente. —S-sí. Sí, coge lo que quieras. No quiero problemas, tío.

Lorenzo lo soltó, y él retrocedió tambaleándose, agarrándose la garganta como si lo hubieran sacado de una soga.

Hannah prácticamente salió corriendo hacia dentro, cogiendo unas cuantas bolsas y metiendo ropa en ellas tan rápido como pudo.

Diez minutos después, habíamos terminado. Jeremy había huido en cuanto Lorenzo le dio la espalda, corriendo hacia la calle como el perro salvaje que era.

Mientras caminábamos de vuelta al coche, Hannah se giró de repente hacia mí, abrazándome.

—Gracias —susurró—. No sé qué habría hecho si no hubieras…

—No tienes que darme las gracias —murmuré—. Solo prométeme que nunca volverás.

Asintió, con los ojos vidriosos. —No lo haré.

Lorenzo sacó su cartera, deslizando un grueso fajo de billetes en su mano.

—Para el camino —murmuró.

Su boca se abrió de sorpresa, pero él ya se estaba alejando como si no le hubiera dado a una camarera una pequeña fortuna.

Hannah apretó el dinero contra su pecho, conteniendo las lágrimas. —Ni siquiera sé qué decir.

—Entonces no digas nada —dijo Lorenzo—. Solo vete.

Asintió, se secó la cara, subió a su coche y se marchó.

Lo miré fijamente. Él fingió no darse cuenta.

Pero lo había visto. La suavidad. La bondad.

Un atisbo del Lorenzo que solía conocer.

Un atisbo del chico al que había amado de joven.



CAPÍTULO ONCE
LORENZO

—Estás preciosa —susurré al entrar en casa de mi madre. Había dejado a María después de que Hannah se marchara y me dirigí a casa de mi madre.

—Eres un pésimo mentiroso —bromeó mientras le daba un suave beso en la mejilla.

Sonreí con complicidad y me dejé caer en el sofá a su lado. —Me alegra verte también, mamma.

Me lanzó una mirada de complicidad, entrelazando sus suaves dedos sobre su regazo. —Estás trabajando demasiado otra vez, ¿verdad?

—Dirijo un negocio —murmuré, frotándome la nuca. —No tengo mucha opción. —Intenté no mirarla, no ver lo pálida que se estaba poniendo. Me parte el corazón verla así y no poder hacer nada al respecto.

—Diriges un imperio —me corrigió, sacudiendo la cabeza. —Y dejas que te consuma.

No respondí.

Ella suspiró, alcanzando la taza de té que descansaba en la mesita de madera a su lado. Sus movimientos eran más lentos ahora y más cuidadosos que antes. La visión me atravesó el pecho con un dolor insoportable.

—Entonces —preguntó, tomando un pequeño sorbo—, ¿por fin estás aquí para hablarme de la mujer que tienes en mente?

Me quedé helado, apretando los dedos sobre mi rodilla. —¿Qué te hace pensar...?

—Oh, por favor —me interrumpió, rodando los ojos. —Te crié, Lorenzo. Sé cuando algo, o alguien, te está molestando.

Exhalé por la nariz. —Es complicado. —No estaba seguro de querer contarle que María había vuelto. La última vez, mi madre se sintió destrozada cuando María se fue, y creyó que yo la había alejado con mi actitud.

—Siempre lo es.

Solté una risa seca. —Realmente no me lo pones fácil, ¿eh?

Sus labios se curvaron en una suave sonrisa. —No, no lo hago. Pero por eso me quieres.

Maldita sea, y su capacidad de verme tan claramente.

Me incliné hacia adelante, apoyando los codos en mis rodillas. —Es María —confesé por fin.

Levanté la mirada y encontré a mi madre observándome con esa expresión tranquila y comprensiva.

—Ah —murmuró—. María.

Estudié su rostro con cuidado. —No pareces sorprendida.

—Es porque no lo estoy —dijo, dejando su taza con un suave tintineo. —Esa chica tenía tu corazón mucho antes de que tú lo supieras. Incluso cuando se fue, una parte de mí sabía que no era el final. Solo necesitabais tiempo.

Me pasé una mano por la cara. —No importa.

—¿Por qué no?

—Porque no soy la misma persona que era entonces —dije, con la voz más baja y tensa. —Ella es... buena. Todavía cree en la gente. Y yo... yo veo lo peor de ellos. Me he convertido en aquello que juré que nunca sería.

Su expresión se suavizó. —Lorenzo.

Sacudí la cabeza. —Tú solías decirme que tenía un corazón bondadoso y que estaba destinado a algo más que esto. Pero ahora me miro al espejo y ya no reconozco a esa persona. Lo veo a él.

Vi cómo su expresión cambiaba y al instante me arrepentí de haberlo mencionado.

Ella extendió la mano, colocando su fría palma sobre la mía. —Nunca dije que hubieras perdido tu corazón, figlio mio. Solo que lo habías enterrado.

Se me cerró la garganta.

—Crees que estás demasiado lejos, pero no es así —continuó. —Has dejado que este mundo te endurezca, pero todavía hay bondad en ti, Lorenzo. Yo la veo. No eres como él. Nunca podrás ser como él.

Tragué saliva, con la voz apenas un susurro. —Entonces, ¿por qué no lo siento?

Apretó mi mano ligeramente. —Porque has pasado tanto tiempo convenciéndote de que no lo mereces.

Aparté la mirada, con la mandíbula apretada.

—María también lo ve, ¿verdad?

No respondí porque no sabía cómo me veía ella. Cuando ayudamos a la señora con su novio, al principio fui despectivo, y ella me señaló que había dejado de creer en la gente. Debe verme como una especie de monstruo.

Ella soltó una risita, con una voz suave. —Por supuesto que sí.

Suspiró, recostándose en el sofá. —No estaré aquí por mucho más tiempo, Lorenzo.

Mi cuerpo entero se quedó inmóvil.

—No —le advertí, sacudiendo la cabeza—. No vamos a hablar de esto. —Mis ojos se llenaron de lágrimas mientras intentaba contenerlas. No. No iba a dejar que viera cómo esa idea me afectaba. Se suponía que debía ser fuerte por ella.

—Tenemos que hacerlo.

—No, no tenemos que hacerlo.

—Sí, tenemos que hacerlo. —Su voz era firme, pero sus ojos estaban tristes—. Necesito saber que estarás bien cuando yo no esté.

Un dolor agudo atravesó mi pecho. Tragué saliva para aliviar la opresión en mi garganta. No quería tener esta conversación.

—No te vas a ir a ninguna parte —dije con firmeza—. Eres más fuerte que esto.

Ella sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos. —Nadie lucha para siempre, mi amor.

Aparté la mirada, fijándola en el suelo. —Has llegado hasta aquí. Los médicos dijeron que no lo lograrías, y les demostraste que estaban equivocados. Puedes volver a hacerlo.

Ella exhaló suavemente. —Solo he luchado tanto tiempo porque no podía dejarte. Porque la idea de morir, sabiendo que mi hijo estaría solo en este mundo, era insoportable.

Apreté los puños, clavándome las uñas en las palmas. Estaba luchando por contener las lágrimas, pero sabía que tenía que hacerlo por ella.

Ella alargó la mano, acariciando suavemente mi mejilla. —Pero estoy cansada, Lorenzo.

Cerré los ojos con fuerza. —Mamá…

—La quimio, las pastillas, las interminables visitas al hospital. No puedo más. —Su voz tembló—. Necesito que lo entiendas. Solo me he quedado tanto tiempo porque sabía que no estarías bien.

Un nudo se formó en mi garganta.

—Pero te necesito —susurré, apenas logrando pronunciar las palabras porque estaba luchando por contener las lágrimas.

Ella sonrió, acariciando mi mejilla con el pulgar como solía hacerlo cuando era niño. —No, mi amor. Necesitas vivir.

Sacudí la cabeza, con la vista nublada. —No sé cómo hacerlo sin ti. Desde que papá se fue, tú has sido la única que he tenido. ¿Cómo puedes pedirme que lo haga?

—Lo haces —murmuró—. Simplemente no quieres. Pero, hijo, necesito que empieces a aprender cómo hacerlo.

Las lágrimas ardían en los bordes de mis ojos.

Ella me atrajo hacia sí, envolviéndome en el calor de su abrazo. Me sentí como un niño otra vez, aferrándome a la única persona que nunca me había fallado. Ella era la única que nunca me había abandonado, incluso cuando el mundo era duro, incluso cuando cambié y no podía reconocerme en el espejo.

—Sé que el mundo te ha hecho daño —susurró en mi cabello—. Sé que no tuviste más remedio que convertirte en lo que eres. Pero ahora, sí tienes una elección.

Mi respiración se agitó.

—Dale una oportunidad al amor —suplicó—. No lo arreglará todo, pero te salvará.

Apreté la cara contra su hombro, incapaz de hablar.

—Prométemelo, Lorenzo.

Inspiré profundamente. —Eres tan cabezota.

Una pequeña risita resonó en su pecho. —Al menos sabes de quién lo heredaste.

Me separé lo suficiente para mirarla a los ojos. Luego, besándola en la frente, susurré: —Te lo prometo.

Me aparté, y una sola imagen apareció en mi mente.

María.

—¿Quieres que lo apuñale o que simplemente desaparezca?

Dante estaba apoyado en mi escritorio, con los brazos cruzados, con una expresión demasiado seria para alguien que sugería un asesinato como si fuera una comida de negocios.

Exhalé por la nariz. —No vamos a matar a Enrico.

Dante levantó una ceja. —¿Estás seguro? Porque creo que el mundo nos lo agradecería. Y tu negocio también. ¿Te das cuenta de que él es la razón por la que nuestro envío está colgando de un hilo, verdad?

Me pellizqué el puente de la nariz. Claro que lo sabía. Enrico llevaba semanas entrometiéndose, metiéndose en mis operaciones, bueno, en las operaciones de Shade, y creando problemas donde no los había. Y ahora, estaba interfiriendo con nuestro último envío, enviando a sus matones a quemar parte de mi carga durante la semana pasada, lo que significaba que el dinero, los recursos y mi paciencia se estaban agotando.

Dante golpeteó los dedos sobre mi escritorio. —Está usando la empresa del padre de Luca para blanquear el dinero de las drogas. Y si dejamos que esto siga así, va a poner toda nuestra red bajo un maldito foco. Si no vas a matarlo, al menos dime que puedo hacerlo desaparecer por unos meses. Quizá mandarlo a algún lugar remoto sin cobertura ni aire respirable. Estoy seguro de que tu futura esposa no se opondrá.

Sonreí. —¿De verdad quieres eliminar al tío de mi futura esposa?

Dante no vaciló ni un segundo. —Sin dudarlo.

—Es atrevido de tu parte asumir que será mi futura esposa.

Dante puso los ojos en blanco. —Oh, por favor. Vi cómo la miraste cuando vino al club, y no me vengas con ese rollo de que "es solo negocio". Tú y yo sabemos que no es así.

Ignoré ese comentario porque mi mente se había ido a otra cosa.

Necesitaba averiguar si Luca sabía algo del pequeño negocio paralelo de su tío. Si era cómplice, y si yo iba tras Enrico, necesitaba asegurarme de que Luca o Maria no quedaran atrapados en el fuego cruzado. Si lo estaban, las cosas se iban a complicar. Pero tenía que ser cuidadoso en cómo abordaba el tema sin dejar claro que yo tenía mis propios asuntos.

Saqué mi teléfono y marqué.

Luca respondió rápidamente. —Si llamas para decirme que dejaste embarazada a Maria, no quiero saberlo.

Mis labios esbozaron una sonrisa. —Todavía no.

Hubo un breve silencio. —Te odio.

Me reí. —Quiero pasar a cenar esta noche. ¿Puedo?

—¿Quieres cenar? —Su tono estaba cargado de sospecha. —¿Vienes a cenar o solo buscas una excusa para ver a Maria, Bianchi?

—Me hieres, Russo.

—Como si no me mataras tú primero.

Sonreí. —Entonces, ¿te veré esta noche?

—Está bien. Solo no me enfurezcas.

—No puedo prometer eso —me reí justo antes de cortar la llamada. Aunque no se equivocaba. Sí quería ver a Maria.

Más tarde ese día, conduje hasta la mansión. La mansión de los Russo era tan ostentosa como siempre. Un maldito palacio, si me

preguntas. Me colé dentro. El aroma de ajo, tomates y algo más intenso llenaba el aire.

Y entonces lo oí.

Música.

Baja y sensual. Algo que escucharías a las dos de la mañana en mi apartamento cuando solo quería olvidar mis problemas y sumergirme en la música y una copa de champán.

Seguí el sonido, entrando en la cocina, y olvidé cómo respirar. Tan pronto como la vi, todos mis sentidos olvidaron cómo funcionar plenamente porque mis ojos no solo la veían. La saboreaban.

Maria.

Bailando.

Cocinando.

Vistiendo eso.

La seda se pegaba a ella, insinuando suficiente piel como para que un hombre imaginara cómo se vería sin ella. Eso era todo lo que ocupaba mi mente. Sus piernas desnudas se movían con un ritmo sin esfuerzo, sus caderas se balanceaban mientras removía lo que fuera que había en la sartén.

Se me secó la boca. Maria, la reina de hielo, se movía como si tuviera fuego bajo la piel y como si supiera exactamente lo que me estaba haciendo sin siquiera intentarlo.

Era injusto.

Debería haberme ido. De verdad debería haberme ido. Cuanto más la miraba, cómo sus nalgas se movían al ritmo de la música pop, más quería agarrarlas con firmeza, tenerlas sobre esa encimera, de pie mientras las separaba.

¡Joder! Debería irme.

En lugar de eso, me apoyé en el marco de la puerta y la observé.

Ella se giró a mitad del movimiento y se quedó helada cuando su mirada se encontró con la mía.

Sus labios se abrieron ligeramente, sus ojos se dilataron al sorprenderse al verme. —¿Qué demonios, Lorenzo! —exclamó.

Esbocé una sonrisa burlona. —¿Te lo estás pasando bien?

Ella se enderezó, recuperando su compostura como si no la hubiera perdido. —¿Qué haces aquí?

Me aparté del marco de la puerta y entré lentamente en la cocina. Me acerqué lo suficiente para ver que estaba preparando pasta y para percibir el dulce aroma a bayas en su piel. Estaba reduciendo la distancia entre nosotros. —No sabía que tenías ese lado.

Ella arqueó una ceja. —Hay muchas cosas que no sabes de mí.

Seguí avanzando, y ella no retrocedió. Pero cuando no me detuve, comenzó a dar pequeños pasos hacia atrás hasta que su espalda chocó con la encimera.

Apoyé las manos a ambos lados de ella, encerrándola. No solo la olía. Podía sentir cada centímetro de su cuerpo sin tocarla. Su respiración se aceleró, y su pulso era visible en la base de su cuello. Olía tan bien, dulce, cálida y embriagadora.

Joder.

—¿Qué más no sé? —Mi voz era ahora más grave, más áspera.

Su mirada bajó, posándose en la comida antes de volver a mí. —El sabor de mi cocina.

Incliné la cabeza. —¿Eso es lo que crees que quiero probar?

Sus dedos se aferraron a la encimera. Sus ojos se clavaron en los míos en cuanto las palabras salieron de mi boca. Abrió la boca para hablar, pero no lo hizo. Fue como si le hubiera arrancado las palabras de la boca.

Quería presionar. Solo un poco más.

—¿Estás segura de eso? —murmuré, mis labios a centímetros de los suyos. —Quiero probar otras cosas.

Su garganta se movió. —¿Qué otras cosas?

Su voz se desvaneció, y mis ojos siguieron los suyos. Fue entonces cuando escuché el sonido de pasos.

Voces.

La voz de Luca.

María se apartó de mí tan rápido que casi tira la sartén.

Me giré justo cuando Luca, Matteo y Kayla entraban.

Luca se detuvo en cuanto entró, su mirada escrutadora y con el ceño fruncido.

María se aclaró la garganta. —Voy a poner la mesa.

Luca no apartó los ojos de mí. —Lorenzo, te lo dije, te estoy vigilando.

Me reí, metiendo las manos en los bolsillos.

Somos dos, porque, pase lo que pase, no podía dejar de mirarla.

CAPÍTULO 12



CAPÍTULO DOCE

LORENZO

Gracias a Dios que Enrico no estaba aquí. Lo último que necesitaba era sentarme frente a ese desgraciado y fingir que no quería ponerle una bala entre los ojos.

En cambio, la cena fue sorprendentemente normal. Casi agradable.

Luca estaba inmerso en una trágica narración de una cita que salió terriblemente mal, con gestos exagerados y una expresión herida como si estuviera reviviendo un trauma de guerra.

—Juro por Dios que esa mujer me odiaba —se quejó Luca, clavando el tenedor en su comida—. Pasó toda la noche burlándose de mis zapatos. Mis zapatos, Lorenzo. ¿Qué clase de psicópata juzga a un hombre por su calzado?

Me recosté en la silla, sonriendo con sorna. —Teniendo en cuenta que llevas esas zapatillas carísimas y de edición limitada como un influencer de dieciséis años, diría que tenía razón.

Kayla soltó una risotada en su bebida.

Luca me lanzó una mirada asesina. —Tú no lo entiendes. Tienes la profundidad emocional de un muro de ladrillos, si es que tienes corazón.

Hice un gesto vago. —Me las arreglo bastante bien.

—Ni siquiera tienes vida amorosa. ¿Por qué coño te ríes de mí?

Arqueé una ceja. —¿Y tú sí?

Luca me señaló con el tenedor. —Somos iguales, ¿lo sabes? Ambos emocionalmente atrofiados, alérgicos al compromiso y tan metidos en nuestra mierda que probablemente necesitaríamos programar sesiones de terapia.

Sonreí con sorna. —Yo no necesito terapia. Al menos yo me voy a casar.

En cuanto las palabras salieron de mi boca, mi mirada se dirigió a María, esperando que lanzara alguna réplica mordaz, alguna respuesta helada para recordarme que esto no era real y que lo que había entre nosotros no era más que una transacción.

Pero no lo hizo.

Ni siquiera me estaba mirando. Sus ojos estaban fijos en Matteo.

Algo en su postura cambió. Su habitual gracia fría y despreocupada se tensó, y seguí su mirada.

Matteo no había tocado su comida.

Sus pequeños hombros estaban encorvados, y su rostro estaba inexpresivo. Demasiado inexpresivo.

María se inclinó ligeramente, con una voz más suave de lo que jamás había escuchado. —Matteo, ¿qué te pasa?

El niño apenas se movió.

María lo intentó de nuevo. —¿No te gusta la comida? ¿Quieres algo más?

Matteo negó con la cabeza. —Estoy bien.

No lo estaba. Incluso yo podía verlo.

Conocía esa mirada. La había visto en el espejo demasiadas veces cuando era niño, cuando aprendes pronto a no mostrar demasiado y es más fácil no decir nada que dejar que alguien vea la tormenta que se avecina.

Una extraña opresión se apretó en mi pecho. Era ridículo, en realidad. Apenas conocía al niño. Pero algo en él, la forma en que se comportaba, la forma en que intentaba tanto parecer imperturbable, me resultaba demasiado familiar.

María me lanzó una mirada rápida y preocupada, y antes de que lo pensara, me incliné, cogí una patata frita de mi plato y la puse en el suyo.

—Come —dije, manteniendo mi voz ligera—. Es bueno para hacerte un chico fuerte.

Sus pequeños dedos dudaron antes de coger la patata frita. No dijo nada, pero capté un pequeño destello de reconocimiento en sus ojos antes de que finalmente le diera un mordisco.

No era mucho. Pero era algo. Y, por alguna razón, eso me importaba más de lo que debería.

Kayla, que nunca fue sutil, se aclaró la garganta. —Bueno, sobre ese evento del colegio —comenzó, como si intentara llenar el silencio que crecía—. El colegio de Matteo está organizando un evento deportivo para padres y alumnos mañana. Nos acaban de avisar, ya que se incorporó a mitad de curso, pero es algo importante.

María se animó al instante, centrando su atención en Matteo. —Matteo, ¿es por eso que no estás comiendo? Por supuesto que estaré allí.

Matteo levantó ligeramente la cabeza, mirándola. —¿Lo prometes?

Ella puso una mano sobre su corazón. —Lo juro por mi vida.

Algo en sus pequeños hombros se relajó, solo un poco, pero fue suficiente.

Me quedé callado, observando cómo María volcaba toda su atención en Matteo y cómo notaba las cosas en cuanto salían mal. Su voz se suavizaba para él, paciente y firme. Él la miraba como si fuera la única persona en el mundo que lo hacía sentirse seguro.

Era inquietante.

No porque fuera extraño, sino porque me recordaba a algo diferente.

A mi madre.

Ella solía mirarme de la misma manera.

Solía acercarse a mí con la misma certeza, como si, sin importar el infierno que estuviéramos viviendo, ella estaría allí.

Podía oír su voz, clara como el día. —El amor es lo único que hace que todo esto valga la pena, Lorenzo. Por mucho que intentes rechazarlo, te encontrará.

Me burlé internamente. —¿Ah, sí? Bueno, mamá, ¿es este el tipo de amor del que hablabas?

No lo sabía.

Pero al ver a María con Matteo, pensé que quizás el amor no era solo una trágica debilidad esperando ser explotada.

Era lo único que evitaba que gente como nosotros se desmoronara.

Matteo finalmente cogió su tenedor, moviendo la comida y al menos fingiendo comer. María soltó un suspiro suave, que probablemente solo yo noté.

Pero de nuevo, dejó el tenedor, y una mueca de descontento apareció de nuevo en su rostro.

Algo no iba bien.

Incluso después de que María le prometiera a Matteo que estaría en su evento escolar, él seguía pareciendo preocupado.

María también se dio cuenta. Su mirada aguda se fijó en él como un misil buscador de calor. —Matteo, ¿hay algo más?

El niño dudó, apretando su tenedor con más fuerza.

Finalmente, levantó la vista y preguntó: —¿Es verdad que mi abuelo era un hombre malo?

La pregunta nos pilló a todos por sorpresa. Hubo un silencio como si el ángel de la muerte acabara de pasar.

Nadie se movió.

Incluso Luca, que normalmente tenía algo estúpido que decir, se quedó sentado, con el tenedor congelado en el aire.

Miré alrededor de la mesa. El rostro de María estaba inexpresivo, pero podía sentir la tormenta que se gestaba dentro de ella. Kayla se movió en su asiento. Luca parpadeó como si estuviera procesando. Matteo solo nos miró, esperando.

María fue la primera en romper el silencio. —¿Quién te ha dicho eso?

Matteo dudó. —Mi profesor, el señor Halverson. Dijo que mi abuelo era un hombre malo que murió. Y que era bueno que muriera porque hizo muchas cosas malas. Y que era malvado.

María inhaló bruscamente.

La había visto enfadada antes, pero esto era diferente. No era la María de temperamento rápido y lengua afilada a la que estaba

acostumbrado. Era una madre escuchando que un extraño había envenenado la mente de su hijo.

Y María nunca dejaba que el veneno quedara sin respuesta.

Su voz era suave, pero podía escuchar el acero que había bajo ella. —Eso no es cierto, Matteo. Tu abuelo era un buen hombre. No deberías creerle.

Matteo la estudió, procesando. Luego, como el buen hijo que era, asintió. —Vale, mamá.

Kayla se acercó, acariciando su cabeza. —Vamos, chico. Vamos a prepararte para la cama.

Matteo empujó su silla hacia atrás, murmurando buenas noches a todos antes de seguir a Kayla escaleras arriba.

En cuanto estuvo fuera de earshot, María se apartó de la mesa y se puso de pie.

—Ese colegio está acabado —maldijo.

Luca gimió. —Aquí vamos.

María se volvió hacia él, la furia brillando en sus ojos oscuros. —No me vengas con eso de "aquí vamos". Un profesor, Luca. Un hombre adulto le dijo a mi hijo que su abuelo merecía morir. No me importa lo que piense el pueblo de nosotros. Me importa que un supuesto educador esté sembrando basura en la cabeza de mi hijo.

Ahora estaba paseándose, con los puños apretados, prácticamente vibrando de rabia.

Me recosté, observando con algo que rayaba en la admiración y la precaución. Tenía cuidado de no decir nada que hiciera que ella transfiriera esa agresión destinada al señor Halverson, pero, maldita sea, estaba increíblemente atractiva cuando estaba furiosa.

Luca, claramente valorando su vida, levantó las manos en señal de rendición. —Mira, lo entiendo. Pero sabías que esto pasaría tarde o temprano. La gente habla.

María se giró bruscamente, con los ojos relampagueando. —Hablar es una cosa. ¿Pero meter a un niño en esto? Eso es cruzar la línea.

Asentí. —Tiene razón.

Luca suspiró, pasándose una mano por la cara. Luego, en su típico estilo, cometió el error de abrir la boca de nuevo.

—Pero seamos realistas. El profesor no estaba equivocado. Nuestro padre era malvado.

La habitación quedó en un silencio sepulcral, y esta vez, el ángel de la muerte realmente pasó porque todos pudimos ver la vida de Luca pasar ante sus ojos.

María giró lentamente la cabeza hacia él.

Luca se dio cuenta, demasiado tarde, de que quizás acababa de firmar su propia sentencia de muerte.

—Idiota —murmuró María antes de salir furiosa.

Apenas pude contener una risa.

Luca gimió, dejando caer la cabeza sobre la mesa. —¿Por qué hablo?

Le di una palmada en el hombro. —Ni idea. Pero no se equivoca.

—¿En qué?

—En que eres un idiota.

Luca me hizo un gesto obsceno.

Sonreí y cogí mi bebida, tomando un sorbo lento.

Pero mi mente ya estaba cambiando de marcha.

Después de la cena, cuando me estaba preparando para irme, me volví hacia Luca. —Hablando de tu malvado padre...

Luca puso mala cara. —¿En serio? ¿Justo antes de dormir? Tú puedes hacer bromas sobre eso, ¿y yo no?

Lo ignoré y continué —¿Limpiaron el negocio después de que murió?

Luca se encogió de hombros. —Sí. Enrico se encargó de todo. Cerramos todas las cosas sucias. Nada más de drogas, nada más de contrabando. Solo clubs, hoteles y casinos ahora.

Mantuve mi rostro neutral, pero mi mente trabajaba a toda velocidad. Luca no lo sabía.

No tenía ni idea de que su querido tío estaba usando el negocio familiar como fachada para sus propias operaciones.

Interesante.

Muy interesante.

Le di una palmada en la espalda. —Me alegra saberlo.

Luca me miró con los ojos entrecerrados. —¿Por qué suenas raro?

—Es solo mi cara.

—Tienes cara de mentiroso.

Sonreí. —Y tú tienes cara de idiota.

—¿Sigues enfadado porque María me llamó idiota porque te importa tanto? —me provocó.

—No estoy enfadado. Solo estoy de acuerdo con ella.

Luca gimió. —Te odio.

Me reí y me dirigí hacia la puerta. Pero al salir al aire fresco de la noche, mi diversión se desvaneció.

Enrico era más sucio de lo que pensaba.

¿Y Luca? Estaba ciego ante ello.

Eso era un problema. Iba a arruinarlos y lo que quedaba de sus propiedades, mientras arruinaba mi negocio porque no quiero actuar sabiendo que podría afectar a su negocio, ese que creen que está completamente limpio.

Esto es un gran problema, y no tenía ni idea de cómo solucionarlo.



CAPÍTULO TRECE

MARIA

—Otros gustos. —Las palabras de Lorenzo seguían dándome vueltas en la cabeza.

Debería haber puesto los ojos en blanco, haberle llamado engreído y haber seguido adelante. Pero no. En lugar de eso, me quedé allí, con el calor subiéndome por el cuello, imaginando exactamente a qué se refería. Mis piernas habían sentido un hormigueo cuando me acorraló y su aliento caliente me rozó.

Ahora, horas después, seguía pensando en ello.

No era mi culpa. Habían pasado años desde que un hombre me había hecho sentir su presencia de esa manera. Desde Shade. Y ahora, de repente, mi cuerpo decidía despertar. ¿Solo porque un hombre arrogante, irritantemente atractivo y de más de un ochenta había dicho algo sugerente?

¿Qué diablos me pasaba?

Afiné la mirada en mi reflejo en el espejo mientras me preparaba para el día. —¿Estás ovulando?

Ninguna respuesta.

Claro.

Con un suspiro de frustración, aparté ese pensamiento ridículo. Tenía cosas más importantes que hacer, como desatar el infierno

sobre cierto profesor que creía que podía hablar de mi padre delante de mi hijo.

Ayudé a Matteo a prepararse, intentando mantener mi furia a raya. No necesitaba ver a su madre entrar en su escuela como un ángel vengador. Eso llegaría más tarde.

Cuando llegamos frente a la escuela, salí del coche, alisando mi blazer, preparándome para la guerra, solo para quedarme helada.

Lorenzo, de pie junto a la entrada. Relajado. Incluso con esa expresión de suficiencia.

¿Qué demonios...?

Afiné la mirada. Tenía esa expresión irritantemente seria, con las manos metidas en los bolsillos como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Me acerqué a él, sintiendo cómo me subía la presión arterial. —¿Qué haces aquí, Lorenzo? ¿Crees que no puedo defenderme sola?

Una esquina de su boca se levantó. —Buenos días a ti también.

—Hablo en serio, Lorenzo. Hablamos de esto.

—Tú hablaste. —Se inclinó ligeramente, con voz burlona. —Yo solo escuché.

Le fulminé con la mirada. —¿Así que estás aquí porque crees que necesito refuerzos?

—Relájate, Tigrella. Estoy aquí para darte apoyo moral.

¿Acaba de llamarme Tigrella?

Afiné aún más la mirada. —Apoyo moral.

—Y —añadió—, porque soy uno de los donantes de esta escuela. Eso significa que estoy obligado a aparecer en eventos como este. Especialmente en los deportivos benéficos.

Lo miré fijamente, buscando una mentira.

Nada. Maldita sea, era un mentiroso tan bueno.

Eso no significaba que confiara en él.

Pero tenía problemas más grandes. Así que exhalé bruscamente y me giré hacia la escuela. —Vale. Pero mantente al margen.

Lorenzo esbozó una sonrisa burlona. —Ni se me ocurriría.

Ignoré cómo esa estúpida sonrisa hizo que mi estómago diera un vuelco y entré decidida, mis tacones resonando contra el suelo de baldosas.

Era hora de ocuparse de los asuntos pendientes.

El profesor, el señor Halverson, era exactamente como me lo esperaba: un hombre calvo, de mediana edad, con una expresión de suficiencia permanente, el tipo de persona que cree que es más inteligente que todos en la sala.

Apenas ocultó su irritación cuando me acerqué. —Señorita Russo, qué sorpresa.

Sonreí. No era una sonrisa amistosa. —Ya lo creo.

Juntó las manos. —No sabía que vendría a los eventos deportivos, teniendo en cuenta el poco tiempo de aviso —dijo con un tono pretencioso y educado.

—Y perderme la oportunidad de discutir cómo llamó a mi padre malvado delante de mi hijo —espeté. Para entonces, ya se había formado un pequeño grupo, y, fiel a su palabra, Lorenzo se mantuvo al margen. Simplemente se quedó allí.

—¿Eso es lo que mencionó Matteo? Creo que ha habido un malentendido.

Arqueé una ceja. —Un malentendido.

—Sí —dijo, forzando una sonrisa condescendiente—. Matteo malinterpretó mis palabras. Ya sabes cómo son los niños. Solo estaba hablando de historia, y él debió de tomárselo a mal.

Historia. En serio iba a intentar manipularme.

Incliné la cabeza. —Entonces, ¿no llamaste a mi padre un hombre malvado?

Su sonrisa se desvaneció.

Di un paso hacia él. —¿No dijiste que era bueno que estuviera muerto?

Una gota de sudor apareció en su sien. —Yo, eh, bueno…

Crucé los brazos. —Le recomiendo que elija sus próximas palabras con mucho cuidado, señor Halverson.

Tragó saliva, sus ojos se movían de un lado a otro como si buscara una salida. —Yo… quizás fui un poco duro en mi forma de expresarme, pero…

—¿Duro? —repetí, con una voz peligrosamente suave.

El profesor se movió incómodo. —Mire, señorita Russo, simplemente estaba…

—Déjeme dejar esto muy claro —lo interrumpí, acercándome aún más—. No me importan las opiniones personales que tenga sobre mi familia. No me importa el chismorreo que haya escuchado. Lo que sí me importa es que haya involucrado a mi hijo.

Abrió la boca.

Levanté una mano. —No, no he terminado. Usted cruzó una línea. Y me voy a asegurar de que no lo vuelva a hacer.

—¿Perdón? —su voz tembló.

—Mañana no tendrá trabajo —dije simplemente.

Su rostro perdió el color. —Espere un momento…

—Señorita Russo —una nueva voz intervino.

Me giré y vi a la directora acercarse. Tenía una expresión calmada pero firme, y me di cuenta de que había estado escuchando.

—Señor Halverson —dijo, dándole una mirada significativa—, ¿por qué no pasa a mi despacho?

El profesor balbuceó, pero ella no esperó una respuesta, indicándole que la siguiera.

Antes de irse, se volvió hacia mí. —Le aseguro, señorita Russo, que no toleramos este tipo de comportamiento en nuestra escuela. El señor Halverson será tratado en consecuencia.

Asentí ligeramente, sintiendo una satisfacción que se extendía por mi pecho. —Bien.

En cuanto se fueron, exhalé lentamente, dejando que el último resto de mi ira se disipara.

Y fue entonces cuando volví a notar a Lorenzo. Estaba apoyado en la pared, con los brazos cruzados, mirándome con algo que se parecía mucho a la admiración.

Puse los ojos en blanco. —Te dije que podía manejarlo yo sola.

Sus labios esbozaron una sonrisa. —Nunca lo dudé.

Mentiroso.

Pero lo dejé pasar, pasando junto a él hacia el campo. El partido estaba a punto de comenzar, y tenía un hijo al que animar. Aun así, no podía quitarme la sensación de que la mirada de Lorenzo seguía posada en mí.

¿Y lo peor? Me gustaba.

La risa de Matteo era algo que no había escuchado en un tiempo.

No eran las risitas educadas que a veces forzaba cuando pensaba que yo estaba preocupada por él. Esta era una risa real, fuerte y desinhibida. Del tipo que iluminaba todo su rostro.

Y era por Lorenzo. Maldito sea.

Comenzó con el primer juego. Era una simple carrera de relevos en la que los padres se emparejaban con sus hijos. Matteo y yo éramos un equipo, y no iba a permitir que un montón de niños de primaria me ganaran.

—¡Mamá, corre más rápido! —Matteo prácticamente me arrastraba.

—¡Estoy corriendo! —Mis pulmones ardían—. ¿Cómo son tan rápidos estos niños?

Matteo sonrió. —¡Porque eres vieja!

Jadeé, entre risas y resoplidos. —¡Retira eso!

—¡No!

Apenas cruzamos la línea de meta en tercer lugar, Matteo levantó los brazos como si acabáramos de ganar el oro olímpico. Me doblé por la cintura, con las manos en las rodillas. —Necesito… un minuto.

Debería hacer más ejercicio.

Matteo ni siquiera parecía cansado. Injusto.

El siguiente juego fue el balón prisionero. Los equipos se estaban formando cuando Matteo me cogió de la mano y me llevó hacia Lorenzo.

—¡Quiero jugar con él! —dijo.

Parpadeé. —¿Qué?

Matteo se giró hacia Lorenzo. —Jugarás conmigo, ¿verdad?

Lorenzo dudó, luego le revolvió el pelo. —¿Seguro que me quieres a mí? Puede que no sea tan rápido como tu madre.

Matteo le lanzó una mirada. —Tú no eres tan viejo como ella.

Le eché un vistazo. —¿A quién estás llamando vieja, chiquillo?

Lorenzo soltó una risotada. Le di un golpecito en el hombro a Matteo. —Más te vale dormir con un ojo abierto, chaval.

Matteo sonrió, lleno de travesura y emoción. —¡Vamos, Lorenzo!

Lorenzo suspiró dramáticamente. —Vale, pero si me rompo algo, me llevas al hospital.

Matteo se rió como si fuera la cosa más graciosa del mundo.

Y así, de repente, me encontré en la banda, observando a mi hijo y a Lorenzo formar equipo.

Era ridículo lo bien que se veían juntos.

Matteo era pequeño pero luchador, esquivando a los niños con una velocidad sorprendente. Lorenzo bloqueaba los lanzamientos y atrapaba las pelotas con esa confianza irritante que tenía. Intenté concentrarme en el juego. De verdad que lo intenté. Pero mis ojos tenían vida propia, atraídos por la forma en que Lorenzo se movía—fluido y controlado, como si cada paso y cada movimiento estuvieran calculados pero fueran naturales. Su camiseta se pegaba a su espalda, ajustada sobre esos músculos que no eran solo para mostrar, sino para la fuerza, y por un segundo, aprendí a respirar de otra manera, una forma que dependía de cómo se movía su tríceps y el sudor caía por su cuerpo.

Matteo lanzó una pelota tan débilmente que apenas cruzó la cancha, pero apenas me di cuenta. No cuando Lorenzo se pasó una mano por el pelo, con esa sonrisa burlona en los labios, perezosa y segura, como si pudiera sentir mi mirada sobre él. Y, maldita sea, tenía razón.

Lorenzo se quejó. —Campeón, puedes hacerlo mejor que eso. Mira—hazlo así.

Se agachó, mostrándole a Matteo cómo apuntar y lanzar correctamente. Cuando Matteo lo intentó de nuevo, la pelota voló recta, eliminando a un niño del juego.

Matteo jadeó. —¡Lo hice!

Lorenzo levantó la mano. —¿Qué hacemos cuando ganamos?

Matteo dudó.

Lorenzo sonrió con picardía. —Nos lo frotamos en la cara.

Matteo estalló en risas e imitó la exagerada pose de victoria de Lorenzo.

Sacudí la cabeza. —Una pésima influencia.

Pero estaba sonriendo.

Al final del partido, Matteo estaba prácticamente pegado al lado de Lorenzo. Cuando sonó el silbato final, declarando a su equipo como ganador, Matteo saltó a sus brazos.

Lorenzo lo atrapó con facilidad. —¡Ganamos!

Matteo sonrió de oreja a oreja. —¡Eres el mejor, Lorenzo!

Algo se apretó en mi pecho.

Aparté la mirada, fingiendo revisar mi móvil.

Más tarde, mientras cogía la mochila de Matteo y me preparaba para irme, Lorenzo se acercó, luciendo demasiado satisfecho consigo mismo.

—Eso ha sido divertido —dijo—. Quizá debería hacerme jugador profesional de balón prisionero.

Puse los ojos en blanco. —Claro. Porque eso es una carrera de verdad.

—Podría ser —dijo encogiéndose de hombros—. En fin, antes de que te vayas—sobre mañana.

Suspiré. —¿Qué pasa con mañana?

—Nuestra cita.

Parpadeé. —¿Qué cita?

—La que tenemos para recordarle a todos lo enamorados que estamos.

La relación falsa. El cariño público. El sinsentido al que accedí. Ah, sí. Había olvidado que se suponía que debíamos mostrar muchas muestras públicas de afecto, o lo que yo llamo PDA.

Crucé los brazos. —Vale. Lo que sea.

Lorenzo sonrió. —¿Ves? Te encanta pasar tiempo conmigo.

—Adiós, Lorenzo.

Se inclinó ligeramente, esbozando una sonrisa burlona. —Adiós, prometida.

Sentí su mirada posarse sobre mí, pesada y deliberada, como si estuviera despojándome de cada capa de compostura que me quedaba. Tragué saliva, intentando que mi pulso se calmara, pero era imposible con la forma en que me miraba, como si estuviera

viendo algo que nadie más había visto y como si supiera exactamente lo que me estaba haciendo.

Me di la vuelta antes de que pudiera ver cómo mi rostro se sonrojaba y mis mejillas ardían al escuchar su voz y la palabra "prometida".

Matteo ya estaba en el coche, abrochándose el cinturón. Me deslicé en el asiento del conductor y lo miré. —¿Te lo has pasado bien hoy?

Matteo asintió. —Mucho —dijo con un tono emocionado.

—Bien.

—Especialmente con Lorenzo. Me quedé quieta y luego lo miré, pero él no me estaba prestando atención. Solo miraba por la ventana, con la voz suave.

—Ojalá Lorenzo fuera mi padre.

Mi respiración se cortó. Por un segundo, no pude moverme. Ni siquiera pude pensar.

—Matteo…

Pero él solo sonrió, ajeno a cómo mi corazón se encogía.

—¿Podemos jugar al balón prisionero otra vez?

Forcé una sonrisa, aunque mis manos se sentían frías en el volante.

—Sí, cariño. Por supuesto.

Pero, por dentro, mi mente daba vueltas porque sabía que Lorenzo no se quedaría, y Matteo ya se estaba encariñando. Y eso me asustaba más que nada.

CAPÍTULO 14



CAPÍTULO CATORCE

MARÍA

Esto era ridículo. Ni siquiera era una cita de verdad.

Y, sin embargo, ahí estaba yo, metida hasta las rodillas en mi armario, tirando vestidos por todas partes como una adolescente enamorada que está a punto de elegir el vestido de graduación que le ayudará a ligar esa noche.

Kayla estaba sentada en mi cama, observándome con una sonrisa burlona. —María—.

—No —espeté, arrancando otro vestido de la percha—. Este no —tiré un vestido negro ajustado al suelo.

Ella se rió. —Te gusta.

Me quedé helada. —¡No es verdad!

Kayla sonrió. —Sí que te gusta. ¡Mírate! Te has cambiado de ropa cuatro veces y casi te has estrangulado con una percha.

Resoplé, apretando un vestido contra mi cuerpo y mirándolo en el espejo. Demasiado escote. Lorenzo haría algún comentario. Lo tiré a un lado.

—Esto es solo una cita falsa —murmuré—. PDA, ¿recuerdas? Ya sabes, «convencer al mundo de que estamos locamente enamorados». Eso es todo.

Kayla levantó una ceja. —Ajá. ¿Y por eso estás actuando así? Te gusta. Admítelo y tendrás paz —me lanzó una mirada burlona.

Levanté las manos. —¡Es insoportable! ¡Es el mejor amigo de mi hermano! Y, sinceramente, cualquiera que salga voluntariamente con Luca ya es una bandera roja.

Kayla estalló en carcajadas. —Luca no es tan malo.

Me quedé boquiabierta, exagerando. —Ahora, ¿a quién le gusta quién?

Ella puso los ojos en blanco. —No desvíes esto hacia mí, y déjame ayudarte antes de que aparezcas como si hubieras perdido una apuesta.

Una hora después, entré en el restaurante, y allí estaba él. Lorenzo se levantó al verme. Sus penetrantes ojos azul grisáceos me recorrieron, lentos y evaluadores, antes de que sus labios esbozaran una pequeña sonrisa cómplice.

Dios, estaba guapo. Irritantemente guapo. Se acercó, sus manos cálidas se posaron en mi espalda, y su aroma —a madera, caro, seductor— me envolvió.

—Estás preciosa —murmuró.

El calor me recorrió la columna vertebral. Luego, justo cuando empezaba a sumergirme en el momento, sus labios rozaron mi mejilla, y susurró: —Las cámaras probablemente lo han captado.

Y así, el hechizo se rompió. Me puse tensa. Cierto. Las cámaras. La actuación. Había cámaras en cada rincón del restaurante, un lugar perfecto para salir en los titulares mañana. Lorenzo se apartó como si no hubiera pasado nada y como si no hubiera hecho que mi estómago diera un vuelco. Tragué el ridículo nudo en mi garganta y me senté.

Se veía bien. Demasiado bien. El tipo de bien que hace que sea fácil olvidar quién es. Su traje era impecable y oscuro, contrastando con su piel bronceada, y su postura era relajada pero compuesta. Era la primera vez que lo evaluaba de verdad y todas las transformaciones que había sufrido a lo largo de los años.

No era el mismo Lorenzo que conocía antes. El chico que solía robarme las patatas fritas cuando no miraba y que me molestaba sin piedad. Este hombre era más frío. Como si la vida lo hubiera desgastado y lo hubiera reconstruido en algo más fuerte, pero no más suave.

Y, sin embargo, aún conservaba su encanto, ese que siempre me había dejado sin aliento desde que era una adolescente en plena pubertad.

—¿Por qué me miras así? —preguntó, con un tono divertido en su voz.

Parpadeé, sintiendo cómo se me calentaban las mejillas. —No lo estaba.

—Sí lo estabas. —Su sonrisa se ensanchó. —Por cierto, me gusta este vestido.

Puse los ojos en blanco. —Cómete tu comida —dije, intentando distraerlo de nuevo del rubor que subía por mis mejillas. Pedimos nuestros platos después de una charla trivial sobre lo que nos gustaba comer y cómo sabía la comida.

En algún momento entre los entrantes y el plato principal, la conversación derivó hacia las citas.

Lorenzo inclinó su vaso hacia mí. —Entonces, ¿cuándo fue tu última cita?

Fruncí el ceño, pensando. —Eh... Después de tener a Matteo. Pensé que debía volver a intentarlo, así que me hice una cuenta en Tinder.

Lorenzo casi se atragantó con su bebida. —Primer error.

Suspiré. —Sí, bueno, era optimista. En fin, hice match con un chico. Se veía genial en sus fotos: alto, sonrisa agradable, normal.

Lorenzo se inclinó hacia adelante, con los ojos brillantes. —¿Y?

—Apareció y no se parecía en nada a sus fotos.

Lorenzo estalló en carcajadas. —¿Te hicieron catfishing?

—Le di una oportunidad —me defendí—. Pero luego pasó toda la cita hablando de su pez dorado y me pidió que le prestara dinero.

Lorenzo se reía tanto que tuvo que dejar el tenedor. —Dios mío. ¿Cuánto te pidió?

—¡Cincuenta dólares!

—¿Para qué?

—¡Para comprar comida para peces!

Lorenzo se tapó la boca, negando con la cabeza. —Esto es lo mejor que he escuchado en toda la semana.

Le lancé una mirada asesina. —Muy bien. ¿Y tú? Ya que te ríes de mi desgracia. ¿Cuándo fue tu última cita?

Se encogió de hombros, todavía sonriendo. —No salgo en citas.

Lo miré con los ojos entrecerrados. —Entonces, ¿qué haces?

Su expresión no cambió. —Simplemente... no lo hago.

—Vale, ¿así que solo te acuestas con mujeres al azar?

Su sonrisa se desvaneció. —No.

Incliné la cabeza. —Entonces, ¿qué, eres célibe?

Él resopló. —No.

—¿Entonces qué, Lorenzo?

Suspiró, reclinándose en la silla. —Simplemente no tengo tiempo para eso. Y, sinceramente, no tengo paciencia para cosas sin sentido.

Algo en su tono me hizo detenerme. No era solo un comentario al azar. Parecía... cargado, como si hubiera un trauma detrás.

Quería dejarlo pasar y cambiar de tema, pero la vez que le pregunté sobre su padre y el negocio, lo había evadido con una broma y una respuesta a medias. Pero yo quería saber. Necesitaba saber quién era en el fondo.

—¿Te arrepientes? —me encontré preguntando.

Lorenzo frunció el ceño. —¿De qué?

—De irte cuando lo hiciste.

Por un momento, no respondió. Luego, lentamente: —No.

Esperé.

Exhaló, golpeando los dedos contra su vaso. —Hice lo que tenía que hacer por mi madre. Desde mi punto de vista, tenía dos opciones: quedarme y quedarme atrapado en el lío de mi padre, o irme y hacer algo por mí mismo.

Me miró entonces, con los ojos firmes. —Algo así como cuando tú te fuiste.

Se me cayó el estómago. Lo miré fijamente. —Eso no es lo mismo.

—¿No es así? —Su tono era calmado, pero había un dejo de tensión—. Te fuiste de nuestra boda, María. Te pusiste a ti primero. Eso es lo que yo hice también.

Mi corazón latía con fuerza.

Apreté las manos en mi regazo. —Eso es diferente.

—¿Cómo?

—Tú te fuiste para escapar del lío de tu padre cuando murió. Yo me fui porque… —Me detuve. Porque tenía miedo y no estaba preparada. No sabía si podría hacerlo.

La mandíbula de Lorenzo se tensó. —Yo no quería ser como él. Igual que tú no querías quedar atrapada en un matrimonio sin amor conmigo.

Empujé mi silla hacia atrás, las patas chirriaron ruidosamente contra el suelo. —¿Es eso lo que crees que veo esto, un matrimonio sin amor?

Lorenzo se inclinó hacia adelante, su voz baja pero firme. —¿No es eso a lo que accediste?

Mis manos se cerraron en puños a mis costados. —Tú elegiste irte. Yo… yo tuve que hacerlo. No por ti, sino por mi hijo.

Su expresión se oscureció. —No, María. Tú también elegiste irte. No tenías que hacer nada. Ni siquiera me diste la oportunidad de estar ahí para ti. Pensaste que te rechazaría porque estabas embarazada. Así de mal piensas de mí.

Esta conversación parecía haberse estado gestando desde el día que regresé. Lorenzo no había dicho nada. Había actuado como si mi partida no le hubiera dolido, pero ahora podía ver que lo llevaba en el corazón.

Mi pecho ardía. —¡No tienes derecho a decirme lo que sentí!

—¡Y tú no tienes derecho a actuar como si yo no tuviera mis propias razones!

Mi corazón latía con fuerza. La habitación parecía demasiado pequeña, y el aire demasiado denso. Di media vuelta. —He terminado con esta conversación. —Cogí mi bolso y salí furiosa hacia la salida. Podía oír a Lorenzo moviéndose detrás de mí, sus pasos rápidos y decididos.

—María.

No me detuve. Empujé las puertas del restaurante, el aire fresco de la noche golpeó mi rostro.

—María, espera. Lo siento.

Llegué a mi coche, buscando a tientas mis llaves. Antes de que pudiera abrir la puerta, Lorenzo estaba allí.

—No me toques —espeté, agarrando la manilla.

—No voy a dejarte irte así. —Su voz era firme y controlada, pero había un dejo de tensión. Era inflexible. Me giré, mirándolo con furia. —¿Ah, sí? ¿Vas a detenerme?

—Si es necesario.

Me burlé. —Eres insoportable.

—Y tú eres imposible.

—Vuelve adentro, por favor.

—No.

Su pecho subía y bajaba con fuerza. Su mandíbula se apretó. Mi propia respiración era rápida, mi piel vibraba de frustración. Y entonces, Lorenzo se movió.

Se acercó, eliminando el espacio entre nosotros. Antes de que pudiera reaccionar, antes de que pudiera soltar otro comentario mordaz, sus manos estaban sobre mí: una agarrando mi cintura, la otra sosteniendo la parte posterior de mi cabeza.

Antes de que pudiera decir otra palabra, el mundo se inclinó. Sus labios chocaron contra los míos, calientes y exigentes, robándome el aliento. Sus manos estaban por todas partes: moviéndose de mi espalda a mi cintura, agarrando, reclamando, acercándome más.

Jadeé, y él aprovechó, su lengua deslizándose sobre la mía.

El calor inundó mi cuerpo. Le agarré del pelo, enredando mis dedos en sus suaves mechones, tirando ligeramente solo para escuchar el pequeño sonido de frustración que soltó. Su agarre sobre mí se intensificó como respuesta, apretándome contra la puerta del coche.

Quería que me tocara. Que hiciera algo más que besarme.

Me fundí con él, inclinando la cabeza y abriéndome por completo. Sus labios me resultaban familiares. Su sabor no era el del beso casto que me había dado aquella noche. No lo era. Era más que eso. Era como si ya hubiera estado allí antes, besándolo, saboreándolo, con sus manos recorriendo mi cuerpo de esta manera. Como si ya lo hubiera tenido antes.

Pero eso no era posible.

No podía ser.

Sus manos se movían con cuidado—sin alejarse demasiado, sin presionar demasiado. Y, de alguna manera, eso lo hacía peor porque yo quería más. Desesperadamente. Me apreté contra él, arqueándome ligeramente, y su mano en mi cintura se tensó como si se estuviera conteniendo.

Casi gemí. No podía soportarlo. Quería que me tocara por todo mi cuerpo. ¿Qué diablos me pasaba? Sus dedos trazaron la curva de mi espalda, subieron hasta mi hombro y luego volvieron a bajar—lentos, provocativos, cuidadosos, como si estuviera memorizándome.

Le acaricié la cara, mis pulgares rozaron su mandíbula marcada, siguiendo el calor de su piel. Su barba rasposa arañó mis palmas, haciéndome sentir que esto era real.

Era todo lo que había imaginado que sería. Era tan exasperante como sabía que sería estar con él. Este hombre, justo aquí, siempre había sido el objeto de mi más profundo deseo. Y me aterraba porque esto no era parte del plan. Esto no era falso. Esto era algo completamente distinto.

Cuando finalmente nos separamos, estaba sin aliento. Él también. Nos quedamos allí, jadeando, el aire rozando mi piel enrojecida mientras luchaba por respirar.

Me lamí los labios, saboreándolo de nuevo. Era familiar, demasiado familiar.

Los ojos azules de Lorenzo estaban oscuros, sus pupilas dilatadas y ligeramente abiertas. No podía hablar. ¿Qué diablos acababa de pasar? ¿Era esto parte de la muestra pública de afecto?

Lorenzo tragó saliva, su garganta se movió. —Estoy intentándolo, María —dijo, su voz áspera y tensa—. Pero necesitas entender algo.

Me limité a mirarlo.

—No se trata de mí contra ti —continuó, su voz firme pero intensa—. Se trata de nosotros contra el problema. Siempre.

Mi corazón se retorció porque eso—eso era fortaleza. Ese era el tipo de hombre en el que Lorenzo se había convertido. Y quizás ese era el tipo de hombre del que me podría haber enamorado si las cosas hubieran sido diferentes.

Pero lo miré, sin aliento y temblorosa por algo más que me arañaba el pecho. Este beso—su tacto y su sabor me recordaban a algo y a alguien. Shade. Esa revelación me perturbó profundamente.

Me aparté por completo, agarrando la manija de la puerta del coche como si fuera mi único salvavidas. Lorenzo no me detuvo esta vez. Pero tampoco apartó la mirada.

No dije una palabra. No podía. En lugar de eso, me metí en mi coche, cerré la puerta y me fui, con los labios aún hormigueando y el corazón aún latiendo con fuerza, con un pensamiento resonando en mi mente.

¿Qué acabo de hacer?

CAPÍTULO 15



CAPÍTULO QUINCE

LORENZO

Conduje por las calles oscuras, agarrando el volante con más fuerza de la necesaria, mi mente repitiendo una y otra vez el mismo maldito momento. María. Ese beso.

Su sabor aún estaba en mis labios, como una droga que no había pedido pero de la que de repente no podía prescindir. Estaba enganchado, totalmente y completamente enganchado al sabor de sus labios.

No fue solo un beso. Fue un desenredo y una pérdida de control que nunca me permití. Debería haberlo detenido antes. Debería haberme recordado qué era esto—falso, una actuación, una mentira bien montada. Algo que no formaba parte del trato que habíamos hecho.

Pero nada de cómo me besó de vuelta parecía una mentira. Sus dedos en mi pelo, la forma en que su cuerpo se presionó contra el mío, la manera en que tembló cuando mis manos bajaron—todo era real, demasiado real.

Exhalé bruscamente, cambiando de marcha, intentando sacudirme el calor que recorría mi piel. La quería. Cada parte de mí ansiaba volver a abrazarla y hacer lo que apenas había logrado evitar en ese maldito aparcamiento.

Pero no así. No a la vista de todos como un error imprudente. Si alguna vez hacía el amor con María, no sería apresurado. No sería para mostrar. No sería en medio de un maldito aparcamiento con cámaras destellando.

¿Por qué diablos estaba pensando en hacer el amor con ella? Eso no formaba parte de nuestro trato. Tampoco besarla como si el mundo no existiera.

Y sin embargo, aquí estaba, pensándolo. Sintiéndolo.

Maldije en voz baja. Tal vez solo estaba atrapado en el momento. Tal vez era solo físico. Pero algo me carcomía, algo que no podía ignorar. La forma en que ella me hacía sentir era familiar.

Tenía ese mismo fuego—esa misma atracción. Era como si sus labios fueran el único lugar al que pertenecía, como aquella noche en el club.

Apreté la mandíbula, apartando el pensamiento. Esa mujer no existía. Era una fantasía y una ilusión fugaz en la oscuridad. Ni siquiera sabía su nombre. Me había aferrado a su recuerdo porque había despertado sentimientos que solo había tenido cuando era más joven por otra mujer que no podía tener. ¿Era esa la similitud? Pero la mujer del club nunca volvió.

Pero María no era un recuerdo. Estaba aquí ahora. Había vuelto.

Y estaba fuera de los límites. No iba a cruzar esa línea porque no estaba seguro de que ella quisiera que lo hiciera.

O tal vez era Matteo quien la retenía. El pensamiento me golpeó con fuerza.

¿Estaba dudando por su pasado con su padre? Tragué saliva, apretando más el volante. Si ese era el caso, entonces ambos nos aferrábamos a fantasmas que no existían.

No me atreví a mencionarlo. Esa era una línea que no cruzaría. Algunas cosas, una vez dichas, no se pueden deshacer. Sería una conversación difícil de tener porque ella ya había dicho que fue un rollo, pero algo me decía que no fue solo un rollo para ella.

Cuando llegué a mi entrada, Dante estaba esperando en los escalones de la entrada, con los brazos cruzados como si tuviera algo que decir. Apenas salí del coche cuando empezó. —Vas a ir al gala.— Me había enviado un correo electrónico antes sobre algún

gala que iba a celebrarse. Ni siquiera me molesté en leerlo antes de enviarle un contundente NO.

—No, no voy.— Repetí, esperando que esta vez no insistiera.

—Sí, vas.

Suspiré, frotándome la nuca. —Dante, tengo suficiente en mi plato. María. Enrico. No tengo tiempo para ir a disfrazarme y besar culos toda la noche.— Eso era exactamente lo que pensaba de cualquier reunión de la élite, un lugar donde se besaban culos para conseguir favores.

—Entonces no vayas por el gala. Ve por María.

Eso me hizo parar.

Dante esbozó una sonrisa. Sabiendo que finalmente había conseguido mi atención. —Es una buena oportunidad para que os vean. Tú y María. Publicidad. Que la gente hable. ¿No es ese el objetivo?

Yo entrecerré los ojos. —¿Desde cuándo te importa la publicidad?

—Desde que te veo perder la cabeza por una mujer. Además, algunos clientes potenciales estarán allí. Quiero que les des la mano para que pueda empezar la conversación con ellos, sabiendo que ya os conocéis —explicó con seguridad.

Me burlé. —No estoy perdiendo la cabeza —hice una pausa y continué—. Y sabía que esto no tenía que ver con que te importen las muestras de afecto en público. Es por ti y por el negocio. Siempre es por el negocio contigo.

—Estás perdiendo algo. La cabeza o clientes potenciales.

Puse los ojos en blanco. —¿Has terminado?

—No.

Empecé a caminar hacia la puerta. —Yo he terminado.

—¿Así que vas a ir?

Me detuve. Dante es leal hasta la médula, pero cuando se trata de negocios, puede ser persuasivo. Eso puede ser una bendición y una maldición al mismo tiempo.

Dante sonrió. —Lo sabía.

Suspiré. —Vale. Confirma la asistencia. Lo que sea.

Dante me dio una palmada en la espalda, luciendo demasiado divertido. —¿De verdad estás dispuesto a hacer el tonto por María,

eh?

—Cállate —bufé, y él sonrió—. Hacer el gracioso no es tu fuerte, Dante.

—Tampoco mentir, al parecer. —Sacudí la cabeza, entrando.

Sí. Estaba perdiendo algo. Y no estaba seguro de querer recuperarlo.

Me detuve frente a la casa de María, agarrando el volante como si me hubiera ofendido personalmente. Esto se suponía que iba a ser sencillo. Aparecer. Hablar de la gala. Irme.

Pero mi mente seguía atrapada en la noche anterior y en cómo sabía y se sentía contra mí, en cómo todas las partes de mí habían querido llegar más lejos.

Me pasé una mano por la cara. No. No iba a pensar en eso. No formaba parte del acuerdo pensar en el beso cuando se suponía que debíamos pensar en cómo hacer que nuestra relación pareciera creíble.

Pero, en ese momento, eso ni siquiera era el problema. Exhalé bruscamente y salí del coche antes de convencerme de irme.

Matteo fue el primero en verme. En el momento en que lo hizo, su rostro se iluminó como si le hubiera prometido una juguetería entera. —¡Lorenzo!

Corrió hacia mí a toda velocidad, sus pequeños pies golpeando el suelo, y apenas tuve tiempo de prepararme antes de que se estrellara contra mis piernas, agarrándolas en un abrazo sorprendentemente fuerte.

—¡Has llegado temprano!

Arqueé una ceja. —Suenas sorprendido de verme tan temprano.

—¡Pensaba que siempre estabas demasiado ocupado haciendo cosas aburridas de adultos!

Esbocé una sonrisa. —Hago cosas aburridas de adultos todo el tiempo. Pero ahora mismo, estoy aquí oficialmente para actividades no aburridas.

Matteo jadeó dramáticamente. —¿Como qué?

Me incliné, bajando la voz como si le estuviera contando un secreto de estado. —Como dragones.

Sus ojos se abrieron como platos. —¿Sabes cosas de dragones?

—¿Saber de ellos? —Me enderecé, sonriendo—. Soy uno. Él intentó parecer desafiante, pero la escena solo me hizo reír.

Matteo prácticamente vibraba de emoción. —¡No puede ser!

—Pues sí. —Le guiñé un ojo, y el brillo en sus ojos era para morirse. Estaba tan emocionado. Es una imagen que rara vez veo en nadie más.

—Pruébalo.

Me agaché un poco, con los brazos extendidos como garras. —¡Soy el Gran Dragón de la Sombra, temido por todos!

Matteo jadeó, agarrando su espada de juguete. —¿Eres un dragón bueno o un dragón malo?

Esa pregunta no debería haberme afectado tanto como lo hizo. Era parte de una lucha interna que siempre había tenido porque no conocía la respuesta.

Vacilé, solo por un segundo. —Una vez fui bueno. Pero entonces algo sucedió, y me volví oscuro y temido por todos.

Matteo se inclinó hacia mí. —¿Qué pasó? —preguntó con una curiosidad que solo un niño de cinco años podría tener.

Tragué saliva. —El Gran Dragón perdió algo importante. Algo que lo hacía amable. Y sin eso, ya no sabía cómo ser bueno.

Matteo me miró como si le hubiera contado la historia más importante del mundo. —¿Pero lo encuentra de nuevo? Suena como un dragón herido.

Por un segundo, no supe cómo responder. ¿Esa era la palabra que me describía?

Herido. ¿Era dolor? ¿Resentimiento? ¿Angustia? ¿O simplemente era malo y no me había dado cuenta ni lo había aceptado?

Entonces, en voz baja, le susurré: —Está intentándolo.

Matteo asintió como si eso tuviera todo el sentido del mundo. —Entonces, volverá a ser bueno.

Algo se apretó en mi pecho. La forma en que lo dijo con tanta certeza y seguridad, solo había una persona que tenía esa creencia,

y esa era mi madre. Pero cuando él lo dijo, sentí que él también la tenía.

Este niño.

No tenía ni idea de lo que estaba diciendo, y, sin embargo, de alguna manera, acababa de resumir toda mi existencia en una sola frase.

Antes de que pudiera responder, soltó un fuerte rugido y se lanzó hacia mí, fingiendo lanzar fuego. Esquivé, riendo a pesar de mí mismo.

—Vale, vale, pequeño dragón, tú ganas —dije, levantando las manos en señal de derrota.

—¡Sí! —Saltó, y lo levanté, colocándolo sobre mi espalda y envolviendo sus brazos alrededor de mi cuello, riendo en mi oído. —No das tanto miedo, Lorenzo.

Me quedé quieto.

No estaba seguro de cómo responder a eso. Antes de que pudiera averiguarlo, María entró en la habitación.

Se detuvo, observando la escena, y mientras sus ojos pasaban de mí a Matteo, un brillo familiar cruzó su rostro.

—Matteo, cariño, ve a tu habitación —le pidió.

Matteo se volvió hacia ella, haciendo pucheros. —¡Pero estábamos jugando!

—Matteo.

Sus hombros se encogieron dramáticamente, pero antes de irse, me abrazó de nuevo. —Te quiero, Lorenzo.

Me puse tenso. María se quedó helada.

Matteo ni siquiera pareció darse cuenta del peso de lo que acababa de decir. No lo había pensado hasta entonces, pero había desarrollado un cariño especial por el niño, y escucharlo decir que me quería significaba mucho más para mí de lo que estaba dispuesto a admitir. Esto tenía más que ver con el hecho de que el niño se había ganado mi afecto y no solo por María. Se separó de mí, sonriendo, y luego se fue saltando como si no hubiera acabado de revolucionar mi mente por completo.

María y yo nos quedamos allí, en silencio. No era el tipo de silencio en el que no tienes nada que decir, sino uno en el que

sientes que tienes todo que decir.

Ella cruzó los brazos, mirando a todas partes menos a mí.

Me aclaré la garganta. —Hola —intentando sacar al menos una palabra de mi boca.

—Hola.

Luego volvió el silencio. Pensé que debería decir algo sobre lo de anoche. Debería hablar del beso. Pero no estaba seguro de querer escuchar lo que ella tuviera que decir. Abrí la boca, vacilé, y luego me lancé. —Sobre lo de anoche...

—Está bien —me interrumpió incluso antes de que pudiera sacar un pensamiento coherente de mi boca.

Parpadeé. —¿Bien? —Eso no era lo que quería oír. Sabía que no iba a admitirlo ni a decir que significaba más que un acto, pero decirlo así parecía reducirlo a nada, y ambas sabíamos que no era así.

Ella asintió con rigidez. —No tenemos que hablar de ello. Siempre que no se repita.

Un dolor lento y sordo se instaló en mi pecho. Lo disimulé con una sonrisa burlona. —Ay.

—Sobrevivirás. —Bromeó, mientras una sonrisa se formaba en su rostro.

¿Lo haría? Probablemente.

—En realidad he venido por otra cosa —murmuré, metiendo las manos en los bolsillos—. Hay una gala mañana. Tú y yo tenemos que estar allí. Demostraciones públicas de afecto y todo eso. —Lo dije intentando que sonara lo más casual posible.

Sus cejas se alzaron. —¿Una gala?

—Sí. Un evento de la alta sociedad en las afueras de la ciudad. No debería llevar mucho tiempo.

Ella cruzó los brazos. —¿Las afueras de la ciudad? ¿Y por qué exactamente debería dejar a Matteo para disfrazarme contigo?

—Porque es importante —dije, pero tan pronto como las palabras salieron de mi boca, supe que era la elección equivocada.

Ella me lanzó una mirada. —¿Más importante que mi hijo?

—No, no es eso lo que quise decir. —Exhalé, pasándome una mano por el pelo—. Mira, es solo una noche. Tienes a Luca. Él

puede cuidar de Matteo mientras estás fuera. —Y de nuevo, tan pronto como lo dije, supe lo mal que sonaba.

—Luca con un niño es un desastre esperando a suceder. Es prácticamente un niño él mismo.

Solté una risa. —Tienes razón. —Me alegré de que lo tomara así.

—Exacto.

—¿Y qué hay de Kayla? —Finalmente, dije algo que no sonaba tan mal.

Maria lo consideró, apretando los labios. —Kayla puede encargarse de Matteo.

—¿Entonces?

Ella suspiró, frotándose las sienes. —Vale —dijo con casualidad, pero sabía que esta vez su "Vale" no era casual en absoluto. Ya podía ver el cambio en sus ojos.

Sonreí con suficiencia. —¿Eso es un sí?

—No te pases de listo.

Ya es demasiado tarde para eso.

CAPÍTULO 16



CAPÍTULO DIECISÉIS

MARIA

Cerré la cremallera de la pequeña bolsa de viaje y exhalé.

Una noche.

Eso era todo.

Una noche para ponerme un vestido, sonreír para las cámaras y fingir que no estaba pensando en un beso que nunca debería haber ocurrido. Una noche para estar a solas con Lorenzo y fingir que no me gustó cómo me inmovilizó contra mi coche y me besó como si yo fuera lo único que importaba en el mundo para él.

Una noche para desear que lo hiciera de nuevo.

Aparté ese pensamiento y me miré en el espejo. El pelo, bien. El maquillaje, natural pero impecable. El vestido, aún en el armario, esperando su momento. Todo estaba listo.

Casi.

Un golpe en la puerta de mi habitación me hizo girarme justo cuando Kayla entró, con el móvil en la mano y una sonrisa traviesa en su rostro.

—Estás de moda —anunció, agitando la pantalla hacia mí.

Fruncí el ceño. —¿De moda?

—Oh, no finjas que no lo sabes. —Se dejó caer en mi cama. —Maria Russo y Lorenzo Bianchi, el tema de conversación de internet.

Mi estómago se encogió, pero cogí el móvil de todos modos.

El artículo en la pantalla mostraba una foto enorme de Lorenzo y yo en algunas de nuestras salidas públicas recientes: el evento escolar y, por supuesto, el restaurante. Su brazo rodeaba mi cintura. Yo lo miraba como si fuera todo lo que quería. Ambos parecíamos pertenecer el uno al otro.

Ojeé el texto y la sección de comentarios para ver lo que la gente decía. Cuanta más gente hablaba de nosotros, más creíble parecía nuestra relación.

—¿La pareja más candente de la ciudad?

—Un amor escrito en las estrellas —escribió un usuario.

—Una historia de amor moderna llena de pasión. Romeo y Julieta reencarnados.

Puse los ojos en blanco. —Lo hacen sonar como si fuéramos una novela romántica. —Me aparté de Kayla para que no viera el rubor que ya teñía mis mejillas.

—Sigue desplazándote —se burló Kayla.

Lo hice. Y allí estaban, los comentarios.

Algunos derramándose sobre nosotros. Otros escépticos. Y luego los que me hicieron apretar la garganta.

—¿No es esa la hija de ese criminal Russo? No puedo creer que Bianchi se esté mezclando con ella.

—Los leopardos no cambian sus manchas. Ella es peligrosa. —Mi pecho se oprimió. Sabía que mi padre tenía mala reputación, pero leer sobre ello me resultaba extraño.

—Apuesto a que es igual que su padre.

Apagué el móvil y lo tiré sobre la cama. —Justo lo que queríamos. Una relación falsa lo suficientemente convincente como para que la gente hable.

La sonrisa de Kayla se desvaneció ligeramente. —¿Eso es todo?

—Por supuesto —dije, intentando convencerme a mí misma.

—¿En serio?

Me aparté, ocupándome en doblar una bufanda que ni siquiera necesitaba doblar, una bufanda que estaba segura de que no necesitaría. —¿Qué más podría ser?

Me observó durante un largo momento. —No lo sé. ¿Quizás algo real?

Mis manos se detuvieron. La risa que me salió fue demasiado aguda y forzada. —No seas ridícula —me burlé, intentando evitar su mirada porque sabía que ya me estaba escudriñando.

—Maria, vamos. No me puedes decir que no sientes nada por Lorenzo.

Suspiré, frotándome las sienes. —Siempre he estado enamorada de él, ¿vale? Desde siempre. Pero esto, esto no es real. Y me niego a empezar a sentir cosas cuando sé que todo es una farsa.

Kayla no respondió de inmediato.

Luego, en voz baja, —Pero ¿y si pudiera serlo?

No respondí, porque no tenía una respuesta.

Un golpe fuerte en la puerta me salvó de tener que averiguarlo.

La voz de Luca resonó por el apartamento. —María, tu príncipe azul está abajo.

Me quejé. —Te estás divirtiendo demasiado con esto.

Kayla sonrió. —Sí, lo estoy.

Sacudí la cabeza, cogí mi bolso y me dirigí hacia la puerta.

Matteo me esperaba en el salón, su carita se arrugó al ver el bolso. —¿Te vas? —preguntó de nuevo, por lo que sería la décima vez ese día.

—Solo por esta noche. —Me agaché, acariciando su cara. —Kayla va a cuidar de ti.

Los labios de Matteo temblaron, pero asintió. Le besé la frente. —Pórtate bien, ¿vale?

—Vale. —Se sonó, y luego se animó. —¿Puedo cenar helado?

Le lancé una mirada a Kayla. Sabía que siempre hacían eso cuando yo no estaba. Era su forma de ganárselo.

Ella sonrió con complicidad. —Absolutamente no.

—¡Oh, vaya!

Luca se estiró, pareciendo demasiado satisfecho consigo mismo. —Tranquilo, Matteo. Si te hubiera dejado conmigo, te habría dejado.

Suspiré. —Y por eso mismo no lo hice.

Luca se agarró el pecho como si lo hubiera herido. —Estoy ofendido.

—Sobrevivirás —sonreí con sorna, y luego miré a Kayla. —Cuida de él.

Kayla parpadeó. —¿De Matteo?

—No. —Moví la cabeza hacia Luca. —De él. Es un niño de corazón.

Kayla soltó una risa. —Haré lo que pueda.

—No me gusta cómo estáis hablando de mí —murmuró Luca.

Kayla le despeinó el pelo. —Tranquilo, colega. Te queremos igual. —Pero él lo apartó con una sonrisa en la cara.

Me reí y sacudí la cabeza, dirigiéndome hacia la puerta.

Luca me llamó. —Eh, espera. ¿No debería decirle a Lorenzo que te cuide?

Le hice un gesto con la mano. —Puedo cuidar de mí misma.

—Aun así. —La voz de Luca se volvió pícara. —Quizá debería bajar y advertirle que no intente nada raro esta noche.

Me quejé. —Luca…

Pero ya era demasiado tarde. Ya estaba saliendo por la puerta. Para cuando salí, Lorenzo estaba apoyado con naturalidad contra su coche, luciendo como si hubiera nacido para llevar todo lo que se pusiera.

Luca cruzó los brazos. —Bianchi, no intentes nada raro esta noche.

Lorenzo sonrió con sorna. —Lo intentaré.

Luca entrecerró los ojos. —¿Qué quieres decir con "intentaré"?

Lorenzo sonrió aún más.

—¡Luca, deja de insinuar cosas! —Mi cara ardía mientras cogía la muñeca de Lorenzo y lo llevaba hacia el coche. —Y Lorenzo, deja de alimentar sus pensamientos.

Lorenzo se rió. —¿Qué? ¡No he dicho nada!

—¡No hacía falta!

Me sonrió de una manera que se sentía tanto pecaminosa como placentera antes de subir al asiento del conductor. Mi pulso latía demasiado rápido porque ahora, gracias a Luca, lo único en lo que podía pensar era en que Lorenzo "intentara" algo. Y el hecho era que no estaba del todo segura de querer que se detuviera. Quería que lo "intentara".

El trayecto hacia las afueras de la ciudad pasó en un borrón de faros y el suave zumbido del motor. Pasamos por algunos puntos de

referencia, que le señalé a Lorenzo como si no conociera la ciudad tan bien como yo, o incluso mejor.

Lorenzo no era muy dado a la conversación. Era como si estuviera en su mundo durante todo el trayecto, pero no me importó. Mis pensamientos me mantuvieron lo suficientemente ocupada, sobre todo con el hecho de que íbamos a pasar la noche en un hotel.

Por supuesto, en cualquier novela romántica, este sería el momento en el que llegaríamos a la recepción y la recepcionista, con una expresión de disculpa pero secretamente satisfecha, diría: —Lo siento mucho, pero solo nos queda una habitación.

Entonces, Lorenzo y yo nos veríamos obligados a compartirla.

Habría cierta incomodidad, pero también un deseo innegable de estar juntos. Habría un momento en el que él me miraría desde el otro lado de la habitación mientras me preparaba para dormir. Tal vez habría un instante en el que acabaríamos demasiado cerca, sin que ninguno de los dos se apartara. Habría un momento en el que yo aceptaría que se metiera en la cama conmigo y...

Había leído suficientes libros como para saber cómo solía desarrollarse este escenario. Pero, afortunadamente, la realidad tenía un guion diferente.

Nos registramos. Dos habitaciones. Sin drama. Perfecto.

Lorenzo me entregó mi llave. —Arréglate. Salimos en una hora.

Le hice un saludo burlón. —Sí, señor.

Él esbozó una sonrisa pero se dirigió hacia su habitación.

En cuanto la puerta se cerró detrás de mí, solté un suspiro que no sabía que estaba conteniendo. No había dicho mucho durante el viaje, pero había muchas palabras no dichas que podía deducir por la forma en que me miraba durante fracciones de segundo antes de volver a fijar la vista en la carretera.

La gala no era más que otra actuación. Sonreír, posar para las cámaras y fingir que mi estómago no seguía revoloteando al recordar nuestro beso. Fácil.

Me desvestí y entré en la ducha, dejando que el agua caliente calmara mis nervios. Pero no fue hasta que salí, secándome el pelo con la toalla, que me di cuenta de que algo estaba muy, muy mal.

Mi vestido. Había elegido un vestido elegante, sin espalda, que se ataba en la nuca, sofisticado y deslumbrante. Pero había un problema. No podía atármelo yo sola. El pánico se apoderó de mí rápidamente.

—No. No, no, no —murmuré, retorciendo mis brazos detrás de mí, intentando agarrar la delicada tela. Mis dedos titubeaban, resbalaban, fracasando miserablemente.

—¿Por qué me pasan siempre estas mierdas? —solté un gruñido de frustración.

Tenía dos opciones.

Uno: arrancarme el vestido, fingir que nunca existió y aparecer en pijama, acabando efectivamente con mi vida social. Dos: pedir ayuda.

Cerré los ojos. Odio esto. Odio la idea de llamar a la puerta de Lorenzo como una damisela en apuros, pidiéndole que me atara el vestido como una heroína ruborizada en un drama de época. Pero no tenía otra opción.

Mascullando una retahíla de maldiciones, cogí la llave de mi habitación y caminé descalza por el pasillo. Estaba a punto de llamar cuando lo oí. La voz de Lorenzo. Estaba en una llamada. Me detuve.

—Dante, escúchame. No podemos perder ese cargamento.

Me quedé helada. Su voz era baja, firme y con un tono cortante.

—El sitio en los muelles cerca de la ciudad del valle, sí, ese. No me importa lo que tengas que hacer. Solo asegúrate de que llegue a donde debe ir. Sin errores.

Me acerqué un poco más. ¿Los muelles? ¿Un cargamento?

—Creo que no debería ser un problema, pero en caso de que pase algo, ya sabes qué hacer.

Algo frío recorrió mi espalda. No me gustó cómo lo dijo. Sonaba casi frío. Me incliné, intentando captar más, con el corazón latiendo con fuerza contra mis costillas.

—Revisa el perímetro antes de moverte. No quiero que se repita lo de la última vez.

Una tabla del suelo crujió. Me quedé sin aliento. ¡Mierda! Sabía que acababa de hacer ruido. La conversación dentro se detuvo.

Eché a correr. Casi esprintando de vuelta a mi habitación. Me apoyé contra la puerta, con el pecho agitado.

Mierda.

No debería haber oído eso. No estaba segura de qué estaba hablando, pero sonaba demasiado parecido a las palabras que usaba mi padre cuando todavía estaba vivo y metido en negocios turbios. Pero Lorenzo también tenía clubes y un casino, así que podía estar equivocada y estar buscándole tres pies al gato.

Saqué el móvil, con los dedos temblándome ligeramente mientras tecleaba el lugar que él había mencionado. Un segundo después, aparecieron los resultados de la búsqueda. Y me sentí fatal. Una redada. Una redada policial en ese mismo lugar hacía meses. Por armas y drogas.

El estómago se me revolvió.

Sabía que Lorenzo no era un santo. No era ingenua. Pero algo en esto se sentía diferente, más peligroso y más real.

Dejé el móvil sobre la mesa, mirando la pantalla como si pudiera decirme algo más, algo que tuviera sentido. Pero no lo hizo. En cambio, me quedé con un montón de preguntas de las que no estaba segura de querer conocer las respuestas.

Y por primera vez desde que comenzó este arreglo, me di cuenta de que quizás no conocía en absoluto a Lorenzo Bianchi.



CAPÍTULO DIECISIETE

LORENZO

Un ruido.

Era tenue, casi demasiado silencioso para ser escuchado, pero años de instinto habían agudizado mis sentidos más allá de lo normal. Me giré hacia la puerta, con el cuerpo tenso.

Pasos. Rápidos. Casi apresurados. Me levanté, caminando hacia el sonido, pero para cuando llegué al pasillo, estaba vacío.

Entrecerré los ojos. Tal vez no era nada. O quizás sí lo era. En cualquier caso, no estaba de humor para perseguir fantasmas.

Me pasé una mano por el pelo y volví a mi habitación, cerrando la puerta tras de mí. Dante seguía al teléfono.

—Si Enrico intenta interferir esta vez, avísame de inmediato —continué la conversación con él.

—Entendido.

—Y no dudes en llamarme —le indiqué, sabiendo que Dante era de esos que se lanzan de cabeza al peligro sin sopesar las consecuencias.

—Lo tengo, pero en serio, Lorenzo, disfruta del maldito gala. Suenas como un viejo con demasiados problemas.

—Es porque soy un viejo con demasiados problemas.

Dante se rio, y por un segundo, la tensión en mis hombros se alivió.

—Yo me encargaré de todo. Solo mantén tu bonita cara frente a las cámaras esta noche, y no olvides estrechar las manos que importan.

Puse los ojos en blanco. —Nos vemos luego.

La llamada terminó, y tiré el teléfono sobre la cama, exhalando lentamente. Debería haber sabido que Enrico seguiría poniéndome a prueba.

El hombre tenía la costumbre de meter la nariz donde no le correspondía, y estaba muy cerca de rompérsela. Si no fuera por Luca y Maria, lo habría eliminado hace mucho tiempo. Pero ese era un problema para otro momento.

Esta noche, tenía un papel diferente que interpretar. Me cambié al esmoquin, ajusté los puños antes de ponerme la chaqueta. El espejo reflejaba a alguien que se parecía exactamente a mí, pero que se sentía como un extraño. Este no era yo.

El traje. El encanto. Las sonrisas que daría esta noche. Era una máscara. Una necesaria, pero una máscara al fin y al cabo. Es curioso que cuando me convertí en Shade, usar una máscara me resultaba extraño. Pero ahora, esto se sentía como la máscara. Sentía que no encajaba.

Dejando de lado esos pensamientos, salí de mi habitación y fui directo a la puerta de Maria. Llamé dos veces. La puerta se abrió, y por primera vez en mi vida, olvidé cómo respirar.

Maria estaba allí. Su vestido estaba bellamente confeccionado y dejaba poco a la imaginación. Mi boca se secó, y no fui capaz de decir nada coherente o incluso razonable. Ella se giró ligeramente, sus ojos oscuros encontrándose con los míos, una expresión pequeña, casi tímida, cruzando su rostro.

—Te ves bien arreglado —murmuré, con una voz más baja de lo que pretendía.

Ella arqueó una ceja. —¿Me estás haciendo un cumplido, Bianchi?

—No te acostumbres —bromeé. Quería decir más, contarle cómo me había dejado sin aliento y me había robado cada respiración al verla. Ella sonrió con complicidad, pero luego su expresión cambió.

—Necesito ayuda —su voz era más baja ahora, como si estuviera debatiendo si decir las palabras o no. Se giró, exponiendo más de su piel desnuda, con los hombros tensos.

—No puedo atármelo sola —mis manos se tensaron a los lados.

Di un paso al frente, cerrando la distancia entre nosotros. Intenté mantener la mirada en la tarea y no distraerme demasiado. Mis dedos encontraron las tiras en la nuca de su cuello, pero no las até de inmediato. No debería haber dudado. Pero lo hice.

Podía sentir el calor de su piel bajo mis yemas de los dedos. El aroma del perfume que llevaba me envolvió como una droga que quería probar. Como siempre decía, era una a la que estaba enganchado y que me embriagaba: vainilla y un toque de jazmín, algo dulce y delicado, como ella.

Apreté la mandíbula. Una simple acción. Eso era todo esto. Forcé mis manos a moverse, demasiado despacio, mis dedos rozando la curva de su espalda. María exhaló suavemente, casi inaudiblemente, pero lo sentí. Lo sentí todo. La radiación de su cuerpo. El calor. La atracción que había entre nosotros desde el principio.

Sería tan fácil. Tan condenadamente fácil inclinarme y presionar mis labios contra la piel que sabía que sería suave. Pero no podía, y no lo haría. Terminé de atar su vestido, retrocediendo como si no hubiera considerado romper todas las reglas que me había impuesto.

—Listo —dije.

María se giró para mirarme, sus ojos buscando en los míos algo que no estaba seguro de querer que encontrara. Luego se acercó. Mi respiración se ralentizó.

Sus manos se alzaron, ajustando mi corbata, sus dedos rozando mi cuello. Ardía. Un simple toque, pero encendió cada nervio de mi cuerpo. Tragué saliva con dificultad. —Puedo arreglar mi propia corbata, María.

—Lo sé —respondió ella, sin detenerse.

Apreté los puños, cada músculo de mi cuerpo tensándose. Había un límite de lo que podía soportar. Y estaba peligrosamente cerca de romperme.

—Listo —anunció ella, y solté un lento y exasperado suspiro. Salimos sin decir una palabra, pero ambos sabíamos que estábamos

a punto de romper.

La gala era como cualquier otro evento de alto perfil: grandes candelabros, vino caro y personas vestidas con las telas más finas que el dinero podía comprar.

Pero nada de eso importaba porque, en el momento en que presenté a María como mi prometida, el mundo entero se desvaneció.

—Esta es María Russo, mi prometida —dije.

Las palabras salieron de mi lengua con facilidad. Demasiada facilidad. Esperaba que se sintiera extraño. Una mentira cuidadosamente construida para el ojo público. Pero no fue así. Se sintió bien. Y ese era el problema.

María me miró, sus labios ligeramente entreabiertos como si ella también hubiera sentido el cambio entre nosotros. Pero no dijo nada. Simplemente sonrió para las cámaras, sus dedos rozando los míos brevemente antes de deslizar su brazo en el mío mientras avanzábamos hacia el interior.

Estaba acostumbrado a fingir. Lo había perfeccionado. Pero con María, no estaba seguro de dónde terminaba la actuación y comenzaba la realidad.

Y cuando anunciaron el baile lento, supe que estaba en problemas, no solo porque era un pésimo bailarín, sino porque las cámaras aún estaban sobre nosotros y tendríamos que participar.

Ella dudó solo un segundo antes de entrar en mis brazos. La música sonaba suave y lenta, una melodía que obligaba a la gente a acercarse y moverse como uno.

La mano de María descansó sobre mi hombro, la otra deslizándose en la mía. Mi agarre se apretó alrededor de su cintura, más por instinto que por intención. Estaba tan cerca. Podía sentir el calor de su cuerpo, el aroma de su perfume abriéndose paso en mi mente.

—Eras un pésimo bailarín de niño —murmuró ella, con una chispa de diversión en sus ojos—. ¿Recuerdas tu octavo cumpleaños?

Una risa retumbó en mi pecho. —Intento olvidarlo.

—Le has pisado los pies a todas las chicas, Lorenzo. A todas. Estaban aterrorizadas de bailar contigo.

—A ti no —señalé, recordando cómo ella no tenía miedo y cómo bailábamos y ella evitaba perfectamente mis dos pies izquierdos.

Sus labios se curvaron. —Era demasiado testaruda para asustarme.

—Y lo sigues siendo.

Ella resopló, sus dedos se flexionaron ligeramente sobre mi hombro. —Fui la única lo suficientemente valiente para enseñarte, y casi me rompes el pie.

—Sobreviviste.

—Por los pelos.

Nos reímos, el sonido suave e íntimo. El resto del mundo desapareció. María inclinó ligeramente la cabeza, su cabello oscuro cayendo sobre su hombro. Sus labios estaban cerca. Demasiado cerca. Debería haberme apartado. No lo hice.

Sus ojos se posaron en los míos, algo no dicho flotando entre nosotros. Algo que ambos sabíamos pero de lo que no queríamos hablar.

Apreté mi agarre en su cintura, mi pulgar rozando la tela de su vestido. Su respiración se cortó. Solo un poco. Lo suficiente para que me diera cuenta, y mi mirada descendió a sus labios.

Un movimiento. Eso era todo lo que haría falta. Un movimiento, y no podría detenerme.

La música se ralentizó, pero ninguno de los dos se movió.

—Lorenzo...

—María...

Un latido. Un respiro. Un momento suspendido en el tiempo. Entonces los aplausos estallaron a nuestro alrededor. La realidad volvió a su lugar como una broma cruel.

María retrocedió primero, sus manos deslizándose lejos de mí. Apreté la mandíbula, ignorando el agudo pinchazo de decepción. Solo era un baile. Nada más. Nada más, me repetí, intentando hacerme creer eso.

Salimos de la gala horas más tarde, el aire fresco de la noche nos recibió al salir.

—Llamaré un taxi —murmuré, alcanzando mi teléfono.

—No —la voz de María fue firme, cortando el silencio.

Me giré, arqueando una ceja. —¿No?

Ella levantó ligeramente la barbilla, sus ojos oscuros brillando bajo las luces de la calle. —La noche aún es joven.

—Eso suena a algo que alguien dice antes de tomar una decisión terrible.

—Oh, vamos, Lorenzo —me dio un empujón juguetón—. Caminaremos. Solo esta vez.

Exhalé, sacudiendo la cabeza. —Vas a arrepentirte de esto.

—Quizás —sonrió—. Pero será divertido.

No discutí. Debería haberlo hecho porque quince minutos después, el cielo se abrió y la lluvia cayó como una maldita inundación.

—Me estás tomando el pelo —murmuré, ya empapado.

María gritó, riendo mientras intentaba protegerse. —Vale, quizás esto fue una mala idea.

Me quité el abrigo sin pensar, cubriéndole la cabeza con él.

Ella parpadeó mirándome, su risa suavizándose.

—Lorenzo...

—No empieces —me pasé una mano por el pelo mojado, suspirando—. Necesitamos encontrar refugio antes de ahogarnos.

Vimos un pequeño restaurante más adelante, el letrero de "ABIERTO" iluminado y parpadeando.

—Allí —agarré su muñeca suavemente, tirando de ella hacia él.

Nos agachamos bajo el toldo, la lluvia goteando de nuestra ropa mientras recuperábamos el aliento. María me miró, luego a sí misma, y luego de nuevo a mí.

Y entonces estalló en risas.

—Realmente tomamos las peores decisiones.

Esbocé una sonrisa, sacudiendo la cabeza. —Habla por ti.

—Oh, por favor —me dio un codazo, su codo presionando mi costado, enviando una oleada de calor a través de mí a pesar de la fina lluvia que caía a nuestro alrededor—. Recuerdo que tú también tomabas muchas malas decisiones de niño.

Sonreí, acercándome un poco más, el aire húmedo entre nosotros llevando el tenue aroma de su perfume—vainilla cálida—delicado, como rosas después de la lluvia. —¿Como cuáles?

Ella levantó su rostro hacia mí, las gotas de lluvia aferrándose a sus pestañas. —Como cuando siempre intentabas ser mi niñero, y casi quemamos la casa porque no me dejabas cocinar.

Solté una risa, sacudiendo la cabeza. —Alguien tenía que cuidarte.

Sus ojos se oscurecieron, algo indescifrable brillando en ellos. —Yo no quería que lo hicieras.

El espacio entre nosotros parecía más pequeño, casi inexistente. El sonido de la lluvia se desvaneció, y el mundo se redujo al suave subir y bajar de su respiración y a la forma en que una gota resbalaba por su mejilla. Sin pensarlo, alcé la mano, apartándola con mi pulgar, pero no retiré la mano después.

Su piel estaba caliente a pesar del frío de la lluvia, y ella inhaló bruscamente al sentir el contacto.

—Siempre quisiste hacer todo por tu cuenta —murmuré, mi pulgar trazando la curva de su mejilla.

Los labios de María se entreabrieron ligeramente, pero no salieron palabras. El pulso en la base de su garganta se aceleró, y podía sentir el calor de su cuerpo, la forma en que su aliento se mezclaba con el mío en el aire húmedo.

—Quizás simplemente no quería necesitarte —susurró, su voz apenas audible sobre el repiqueteo de la lluvia.

—Mala suerte —crucé los brazos—. Eras imprudente, María. Tenía que intervenir antes de que te mataras.

Ella puso los ojos en blanco. —Ya tenía a Luca como el hermano mayor molesto. No necesitaba otro.

—Luca no cuenta —espeté.

Ella sonrió. —¿Y tú sí?

—Siempre me vi destinado a protegerte.

Su expresión cambió ligeramente, el aire juguetón diluyéndose un poco. —¿Y si eso no es lo que yo quería?

Tragué saliva, mi mano deslizándose hacia abajo, los dedos rozando los mechones húmedos de cabello que se aferraban a su

mandíbula.

Sus ojos buscaron los míos. Mi otra mano se movió por instinto, rodeando su muñeca, sintiendo el leve temblor bajo mi agarre.

Mi respiración se ralentizó. Los ojos de María sostuvieron los míos, la tormenta exterior nada comparada con la que de repente se gestaba entre nosotros.

—¿Qué querías?

Ella dudó, solo por un segundo.

Entonces—Quizás que me vieras de otra manera y no como tu hermanita.

Un tirón agudo en mi pecho.

—María...

Ella se acercó, el espacio entre nosotros desapareciendo.

—¿Alguna vez me viste de otra manera, Lorenzo?

Mi garganta se secó. Podía mentir. Podía fingir que esto no era nada, pero estaba tan cansado de fingir. Estaba cansado de la máscara. Me estaba asfixiando.

—Nunca te vi como una hermana.

La forma en que estábamos tan cerca me quitaba el aliento de nuevo. Era intoxicante y enloquecedor. Pero me mantuve firme. No quería retroceder.

—Entonces, ¿cómo me veías?

Exhalé, mis manos apretándose a mis costados.

—Yo...

No podía decirlo. Todavía no. No cuando no estaba seguro de si, una vez que las palabras salieran de mi boca, habría vuelta atrás.

Pero María lo sabía. Podía verlo en sus ojos. La comprensión.

Afuera, la lluvia caía con más fuerza, pero ninguno de los dos se movió. Por primera vez, sabíamos que ya no estábamos fingiendo.



CAPÍTULO DIECIOCHO

MARÍA

La noche había terminado en nada. Él nunca dijo lo que sentía por mí. Anhelaba que me dijera que no era solo una tontería de infancia, pero lo único que obtuve fue silencio.

Había esperado algo, cualquier cosa. Una palabra. Un toque. Una mirada que confirmara que lo que habíamos sentido bajo aquella tormenta no estaba solo en mi cabeza. Pero cuando Lorenzo simplemente señaló que la lluvia había cesado, como si eso fuera lo único que importaba, y me acompañó de vuelta al hotel en silencio, lo supe.

Había esperado más.

No una confesión, ni un gran gesto romántico, pero algo. Al menos un abrazo al despedirnos. Un momento prolongado en el que pudiera fingir que la tensión que había surgido entre nosotros no era solo una ilusión. En cambio, me dejó en la puerta de mi habitación con un simple —buenas noches— y se marchó, sin volver la mirada ni una sola vez.

Me destrozó.

No lo admitiría, por supuesto. Pero lo hizo, de muchas maneras.

Apenas había dormido, dando vueltas en la cama, con un dolor en el pecho que me impedía descansar. Por la mañana, no era solo el agotamiento emocional lo que me pesaba: todo mi cuerpo dolía.

Mi cabeza parecía llena de algodón, mi garganta estaba seca y dolorida, y cada movimiento era un testimonio de la fatiga que me abrumaba.

—Genial —murmuré, arrastrándome fuera de la cama—. Simplemente perfecto.

Me había resfriado.

Porque, claro, era lo que me faltaba. Parada bajo la lluvia como una tonta, dejándome llevar por las emociones, esperando algo que nunca llegó... claro, este era mi premio. Este era el pago por creer en la ilusión de los cuentos de hadas, en que recibiría una gran declaración de amor bajo la lluvia.

Soy una idiota. Me lo merezco.

Me soné la nariz, tambaleándome ligeramente mientras caminaba hacia el espejo. Mi reflejo era un desastre. Mi piel estaba pálida, mi nariz roja, mi pelo hecho un lío y mis ojos tenían ese aspecto vidrioso y febril. Parecía el resultado de un fracaso épico después de una icónica caminata de la vergüenza. Me sentía peor.

Maravilloso. Justo la imagen de la salud y la gracia. Un golpe sonó en la puerta, y gemí.

—¿María? ¿Estás despierta?

Lorenzo. Justo la persona responsable de toda mi miseria. Para ser justos, él no quería caminar de vuelta. Fui yo quien lo convenció. Quería ignorarlo. Pero también quería lo contrario.

Por un segundo, consideré forzar mi voz para que sonara remotamente normal, pero cuando abrí la boca para responder, lo que salió fue un graznido ronco y patético.

Otro golpe, más firme esta vez. —¿María? —Suspiré y me arrastré hasta la puerta para abrirla.

En el momento en que me vio, sus cejas se alzaron. —Dios, tienes un aspecto terrible. ¿Qué te pasa?

Ojalá pudiera poner los ojos en blanco, porque estaba volviendo a tratarme como lo hacía antes, cuando solo era el mejor amigo de mi hermano.

—Bueno, buenos días a ti también —respondí con voz ronca, mirándolo con furia.

Ni siquiera se molestó en responder con una réplica sarcástica. Su mirada me recorrió, evaluándome, y lo siguiente que supe fue que estaba apoyando el dorso de su mano en mi frente. No sabía qué me quemaba más, si la fiebre o la sensación que sentí cuando sus manos se posaron en mi rostro y pude oler el rico aroma de su colonia, porque estaba tan cerca de mí.

—Lorenzo, estoy bien —intenté mentir descaradamente, pero mi voz ronca y mi frente sudorosa me delataron por completo—. Déjame coger mi ropa para que podamos ir a casa.

—Estás ardiendo —su mano cayó y sus ojos se estrecharon—. No vas a ir a ninguna parte en este estado.

—Puedo llegar a casa —mis piernas temblaban, intentando decirme que sabía que no podía, pero no me importaba arrastrarme de allí si eso evitaba que me quedara un día más con Lorenzo y todo lo que intentaba enterrar.

—No, no puedes —su tono era firme pero suave, y pude ver la genuina preocupación en sus ojos.

—Tengo que volver con Matteo —necesitaba acurrucarme con mi pequeño haz de alegría.

—A este ritmo, Matteo podría ser el que te cuide a ti —apoyó las manos en sus caderas mientras me miraba fijamente, desafiándome a discutir.

Quería hacerlo. De verdad que quería. Pero mi cuerpo me traicionó con otra oleada de agotamiento, y me desplomé contra la silla, apoyándome en ella, suspirando—. Vale. Pero si me muero aquí, te voy a atormentar.

—Atormentarme —se burló—. Serías un fantasma muy mono.

Abrí la boca para replicarle, pero un repentino acceso de tos me sacudió, doblando mi cuerpo. Lorenzo suspiró, pasando a mi lado hacia la habitación como si le hubiera dado permiso. Cogió el teléfono de la habitación.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté con voz ronca.

—Llamando a recepción para extender nuestra estancia —no estaba preguntando, ya estaba marcando el número mientras yo protestaba.

Fruncí el ceño—. No puedes simplemente… —me detuve a mitad de la frase, dándome cuenta de que lo que decía era inútil.

—Listo —colgó el teléfono—. No nos vamos hasta que te sientas mejor, y me aseguraré de eso, así que deja de ser tan testaruda.

Crucé los brazos, o al menos lo intenté. Parecían de plomo—. No necesito una niñera.

—No, necesitas descanso. Y medicación. Y probablemente té. ¿Siquiera bebes té?

Parpadeé—. ¿Qué?

—Té. Tengo la sensación de que eres más de café, que, por cierto, es lo peor para el dolor de garganta.

—Odio que sepas eso —rodé los ojos. ¿Cómo podía seguir tan enfadada con él cuando conocía los detalles más mínimos de mi vida, los detalles insignificantes?

—Sé muchas cosas sobre ti, María.

Eso no debería haber hecho que mi corazón se acelerara. Pero lo hizo. Y también odié eso.

Sacó su teléfono—. Llamaré a Kayla para contarle lo que pasa y que pueda cuidar de Matteo e informar a Luca.

Me dejé caer sobre la cama, cubriéndome con las mantas hasta la barbilla. Me sentía miserable. No solo físicamente, sino emocionalmente, porque, a pesar de lo mucho que Lorenzo me molestaba y de lo mucho que quería negarlo, me gustaba que estuviera aquí. Me gustaba cómo tomaba el mando sin dudarlo. Me gustaba cómo sabía lo que necesitaba incluso cuando yo no lo admitía. Me gustaba cómo ya había tomado el control de la situación y me había puesto por delante de todo, porque estoy segura de que él también tenía asuntos que atender. Eso ni siquiera estaba en la ecuación ahora. Todo en lo que pensaba era en mí y en mi bienestar. Así ha sido siempre.

Y eso era lo más peligroso de todo.

Le habló a Kayla en voz baja, tranquilizándola y haciendo una broma sobre cómo tenía que lidiar con una —María gruñona y febril — y le dijo que debería rezar por él. Le habría lanzado una almohada si hubiera tenido energía, pero en ese momento habría sido mi mano la que me levantara a mí, y no al revés.

—Kayla dice que Matteo está bien —dijo Lorenzo cuando colgó—. Y que debería sedarte si es necesario.

—Es una traidora —gruñí, odiando que ni siquiera me defendiera.

—Es inteligente.

Me quejé, envolviéndome en las sábanas. —Solo quiero dormir.

—Bien. Porque eso es exactamente lo que vas a hacer.

Lo miré con ojos cansados. —Eres muy mandón.

Él esbozó una sonrisa burlona. —Eres muy testaruda.

Me soné la nariz. —Touché.

Se acercó a la puerta, pero vaciló. —Si necesitas algo, estoy justo al lado. También saldré un momento para conseguir algunas cosas que necesitamos y medicinas de la farmacia, así que puedes llamarme.

Mi pecho se tensó. —Lo sé.

Por un momento, simplemente me miró. Luego, antes de que pudiera pensar demasiado en ello, se inclinó, apartando un mechón suelto de mi frente. Su toque fue ligero, casi imperceptible. Pero permaneció, y mi corazón me traicionó con un latido débil y vacilante.

—Descansa, María.

Entonces se fue, y me quedé tumbada en la cama, sintiéndome demasiado cálida para alguien que se suponía que estaba helándose.

Casi una hora después, mi cuerpo seguía sintiéndose como si hubiera sido pisoteado por una manada de elefantes. Cada centímetro me dolía, la garganta me ardía y la cabeza me retumbaba como un tambor en un festival. Me envolví más en el edredón, hundiéndome más en la silla como si de alguna manera pudiera absorber mi enfermedad. ¿Lo peor? Lorenzo había vuelto, y me observaba como un halcón, con los brazos cruzados, los ojos entrecerrados y su ceño fruncido habitual más marcado por algo peligrosamente cercano a la preocupación. También me había traído medicinas, que había tomado.

—Sigues pareciendo tan fatal —bromeó, esbozando una sonrisa en sus labios. Lorenzo puede ser un auténtico dolor cuando quiere.

—Gracias. Justo lo que una persona enferma quiere oír —Mi voz era ronca, apenas un susurro. Hablar era como raspar mi garganta

con papel de lija.

—Lo sé. Me alegro de poder estar aquí para ti.

—No veo el momento en que tú también te pongas malo, para que pruebes tu propia medicina, pero estoy mucho mejor ahora. Creo que podemos irnos —murmuré, intentando levantarme para demostrarlo. Mi cuerpo tenía otros planes. La habitación se inclinó, mis rodillas cedieron, y antes de que pudiera estrellarme contra el suelo, Lorenzo me atrapó. Sus brazos eran fuertes y firmes, demasiado firmes.

—Sí, eso fue convincente —dijo, mitad divertido, mitad exasperado. Me volvió a sentar en la silla con suavidad. —No vas a ninguna parte. Deja de ser tan testaruda, María, y déjame cuidar de ti.

—Podrías empezar por ser amable conmigo —roneé.

—Soy la persona más amable que conoces —sonrió burlonamente—. Ahora, quédate quieta. Voy a prepararte algo de comer.

¿Lorenzo cocinando? Eso era algo que tenía que ver. Logré abrir un ojo mientras él desaparecía en la pequeña cocina de la suite del hotel. Siguió el sonido de armarios abriéndose y cerrándose, luego el chisporroteo de una sartén. El olor de algo —¿mantequilla? ¿Ajo?— flotó en el aire, haciendo que mi estómago gruñera a pesar de la enfermedad.

Minutos después, regresó con un humeante plato de sopa. —Come —dijo.

Parpadeé, mirándolo. —¿No la has pedido?

—No, María. Sé cocinar. ¿Olvidaste que soy el hijo de Isabella Bianchi? Esa mujer te arrastraría de la oreja hasta la cocina —dijo, acercando una silla frente a mí mientras yo me reía. Isabella Bianchi era ese tipo de mujer, sin duda.

—Abre la boca —ordenó.

—¿Perdona? —lo miré, desconcertada.

—Apenas puedes mantener la cabeza erguida. Si te dejo comer sola, probablemente te ahogues con la sopa.

—No soy una niña —protesté débilmente.

—Entonces deja de actuar como una y come.

Antes de que pudiera discutir, acercó la cuchara a mis labios. Dudé, mirándolo con reproche, pero él no cedió. Con un suspiro dramático, dejé que me diera de comer. El caldo caliente se deslizó por mi garganta, aliviando el dolor.

—¿Está buena? —preguntó.

Murmuré algo ininteligible, pero seguí comiendo. Continuó dándome de comer, sus movimientos sorprendentemente suaves, su mirada concentrada. Era extrañamente íntimo. Demasiado íntimo. Aparté la vista, fingiendo no notar cómo mi pecho se sentía demasiado apretado.

Cuando el plato estuvo vacío, lo apartó y se recostó, estirando los brazos detrás de su cabeza. —¿Ves? No fue tan malo.

—Simplemente te gusta darme órdenes —murmuré, hundiéndome más en mi silla.

—Quizás —se encogió de hombros—. Pero es por tu bien.

La habitación cayó en un silencio cómodo. Afuera, la lluvia había comenzado de nuevo, suave contra la ventana. Lorenzo se quedó, sentado frente a mí, su presencia extrañamente reconfortante. Me envolví más en mi edredón, observándolo. El pensamiento sobre su conversación de anoche aún rondaba en mi mente, especialmente después de ver este lado tierno y cariñoso de Lorenzo. Tal vez lo había malinterpretado, pero necesitaba saberlo. Hablar de su padre era una conversación que había intentado tener muchas veces. La última vez fue durante la cita en el restaurante, y no terminó bien.

—Nunca hablaste de la enfermedad de tu madre —murmuré, probando el terreno. Su expresión no cambió, así que añadí—: Especialmente después de la muerte de tu padre y el papel que jugó en ello.

La mandíbula de Lorenzo se tensó. Me miró durante un largo momento, luego exhaló lentamente. —Porque no hay mucho que decir.

—Siempre dices que su muerte te afectó mucho. Pero nunca dices cuánto, especialmente con tu madre enferma. Siempre me ha hecho preguntarme por lo que tuviste que pasar.

Sus dedos golpeteaban contra su rodilla, una señal de que estaba debatiendo si responder. Finalmente, habló. —Después de que

murió, todo cambió. La gente pensó que mi madre sería fácil de manipular y que yo era demasiado joven y débil para hacer algo al respecto. La subestimaron. Y me subestimaron a mí —su voz era baja y áspera.

Tragué saliva. —Así que tuviste que luchar.

—¿Luchar? —soltó una risa seca—. Más bien sobrevivir. Cuando te enfrentas a bestias, María, te conviertes en una. De lo contrario, te destrozan.

Sus palabras me provocaron un escalofrío. Había algo en sus ojos, no solo dolor, sino acero. Un hombre que había aprendido demasiado pronto que la bondad no era suficiente.

—Si pudieras volver atrás —susurré—, ¿cambiarías algo?

Su mirada se fijó en la mía. —No.

La habitación quedó en silencio. Sabía que no debía presionar porque ya había obtenido la respuesta que quería. No era la directa que buscaba, pero el hecho de que dijera que tienes que convertirte en una bestia para lidiar con una me dijo lo suficiente.

Luego, tras un momento, él me devolvió la pregunta. —Tú tampoco hablas nunca de tu padre. ¿Cómo era después de que me fui? ¿Cambió?

Dejé escapar un suspiro lento. —Distante. Los negocios siempre fueron lo primero. No cambió realmente del hombre que todos conocíamos. Quería que fuera un tipo de mujer específico: callada y sumisa. Eso nunca iba a pasar.

Lorenzo esbozó una sonrisa burlona. —No, no iba a pasar.

—Me quería a su manera —admití—. Pero su forma de demostrarlo era el control. De ahí la cláusula del matrimonio.

—Y tu madre, sé que murió, pero ¿crees que eso te afectó más de lo que admites?

Mis dedos se enroscaron en el edredón. —Murió justo después de que yo naciera. Nunca la conocí. Así que nunca crecí con ese amor tierno. Siempre tuve hombres a mi alrededor que querían controlarme.

Lorenzo se inclinó ligeramente hacia adelante, con una expresión indescifrable. —Eso debió ser duro.

Forcé una sonrisa. —No puedes echar de menos lo que nunca tuviste, ¿verdad?

Sus ojos se oscurecieron. —Eso es mentira, y lo sabes.

El nudo en mi garganta creció. Miré hacia otro lado, parpadeando rápidamente. —Quizá.

Otro silencio, pero este se sentía diferente. Más cálido. Más comprensivo.

Lorenzo extendió la mano, apartando un mechón de pelo de mi cara. Era un gesto tan simple, pero me hizo estremecer.

—Descansa un poco —murmuró.

Asentí, cerrando los ojos, dejando que su presencia me envolviera como una segunda manta.

—Lorenzo —susurré.

—Sí —murmuró él, sin apartar la mirada de mí.

—Gracias por cuidar de mí.

No respondió de inmediato, como si estuviera sopesando y saboreando las palabras. Finalmente, dijo:

—Es algo que haré con gusto el resto de mi vida —y, de repente, la avalancha de emociones que había enterrado volvió a la superficie.

CAPÍTULO 19



CAPÍTULO DIECINUEVE

LORENZO

Lo dije en serio cuando afirmé que era algo que haría el resto de mi vida.

Quería cuidarla y mostrarle el tipo de afecto y atención que nunca recibió. Pero cuando no respondió, supe que esa frase cargaba mucho peso. Así que me levanté y le di espacio, volviendo a mi habitación.

No esperaba realmente una respuesta de ella, teniendo en cuenta que fui demasiado cobarde para responderle anoche cuando me preguntó cómo la veía.

No es que no tuviera una epístola escrita en algún lugar de mi memoria sobre exactamente cómo me sentía hacia ella. Simplemente se sentía mal. No cuando aún guardo muchos secretos para ella.

Llamé a la puerta una vez antes de entrar en la habitación de Maria. La última vez que la vi, estaba envuelta en una manta, pareciendo un burrito enfermizo, apenas capaz de levantar la cabeza sin quejarse. Ahora, estaba sentada al borde de la cama, desplazándose por su móvil como si no hubiera pasado las últimas veinticuatro horas maldiciendo la existencia.

—Bueno, mira quién decidió volver al mundo de los vivos.

Maria estiró los brazos por encima de su cabeza, su camiseta subiéndose ligeramente. —Y mira quién sigue cuidándome como si fuera frágil.

—Teniendo en cuenta que esta mañana parecías la muerte, diría que estoy justificado —crucé los brazos, observando sus mejillas ligeramente sonrosadas. Al menos esta vez no era por fiebre.

Ella resopló, ajustando la manta a su alrededor. —Actúas como si estuviera en mi lecho de muerte. He sobrevivido a cosas peores.

—¿Ah, sí? —me apoyé en el marco de la puerta. —¿Como qué?

Ella golpeó un dedo contra su barbilla, fingiendo pensar. —¿Recuerdas cuando me rompí el dedo del pie intentando darte una patada?

Mis labios se torcieron. —¿Te refieres a cuando intentaste darme una patada giratoria y fallaste tan mal que le diste a la pared?

Su cara se arrugó. —Fue un error de cálculo.

—Fue un acto de autosabotaje.

—Lo que sea —agitó una mano con desdén, luego me señaló. —Además, no olvidemos la vez que me intoxiqué después de que me retaste a comer ese yogur caducado.

Sonreí con sorna. —Para ser justos, tú eras la que seguía diciendo: "Las fechas de caducidad son una estafa".

—Y para ser justos, podrías haberme detenido.

—Podría haberlo hecho —admití, acercándome. —Pero entonces no habría podido verte tendida dramáticamente en el suelo del baño durante tres horas, lamentando tus decisiones de vida.

Maria resopló, rodando los ojos. —Sabes, si no fueras tan insoportable, serías medianamente decente.

—¿Medianamente? —levanté una ceja. —Eso es generoso.

—No te confíes —advirtió. —Todavía me estoy recuperando. Si tuviera toda mi fuerza, te lanzaría algo.

—Recuperando —repetí. —¿Es por eso que sigues envuelta en esa manta como un filósofo griego antiguo?

Ella acarició el edredón alrededor de sus hombros. —Esto es comodidad. No lo entenderías.

Me incliné, apoyando una mano en el respaldo de la silla en la que estaba sentada. —No lo sé —murmuré. —Creo que lo

entendería perfectamente. Las chicas envueltas en edredones son mi especialidad.

Entonces, ella inclinó la cabeza, una sonrisa burlona jugando en sus labios, bromeando pero tensa, como si usara el humor para anclarse. —Si hubiera sabido que te gustaban las chicas envueltas en mantas, habría usado esta técnica antes.

Dejé escapar una risa baja, sacudiendo la cabeza, pero mi voz salió más áspera de lo que pretendía. —¿Ah, sí? ¿Esa es tu estrategia? ¿Seducción mediante comodidad extrema?

Su respiración se entrecortó, y en ese latido de vacilación, el aire de la habitación pareció desaparecer, dejando solo una comodidad y un deseo familiares envolviéndonos como el edredón en el que ella se había envuelto. Ninguno de los dos se movió, pero algo cambió, y era imposible hacerlo cuando sus ojos estaban clavados en los míos de esa manera.

Sus dedos se apretaron alrededor de la tela, los nudillos se volvieron blancos, pero sus ojos brillaban con algo peligrosamente tentador. —Oye, no lo critiques hasta que lo pruebes.

La forma en que lo dijo, entrecortada y juguetona, como si estuviera probando un límite que ambos sabíamos que ya no existía, envió una ola profunda y primitiva a través de mí.

Di un paso más cerca, lo suficiente como para sentir el calor de su cuerpo filtrándose a través de las gruesas capas que nos separaban. Mis dedos rozaron la tela, apenas, pero incluso a través de la barrera, podía sentirla, el calor radiante y su pecho subiendo y bajando un poco demasiado rápido.

—De acuerdo —murmuré, con la voz más baja ahora, la diversión teñida de algo más oscuro, algo crudo—. Morderé el anzuelo. ¿El objetivo es que esté de acuerdo o simplemente ver hasta dónde puedes llegar antes de que haga algo al respecto?

Sus labios se separaron, pero no salieron palabras. Sus ojos parpadearon con un poco de incertidumbre, deseo y un desafío silencioso, lo que me hizo darme cuenta de que ya no estaba jugando. Ninguno de los dos lo estaba.

—Lorenzo —susurró. No era mi nombre, era una súplica, un punto de quiebre envuelto en un solo aliento.

Semanas. Habíamos estado bailando en esta línea durante semanas, probando los límites de la contención, empujando y tirando hasta que estábamos desgastados en los bordes. Cada mirada, cada toque prolongado, cada inhalación brusca cuando nos acercábamos demasiado... todo había estado conduciendo a esto.

Y ahora, no quedaba nada a lo que aferrarse. Las paredes, las excusas, la fachada... se habían derrumbado.

Sabía que si no hablaba ahora, nunca sería capaz de hacerlo.

—María —exhalé, mis dedos apretando ligeramente la tela entre nosotros—. Nunca te he visto como una hermana, sino como una mujer que he deseado tanto pero no podía tener porque eras la hermana de mi mejor amigo.

La confesión salió de mis labios como un suspiro de alivio y una maldición al mismo tiempo. La sensación se asentó entre nosotros, sabiendo que esto era ineludible.

La respiración de María se detuvo, y su mirada se clavó en la mía, algo parpadeando detrás de sus ojos. Luego, solo por un segundo, su mirada bajó hacia mi boca.

Un pequeño cambio, apenas perceptible, pero fue suficiente. Suficiente para romper cualquier hilo de resistencia que me quedara.

Alcé la mano lentamente pero con determinación, trazando el borde de su mandíbula con las yemas de mis dedos. Su piel ardía bajo mi toque, cálida y viva. Sus labios se separaron ligeramente, su aliento rozando el mío, inestable y expectante.

No dijo nada. No tenía que hacerlo. La aceptación, el anhelo... todo estaba ahí, crudo y desprotegido. Y eso fue todo lo que se necesitó.

Cerré la distancia, y en el momento en que nuestros labios se encontraron, todo lo demás dejó de existir. Mis labios chocaron contra los suyos. No fue suave ni vacilante. Fue el tipo de beso que llega después de años de conocerse demasiado bien, de empujar y tirar y fingir que la tensión no existía.

Los dedos de María se enroscaron en mi camisa, tirándome más cerca. Incliné su barbilla hacia arriba, saboreando los restos de algo dulce en sus labios. Ella suspiró contra mí, y por un segundo, todo lo

demás se desvaneció: el pasado, las bromas y los años de intentar mantener las cosas un poco fuera de alcance.

Cuando finalmente nos separamos, ella parpadeó mirándome, aturdida. —Así que —susurró—, eso ha pasado.

Deslicé mi pulgar sobre su mandíbula. —Dime que pare ahora, y lo haré.

Ella exhaló una risa, sacudiendo la cabeza. —Cállate y bésame de nuevo.

¿Y quién era yo para discutir?

Llevé suavemente a María a la cama, mi corazón latiendo con un ritmo que nunca antes había sentido.

Su cuerpo se sentía ligero en mis brazos, pero el peso del momento era todo menos eso. La acosté suavemente, nuestras miradas entrelazadas, y en esa mirada vi el deseo y la ternura que reflejaban los míos.

Lentamente, me incliné hacia ella, mis labios rozando los suyos, antes de descender para besar los contornos de su rostro. Mi boca se detuvo en su mejilla, su mandíbula, y luego bajó por su cuello, donde su piel estaba cálida y suave. Podía sentir cómo su respiración se aceleraba mientras besaba su clavícula, mis manos descansando suavemente sobre sus hombros.

—Lorenzo —susurró ella, con la voz temblorosa. Había tanto que quería decirle, pero no podía.

Me detuve, mirándola a los ojos, antes de continuar. —He esperado tanto por esto —murmuré, con la voz cargada de emoción.

Me detuve. Sabía que no había vuelta atrás. —Te deseo.

Tres palabras. Solo tres palabras cambiaron por completo mi química cerebral. Liberaron toda la adrenalina y dopamina de mi cuerpo y me llevaron de un estado de vacilación a uno en el que sabía que no quería contenerme. Ya no.

Desabroché la camisa holgada que llevaba puesta, deslizándola por sus hombros y dejándola caer al suelo. Su piel desnuda era un lienzo que quería explorar y adorar. Presioné mis labios contra su hombro, luego bajé por su brazo, mis manos trazando las curvas de su cuerpo. Mi propia camisa siguió el mismo camino, descartada en el suelo, dejándome desnudo de cintura para arriba.

La respiración de María se volvió entrecortada mientras me acercaba, mis manos deslizándose hacia la cintura de sus pantalones. Dudé por un momento, queriendo saborear esto, pero su gemido ansioso me impulsó a continuar. Deslicé sus pantalones por sus piernas, dejándola solo con sus bragas.

Su cuerpo tembló, y pude ver el deseo en sus ojos, la forma en que me quería y me necesitaba. Me incliné, mis labios encontrando los suyos de nuevo. Mis palabras susurraron entre besos. —He deseado esto desde el día que volviste —confesé—. Has estado en mis pensamientos y en mis sueños... No puedo contenerme más.

Su respuesta fue un beso, profundo y hambriento, sus manos enredándose en mi pelo. Gemí, perdiendo el control mientras le quitaba las bragas, dejándola completamente desnuda.

Su piel era impecable, su cuerpo una obra de arte, y quería adorar cada centímetro de ella. Enterré mi cabeza entre sus piernas, mi boca y mi lengua moviéndose lentamente, con pasión, saboreando su sabor y su aroma. Sus gemidos se hicieron más fuertes, sus manos aferrándose a las sábanas mientras su cuerpo se arqueaba hacia mí, deseando más.

—Eres tan hermosa —susurré, mi aliento cálido contra su piel—. Siempre te he deseado, María. Cada parte de ti. Ella sonrió y susurró algo inaudible. Pero no quería arruinar el momento preguntándole qué había dicho. Todo lo que quería era darle todo el placer que se merecía.

Besé sus muslos internos, mi lengua trazando patrones que la hacían retorcerse y gemir. Me tomé mi tiempo, queriendo volverla loca y hacerla sentir cada onza de mi deseo. Mis manos recorrieron desde su estómago hasta sus pechos, y los acaricié suavemente mientras mi boca continuaba explorando entre sus piernas.

—Joder —casi gritó esas palabras. Sabía que le estaba haciendo cosas locas porque sus gemidos me estaban poniendo tan duro, y podía sentir cómo mi miembro se endurecía minuto a minuto. No estaba seguro de cuánto tiempo podría aguantar esto sin perder el control yo mismo.

Cuando finalmente me levanté, mis propios pantalones estaban ajustados, mi polla palpitando de necesidad. Me los quité, sin

apartar los ojos de los suyos. Ella me observaba, su respiración entrecortada, su cuerpo enrojecido y deseoso.

Me coloqué sobre ella, mi cuerpo presionando contra el suyo, mis labios rozando su oreja mientras susurraba: —¿Estás lista para mí? Quería estar seguro.

—Sí —susurró, sus manos alcanzándome para atraerme más cerca.

Me introduje en ella lentamente, prolongando cada sensación.

Sus paredes se apretaron a mi alrededor, estrechas y húmedas, y gemí, mi cabeza cayendo hacia atrás por un momento mientras saboreaba la sensación de estar dentro de ella. Sus gemidos eran suaves y entrecortados, sus manos aferrándose a mi espalda mientras me movía, nuestros besos profundizándose con cada embestida. Quería que esto durara, sentir cada momento, cada toque, cada respiración.

Cuando ella estuvo al borde, cambiamos de posición, guiándola para que se montara sobre mí. Se elevó sobre mí, sus movimientos urgentes pero controlados, su cuerpo moviéndose en perfecta armonía con el mío. Alcancé hacia arriba, mis manos encontrando sus pechos, mi boca chupando y mordisqueando su piel, mis susurros de afecto mezclándose con nuestros alientos compartidos.

—Estoy aquí —murmuré, con la voz ronca por el deseo—. Déjate llevar, María. Suéltate.

Sus gemidos llenaron la habitación, su liberación fue abrumadora, su cuerpo tembló mientras se deshacía sobre mí. La abracé con fuerza, mis manos se aferraron a sus caderas mientras yo empujaba hacia arriba, sincronizando mis movimientos con los suyos. Nuestros besos se volvieron frenéticos, nuestros cuerpos se tensaban mientras la presión aumentaba. Podía sentir que mi propio clímax se acercaba, una marea implacable que amenazaba con consumirme.

—Lorenzo —jadeó, con la voz quebrada mientras me miraba desde arriba, sus ojos llenos de amor y deseo.

—Ven conmigo —gemí, con la voz ronca por la necesidad.

Sus movimientos se aceleraron, su cuerpo presionó el mío mientras cabalgaba más rápido y con más fuerza. Podía sentir su

coño apretándose alrededor de mi polla, extrayéndome, llevándome al límite.

Mi propia liberación me atravesó, mi semen brotó profundamente dentro de ella mientras gritaba su nombre. Colapsamos juntos, sin aliento y agotados, nuestros corazones palpitando mientras nos abrazábamos con fuerza. En ese momento, no había nada más que nosotros, nuestros cuerpos todavía temblaban y nuestros alientos se mezclaban. Besé su frente, luego sus labios, mis manos acariciaban su pelo mientras yacíamos ahí.

—Eso fue todo —dije finalmente, todavía respirando con dificultad. Ella apoyó la cabeza en mi pecho y dejó un suave beso sobre él.

Estuvo callada durante casi un minuto hasta que finalmente susurró unas palabras que casi no escuché. —Eres todo para mí.

CAPÍTULO 20



CAPÍTULO VEINTE

MARÍA

Anoche lo fue todo. Él lo fue todo. Todo lo que había querido, todo lo que había esperado y todo lo que había soñado. Pero ese era el problema. Lorenzo y yo éramos una fantasía. Un sueño maravilloso.

La realidad me golpeó como una ola que se estrella contra mí. Mi corazón latía con fuerza contra mis costillas, y por un momento, me quedé allí tumbada, mirando al techo, repasando la noche anterior en mi mente.

Fue imprudente. Fue estúpido. Fue el mejor sexo que había tenido en años—desde él. Ni siquiera me atreví a mencionar su nombre. Ya estaba desmoronándome.

Giré la cabeza, mi mirada cayendo sobre Lorenzo. Todavía estaba dormido, su respiración lenta y constante, los labios ligeramente entreabiertos. Parecía en paz. Como un hombre que no llevaba constantemente el peso del mundo sobre sus hombros. Parecía sacado directamente de un cuento de hadas. Eso era. Estaba viviendo en un cuento de hadas porque esto no debería haber sucedido.

Dos días a solas con Lorenzo y siendo cuidada por él me habían hecho creer en esta mentira que estábamos viviendo. Había bajado

la guardia y me había permitido sentir cosas que no debería sentir. ¿Y ahora? Ahora estaba entrando en pánico.

Me senté con cuidado, ignorando el dolor en partes de mi cuerpo que no había sentido en mucho tiempo. Era un recordatorio de lo completamente que me había entregado a él. Necesitaba irme. Necesitaba vestirme, poner distancia entre nosotros antes de hacer algo aún más tonto—como creer que esto realmente podía significar algo.

La conversación de la otra noche resonaba en mi mente, la mención del cargamento y la comprensión de que no conocía realmente al hombre que estaba a mi lado. Luego, estaba su respuesta sobre convertirse en una bestia.

¿Qué diablos me pasaba? Tenía un hijo con un conocido mafioso —como si eso no fuera ya lo suficientemente complicado.

Mis dedos temblaban mientras alcanzaba mi ropa, vistiéndome lo más silenciosamente posible. Acababa de coger mi jersey cuando una voz, ronca por el sueño, me detuvo en seco.

—Estás huyendo.

Me quedé tiesa, todavía de espaldas a él. —Me estoy vistiendo.

—Sí —murmuró, el crujir de las sábanas indicando que se estaba sentando—. Y huyendo.

Me puse el jersey, inhalando profundamente antes de girarme para mirarlo. —Lorenzo, sobre anoche...

—No, María, por favor, no —no me estaba ordenando. Era más bien una súplica, una familiaridad dolorosa en su voz que me revolvió el estómago.

—Lorenzo, tú y yo sabemos que esto no debería haber sucedido. Nosotros, esto, todo es una mentira. Un sueño —las palabras sabían tan amargas en mi boca al pronunciarlas.

La mandíbula de Lorenzo se tensó. Sus ojos, todavía pesados por el sueño, se agudizaron con algo más. —Eso es mentira.

Crucé los brazos. —Solo estás intentando convencerte de que esto es real por el sexo.

Se pasó una mano por el cabello, exhalando con fuerza. —¿Crees que me he dado cuenta de esto después del sexo? —Negó con la cabeza, levantándose de la cama, completamente indiferente a su

estado de desnudez—. Puede que empezara como un trato, pero eso ya no es lo que es.

Mis ojos captaron un vistazo de su cuerpo, su cuerpo musculoso y sombrío, y justo debajo, mis ojos bajaron hasta su entrepierna, que estaba... bueno, era normal considerando que acababa de despertarse. Todo en su aspecto me llevó de vuelta a cómo me había penetrado profundamente anoche y me había llenado con cada centímetro de él. Inmediatamente aparté ese pensamiento. Me obligué a mantener su mirada. —Lo es para mí.

Un destello de dolor brilló en sus ojos antes de que lo ocultara rápidamente. —Eso es una tontería.

Tragué saliva, ignorando cómo se me apretaba el pecho. —Necesitas que tu madre apruebe la herencia, y yo necesito la herencia de mi padre. Eso es todo. ¿Por qué queremos complicar esto cuando es tan simple?

—Basta —su voz era baja y controlada, pero había un filo en ella —. Tienes miedo, y en lugar de afrontarlo, estás intentando convencerte de que nada de esto es real.

Apreté los puños. —Porque no lo es.

Lorenzo dio un paso hacia mí, cerrando la distancia entre nosotros. —Entonces mírame a los ojos y dime que no sientes nada por mí.

Apreté los labios, sintiendo cómo se me cerraba la garganta.

Dilo. Dilo y aléjate.

Pero no pude, porque habría sido una mentira.

La mirada de Lorenzo buscó la mía, y su voz se hizo más suave. —¿Por qué no podemos estar juntos?

La pregunta me golpeó como un puñetazo en el estómago.

Podría haberle dicho la verdad. Podría haberle dicho que mentí sobre el padre de Matteo siendo solo un lío del que no sabía nada y que había escuchado su conversación sobre el cargamento y no quería exponer a mi hijo a ese mundo. Incluso si quería creer que Lorenzo no era como su padre, no podía correr ese riesgo.

Pero no lo hice.

Porque admitir todo eso significaría admitir cuánto me importaba. Así que hice lo único que sabía hacer: mentí.

—Porque no siento lo mismo. —En el mismo instante en que las palabras salieron de mi boca, algo dentro de mí se rompió.

Lorenzo inhaló bruscamente, sus ojos oscureciéndose con un dolor que no quería ver.

—No te refieres a eso —murmuró.

Me obligué a asentir.

Él exhaló, sacudiendo la cabeza. —Tu mente está en modo de lucha o huida ahora mismo, y te conozco lo suficiente como para saber que estás eligiendo huir.

—Necesito irme a casa. —Mi voz sonó más baja de lo que quería.

Lorenzo me miró fijamente durante un largo momento, con la mandíbula apretada. Luego, sin decir nada más, se dio la vuelta y cogió su ropa. Hicimos las maletas en silencio.

Y con cada segundo que pasaba, me sentía deslizándome más y más lejos de la única cosa que siempre había querido pero nunca estaba destinada a tener. Él. El viaje de regreso al pueblo fue insoportablemente silencioso.

Me senté en el asiento del copiloto, con los brazos cruzados, mirando por la ventana mientras el paisaje pasaba borroso. La tensión en el coche era sofocante, con todo lo que quedaba sin decir. Lorenzo agarraba el volante con una mano, mientras la otra descansaba en la palanca de cambios, con los dedos golpeándola como si resistiera el impulso de hablar.

No había dicho mucho desde que hicimos las maletas y nos fuimos. Sabía que quería hacerlo. Lo sentía en la forma en que apretaba la mandíbula, en la forma en que sus ojos se posaban en mí de vez en cuando, pero no insistió.

Y gracias a Dios por eso, porque no tenía idea de qué le habría dicho si lo hubiera hecho.

Había hecho lo correcto. Lo sabía. Incluso si cada fibra de mi ser gritaba que había cometido el error más grande de mi vida. Lorenzo no era un hombre malo, pero aún era peligroso en formas que no podía ignorar. Incluso si no estaba metido en nada turbio, yo aún tenía mis propios secretos… secretos que estaba dispuesta a llevarme a la tumba.

Matteo ya había enfrentado suficiente estigma solo por ser el nieto de mi padre. Si la gente alguna vez descubría que Shade era su verdadero padre… no podría protegerlo de eso.

Significaría una vida de murmullos a sus espaldas. Un nombre que lo perseguiría para siempre, marcándolo como el hijo de un hombre que nunca debería haber existido pero que causó mucho caos y era temido.

Exhalé bruscamente, apartando el pensamiento mientras Lorenzo entraba en el garaje. Antes de que el coche se detuviera por completo, la puerta principal se abrió de golpe y Matteo salió corriendo, con sus bracitos extendidos.

—¡Mamá!

En el momento en que salí del coche, se estrelló contra mí, abrazándome las piernas. Me arrodillé, abrazándolo contra mi pecho, inhalando su olor familiar.

—¿Te portaste bien? —murmuré en su pelo.

Matteo se separó lo suficiente para asentir. —¡Sí!

Kayla estaba en la puerta, sonriendo. Dejé a Matteo en el suelo y la miré. —Espero que no te haya dado muchos problemas.

Kayla negó con la cabeza. —Fue perfecto. Como siempre.

Matteo sonrió, pero su atención rápidamente cambió. Sus ojos se posaron en Lorenzo, y su sonrisa se ensanchó. —¡Lorenzo!

Lorenzo apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que Matteo corriera hacia él. Sin dudarlo, lo cogió en brazos, sosteniéndolo como si fuera lo más natural del mundo.

—¿Me has traído algo? —Los ojos de Matteo brillaban con una travesura llena de esperanza.

Me quedé tiesa, sintiendo cómo la vergüenza me invadía. Con todo lo que había pasado, me había olvidado por completo de comprarle algo.

—Sabes que sí. —Lorenzo, como siempre, iba un paso por delante. Dejó a Matteo en el suelo, se acercó a su bolsa en el coche y sacó un pequeño coche de juguete brillante.

El rostro de Matteo se iluminó. —¡Guau! ¡Gracias! —Sostuvo el juguete como si fuera el mayor tesoro que hubiera recibido jamás. —¡Eres el mejor!

Algo se retorció en mi pecho. Incluso después de todo—después de la discusión, después de lo que yo había dicho—Lorenzo todavía pensaba en Matteo. Todavía se aseguraba de que tuviera algo. Matteo corrió adentro para jugar con él, y Kayla lo siguió, y de repente, estábamos solos los dos.

Me aclaré la garganta. —¿Cuándo tuviste tiempo de comprar eso?

Lorenzo se encogió de hombros. —Ayer. Cuando estabas enferma.

Mi pecho se apretó. Eso fue... considerado. Demasiado considerado. Respiré hondo, intentando calmarme. —Sobre esta mañana—

Antes de que pudiera terminar, la voz de Luca nos interrumpió.

—¡Gracias a Dios que habéis vuelto!

Se acercó, luciendo demasiado emocionado para mi gusto. —Tengo muchas cosas que contarte, hermana. Creo que también voy a recibir mi herencia muy pronto.

Lorenzo cruzó los brazos. —Esto suena como un asunto familiar.

Luca sonrió con complicidad. —Oh, ya eres de la familia, ¿no? —Su tono era burlón, pero mi estómago se encogió ante la implicación. —Quiero decir, no sé qué pasó en ese viaje, pero...

Lorenzo y yo nos quedamos tiesos.

—Nada —respondimos al unísono.

Los ojos de Luca se movieron entre nosotros, con una clara sospecha en su rostro, pero lo dejó pasar. —En fin, tengo noticias.

Crucé los brazos. —¿Qué noticias?

La sonrisa de Luca se desvaneció ligeramente mientras se ponía serio. —El tío Enrico cree que está cerca de encontrar a Shade. Lo escuché hablando con uno de sus matones.

El mundo a mi alrededor se oscureció. Shade. El nombre resonó como un disparo, haciendo eco en mi cabeza y dejando mis manos frías.

Lorenzo se puso rígido a mi lado, pero apenas lo noté. Mi corazón latía con fuerza en mis oídos, ahogando todo lo demás. Luca siguió hablando, pero yo no escuchaba. Mi mente daba vueltas, deshilachándose por los bordes.

No le había contado la verdad a nadie. No le había contado a nadie que Matteo no era solo el hijo de un hombre sin nombre.

Que Shade—el Shade—era su padre. Al menos, eso era lo que creía a veces, mientras que otras, no estaba segura. Pero si el tío Enrico realmente lo encontraba... Me obligué a tragar y a respirar.

Luca nos miró a ambos. —Los dos parecéis raros.

Lorenzo se recuperó primero. —Solo estamos cansados —dijo con suavidad. —Ha sido un viaje largo.

Luca no parecía convencido, pero lo dejó pasar.

Me giré hacia Lorenzo. —Necesito espacio.

Su mandíbula se tensó.

Continué antes de que pudiera discutir. —Deberíamos seguir el guion. Mantener las cosas solo para el público.

Su expresión se oscureció, pero asintió. —Vale.

Se dio la vuelta para irse, pero dudó. —Pasaré mañana a recogerte. Tenemos que ir a ver a mi madre para que sepa que me tomo en serio lo del matrimonio.

No respondí. No sabía qué decir porque, de alguna manera, acababa de confirmar que lo nuestro era solo para el público. En lugar de eso, me di la vuelta y entré en casa, dirigiéndome directamente a mi habitación y cerrando la puerta detrás de mí.

En cuanto estuve sola, solté un aliento tembloroso. Mis manos temblaban mientras las apoyaba en el tocador, mirando mi reflejo en el espejo. Shade.

El pasado que había enterrado estaba volviendo a la superficie. Y si lo encontraban y descubrían la verdad, ni siquiera quería imaginar lo que sucedería después.

CAPÍTULO 21



CAPÍTULO VEINTIUNO

LORENZO

Cometí un error al volver. Lo supe en el mismo instante en que pisé este lugar de nuevo, pero me dejé creer que sería diferente. Qué tonto había sido, pensando que quizás el pasado se había asentado.

Pero no. Luca ha estado investigando, y si hay algo que sé sobre mi Luca en todos estos años que hemos sido mejores amigos, es que no se detiene hasta conseguir lo que quiere. Puede que lo consideren imprudente y poco serio, pero cuando se obsesiona con algo, especialmente con un empujón externo, que en este caso viene en forma de Enrico, es como un sabueso persiguiendo un rastro. Y lo que él quiere es la verdad sobre Shade.

Me froto las sienes, paseando por mi oficina. Shade. El nombre pesaba en mi lengua, como una maldición que nunca podía quitarme de encima. No fui yo quien tendió la trampa al padre de María ni quien lo mató. Pero podría haberlo sido. No hice lo suficiente. Me quedé allí, impotente, viendo caer a un hombre que admiraba, ¿y ahora?

Controlo la ciudad y el mundo subterráneo, así que no entiendo cómo alguien pudo matarlo y escapar sin que yo lo supiera o supiera quién fue. Busqué, pero todas las pistas llevaban a un callejón sin salida.

Ahora él había muerto, y el mundo creía que Shade había apretado el gatillo. María también lo creía.

¿Y después de anoche? Maldita sea. Me senté al borde de mi escritorio, exhalando con fuerza. Me había convencido a mí mismo de que lo nuestro era solo una fachada, un arreglo conveniente que cumplía su propósito. Pero después de anoche, después de cómo me miró, después de cómo se sintió en mis brazos, supe que quería más. Necesitaba más.

Gemí, pasándome una mano por la cara. Más era imprudente. Más era estúpido. Más era algo que no podía permitirme cuando todo mi pasado estaba a un paso de estallarme en la cara.

La puerta se abrió de golpe, y Dante entró como si el lugar le perteneciera. Probablemente lo haría algún día, al ritmo que llevaba.

—De vuelta del paraíso, ¿eh? —sonrió, dejándose caer en la silla frente a mí—. ¿Cómo fue el viaje?

—Fue un viaje de negocios, Dante —crucé los brazos, apoyándome en el escritorio—. No unas vacaciones.

—Podrías haberme engañado —murmuró—. Tú y María parecíais muy cómodos la otra noche en la gala. Esas fotos están en primera plana —hizo una pausa—, especialmente la de vosotros bailando. ¿Quién diría que sabías bailar? Pensé que tenías dos pies izquierdos.

Le lancé una mirada fulminante, pero él solo se encogió de hombros.

—En fin —continuó, estirando las piernas—, el cargamento llegó anoche. Sin problemas. Todo marcha sobre ruedas.

—Bien —asentí, pero mi mente no estaba en el cargamento.

Dante me estudió, su sonrisa desvaneciéndose. —Vale, ¿qué te pasa?

—Nada —mire hacia otro lado, pero Dante no se lo creyó. Nunca lo hacía.

—Parece que alguien te acaba de decir que han atropellado a tu perrito, y ambos sabemos que no tienes uno, así que suelta.

Exhalé con fuerza. —Luca dice que están cerca de descubrir quién es Shade.

Dante se tensó. —Eso es malo.

—No me digas.

Dante se inclinó hacia adelante, su expresión seria. —Lorenzo, necesitas contárselo.

Negué con la cabeza al instante. —No puedo.

—¿Por qué diablos no?

Me aparté del escritorio, paseando de nuevo. —María nunca me perdonaría. Pensaría que maté a su padre. ¿Que yo apreté el gatillo?

Dante se pasó una mano por el pelo, exhalando. —Tú no lo mataste.

—Pero tampoco lo salvé —repliqué—. Y eso es igual de malo.

Dante guardó silencio por un momento, luego suspiró. —Eso no fue tu culpa. ¿Cómo podías saberlo? Lorenzo, escúchame. Si te sinceras ahora, puedes controlar la narrativa. Puedes decirles lo que realmente pasó.

—No me creerían.

—Podrían.

Me burlé. —"Podrían" es una palabra peligrosa.

Dante negó con la cabeza. —Mira, si lo descubren por su cuenta, van a creer lo que quieran. Si se lo dices tú, al menos tienes la oportunidad de explicarlo. Al menos puedes mostrarles la verdad.

Me froté la mandíbula, con el corazón acelerado. —Quiero hacerlo. De verdad.

Dante arqueó una ceja. —Entonces, ¿qué te lo impide?

Apreté los puños. —Que María me odie.

—María ya no confía en ti, y tampoco confía en Shade —dijo Dante sin rodeos—. Luca, desde luego, tampoco. Aprovecha el hecho de que, para ellos, sigues siendo Lorenzo ahora. ¿Qué tienes que perder?

Tragué saliva con dificultad. —Todo.

Dante se reclinó, cruzando los brazos. —Entonces más te vale tomar una decisión. Porque esto es cuestión de antes o después, Lorenzo. Y después va a ser muchísimo peor.

Me miró una última vez antes de salir de la oficina, pero no sin antes decir: —Díselo antes de que lo descubra por su cuenta. La verdad nunca permanece enterrada, Lorenzo.

El aire de la mañana era fresco, como en invierno, pero apenas lo sentí. Mi mente era un lío de pensamientos, todos girando en torno a lo mismo: María. Ayer, después de dejarla en su casa, la noche fue una tortura. Me quedé mirando al techo, repasando cada toque y cada palabra, ella diciéndome que fue un error, y luego, lo de Luca. Era demasiado. Demasiadas cosas estaban sucediendo a la vez.

Ahora, al detenerme frente a su casa, obligué a mis pensamientos a meterse en una caja y los aparté. Tenía problemas más grandes. Luca se estaba acercando demasiado a la verdad, y si descubría quién era Shade antes de que yo pudiera controlar la narrativa, todo estallaría.

María se deslizó en el asiento del copiloto, abrochándose el cinturón sin mirarme. Noté cómo sus dedos se detenían en su clavícula, trazando algo distraídamente. Entonces vi el collar.

La cadena de platino con el delicado colgante que mi madre le había regalado cuando se suponía que nos íbamos a casar la primera vez. Nunca esperé que lo conservara. Verlo ahora provocó una extraña mezcla de emociones que me invadieron. Empecé a conducir, todavía atrapado en mis pensamientos por un rato, y María estaba en su teléfono, desplazándose. Quería decir algo, pero antes de que pudiera, María se volvió hacia mí, con el ceño fruncido.

—Pareces distraído —dijo, con una voz suave pero perceptiva—. ¿Algo en mente?

Forcé una sonrisa burlona. —Estrés del trabajo.

Sus ojos se entrecerraron ligeramente, como si estuviera debatiendo si creerme. Luego, suspiró y volvió su mirada a la carretera. —Bueno, solo no choques el coche mientras estás perdido en tus pensamientos profundos y misteriosos.

Me reí. —No prometo nada.

Mis ojos volvieron al collar. —Así que —dije, manteniendo un tono ligero—, lo conservaste.

María siguió mi mirada y tocó el colgante. —Sí.

—¿Fue porque sabías que te ibas a casar conmigo de nuevo? —bromeé, observando su reacción de cerca.

Ella puso los ojos en blanco, pero había una leve sonrisa en sus labios. —Absolutamente no.

—Ajá.

Ella soltó una pequeña risa antes de negar con la cabeza. —Lo conservé porque sabía lo que significaba para tu madre. Ella me lo dio, y no quería deshacerme de eso.

Algo en la forma en que lo dijo me hizo apretar el pecho. Antes de que pudiera responder, llegamos a casa de mi madre.

Mi madre adoraba a María. Eso era obvio en el momento en que abrió la puerta y la abrazó como si hubiera estado esperando una década para hacerlo. No hubo vacilación, solo brazos abiertos y el corazón por delante. La abrazó como si temiera que volviera a desaparecer, sosteniéndola un poco más de lo necesario.

—Mamá —murmuré, quedándome allí como un tercero en discordia en mi propia reunión familiar.

Finalmente la soltó y le tomó la cara, con los ojos brillando con esa suave sabiduría que viene de años de sobrevivir, amar, perder y aún así elegir sonreír de todos modos.

—Te ves hermosa, querida —le dijo a María, con una voz tan cálida como el té de canela fresco que siempre preparaba cuando esperaba a alguien importante—. Lorenzo siempre fue un tonto por dejarte ir.

María se rió. —Él me dice lo mismo, pero de alguna manera logra que parezca que es culpa mía.

Me quejé. —¿Podemos no ponernos en mi contra tan temprano? La traje de vuelta, ¿no? Eso debería contar para algo. Además, ella huyó.

—Porque eras insoportable —replicó María, esbozando una sonrisa mientras se quitaba el abrigo.

—No se equivoca —dijo mi madre, ya dirigiéndose hacia la cocina —. Venid, sentaos los dos. He preparado té. Lorenzo, sé útil.

Ah, sí, nada humilla más a un hombre que volver a su casa de la infancia y que lo manden como si aún tuviera trece años y no se pudiera confiar en él con una tetera.

La seguí hasta la pequeña cocina. No había cambiado mucho allí: el papel pintado seguía teniendo ese estampado azul descolorido, y la ventana sobre el fregadero seguía dejando entrar justo la luz suficiente para que todo pareciera dorado. Cogí la bandeja del té mientras mi madre sacaba su vajilla buena, esas tazas que solo usaba con la gente que le caía bien. Eso era importante. Incluso sacó las galletas de almendra. No las había visto desde antes de que mi padre muriera.

Nos sentamos en el salón, los tres. María se acomodó junto a mi madre en el sofá mientras yo servía el té e intentaba no sentir que el mundo se movía suavemente bajo mis pies.

—Esto es encantador —murmuró María, sosteniendo la taza entre sus manos—. Había olvidado lo bueno que es tu té.

—Ella nunca olvida —dije, tomando mi lugar en el sillón frente a ellas—. Solo finge ser humilde.

Mi madre me hizo un gesto como si fuera una mosca. —No le hagas caso. Siempre ha sido muy bocazas. Pero hace un buen té. Eso le reconozco.

Se volvió hacia María de nuevo, suavizando la voz. —¿Te ha contado alguna vez cuánto renunció por mí?

Me tensé. —Mamá...

—Puso su vida en pausa —continuó, sin siquiera mirarme—. Me cuidó cuando debería haber estado viviendo su propia vida, corriendo por ahí con ese hermano suyo tan alocado. Enamorándose. Cometiendo errores.

María me miró, y había algo en sus ojos: tristeza, tal vez, pero también algo intenso y no dicho. Comprensión, quizá. Una revelación de todas las cosas que nunca le había contado.

—No fue...

—Fue algo —interrumpió mi madre con suavidad pero firmeza—. Y siempre pensé que por eso nunca se asentó. Quizá estaba demasiado ocupado preocupándose por su vieja madre.

Aparté la mirada, frotándome la nuca. Había cosas que nunca había dicho en voz alta, y mi madre las estaba sacando a la luz como si fuera ropa tendida en un día soleado.

Cogió la mano de María y la apretó. —Pero ahora, por fin, vuelvo a ver la luz en sus ojos.

—La luz nunca se fue —murmuré para mis adentros, lo suficientemente alto.

Ella levantó una ceja. —Oh, sí que se fue. Como si alguien la hubiera apagado. Anduvo como un fantasma durante mucho tiempo.

La risa de María rompió la tensión como la luz del sol atravesando las nubes de tormenta.

—Mamá —me quejé—. ¿No podrías no arruinar el poco estilo que me queda delante de mi prometida?

—Cariño, eso se fue el día que lloraste por el pan de ajo quemado.

María soltó una carcajada en su té, y yo me hundí en el sillón, derrotado pero cálido. Había olvidado lo bien que se sentía simplemente sentarme con ellas así. Sin peligro. Sin secretos. Solo paz y galletas de almendra.

Después del té, nos quedamos un rato más, escuchando a mi madre contar historias de cuando yo era niño, esas que hacían reír a María tanto que se le llenaban los ojos de lágrimas y me hacían arrepentirme de haber sido un adolescente con malas decisiones.

Cuando finalmente nos levantamos para irnos, María se quedó un momento en la puerta. Abrazó a mi madre de nuevo, esta vez más fuerte.

—Me alegro de haber vuelto —susurró, y vi a mi madre asentir contra su hombro.

Afuera, caminamos en silencio un rato, de la mano. No había dicho nada en el coche. Solo miraba por la ventana como si estuviera viendo sus recuerdos pasar. En un semáforo en rojo, la miré. —¿Estás bien?

Asintió, luego tocó el collar que llevaba al cuello, acariciando el colgante distraídamente.

—Ella te quiere mucho —dijo suavemente.

—Es mi madre —me encogí de hombros—. Tiene que hacerlo.

—No —me miró, con los ojos serios ahora—. Te respeta. Eso es diferente. Sabe el hombre que eres.

No supe qué decir a eso, así que simplemente le apreté la mano.

Cuando llegamos a su casa unos minutos después, se desabrochó el cinturón de seguridad y alcanzó la puerta, pero le agarré la muñeca antes de que pudiera salir. Su piel estaba caliente bajo mis dedos, y sentí que su pulso se aceleraba ligeramente.

Se volvió hacia mí, con las cejas fruncidas. —¿Lorenzo?

—Necesito hablar contigo.

Vaciló y luego soltó el tirador de la puerta. —Vale.

Exhalé, pasándome una mano por el pelo. —Esto no es solo un acto para mí.

María parpadeó. —¿Qué?

—Pensé que podía hacer esto sin sentir nada, pero me equivoqué —la miré, realmente la miré—. Me gustas, María. Más de lo que debería. Más de lo que tiene sentido.

No respondió de inmediato, y ese silencio hizo que mi corazón se acelerara. Me preparé para el impacto. Sus labios se separaron ligeramente, pero no salieron palabras.

Tragué saliva con dificultad. —Si esto sigue siendo solo un trabajo para ti y si no sientes lo mismo, lo entiendo. Solo dímelo, y yo…

—A mí también me gustas.

Las palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago. La miré fijamente, sin estar seguro de haber oído bien.

Su mirada se suavizó, formándose una pequeña sonrisa. —Tenía miedo de admitirlo. Pero sí. Me gustas.

No pensé. Simplemente actué. Un segundo, nos estábamos mirando. Al siguiente, mi mano le acariciaba la cara, inclinándola hacia mí, y mis labios estaban sobre los suyos.

El beso fue lento al principio y vacilante, como si ambos estuviéramos probando el terreno. Pero entonces María exhaló contra mí, fundiéndose en él, y todo lo demás dejó de existir. Profundicé el beso, mis dedos se enredaron en su pelo mientras sus manos agarraban mi chaqueta, acercándome más.

Sabía a canela y a algo dulce que no pude identificar, y eso me volvía loco. Incliné la cabeza, besándola más profundamente, sintiendo que respondía con la misma hambre que había estado creciendo entre nosotros durante semanas.

Cuando nos separamos, ambos estábamos sin aliento.

La frente de María descansaba sobre la mía, sus dedos aún agarrando mi chaqueta como si tuviera miedo de soltarme.

Tragué saliva. —Deberías irte antes de que haga algo imprudente.

Una pequeña risa entrecortada escapó de ella. —¿Como qué?

—Como decirte que te quedes.

Me miró entonces, sus ojos buscando los míos. —¿Sería tan malo?

Diablos, no lo sería. Pero sabía que si se quedaba, nunca sería capaz de dejarla ir. Y con Luca investigando, con la verdad sobre Shade tan cerca de salir a la luz, no podía arriesgarme a arrastrarla conmigo. Todavía no.

Dejé escapar un aliento tembloroso y le di un suave beso en la frente. —Vete.

Asintió, pero vi la vacilación en sus ojos antes de salir del coche.

La observé alejarse, y supe una cosa con certeza. Estaba completamente, absolutamente perdido.

CAPÍTULO 22



CAPÍTULO VEINTIDÓS

MARÍA

Entré en la mansión de los Russo sintiendo aún el calor del tacto de Lorenzo en mi mano desde antes. Por primera vez en mucho tiempo, todo parecía estar en su lugar. Como si no tuviera que estar constantemente preparándome para que algo saliera mal. Era una sensación extraña, agradable, pero extraña. Había pasado tanto tiempo huyendo de mi pasado y de mis sentimientos que nunca me detuve a pensar que quizás la felicidad podía ser tan sencilla.

Lorenzo había cambiado. O quizás ahora lo estaba viendo tal como era realmente. No el chico que solía burlarse de mí cuando llevaba coletas, no el hombre que había desaparecido cuando más lo necesitaba, sino alguien que había sacrificado tanto, su libertad y su vida, por las personas que amaba. Conversar con su madre y ver cómo la adoraba me hizo verlo desde un ángulo que él intentaba ocultar con tanto empeño. Y ahora me había elegido a mí, igual que yo lo había elegido a él. Solo ese pensamiento me llenó de una emoción eufórica.

Y mi hijo lo adoraba. Eso siempre había sido mi mayor freno, lo que me impedía siquiera considerar a otro hombre. Necesitaba a alguien a quien mi hijo quisiera y que quisiera a mi hijo. Y Lorenzo

se había integrado en nuestras vidas sin esfuerzo, como si siempre hubiera pertenecido allí. Quizás era así.

Por supuesto, Luca se quejaría de que estuviera con su mejor amigo. Pero aprendería a vivir con ello. Quizás esto finalmente lo obligaría a dejar de sobreprotegerme como un guardaespaldas y a encontrar una novia para él.

—María, siéntate —la voz del tío Enrico me sacó de mis pensamientos en el momento en que entré en la sala. Luca ya estaba sentado, con los brazos cruzados y una expresión impenetrable. Eso nunca era buena señal.

—¿Qué pasa? —dejé mi bolso en la silla, sintiendo una ligera inquietud recorriendo mi espalda.

La expresión de Enrico era grave, pero había algo más, algo inquietante. ¿Emoción? ¿Expectación? —Tengo algo que enseñaros a los dos.

Luca suspiró, frotándose las sienes. —Si esto es otro de tus dramas…

Enrico levantó una mano, silenciándolo. —He estado investigando quién mató a vuestro padre, como ya sabéis. Sé que a Luca se le dio la condición de hacer lo mismo, pero sentí que era mi obligación.

¿Obligación? ¿Desde cuándo le importaba a Enrico la moralidad? Ese hombre prosperaba en aguas turbias. ¿Y ahora quería actuar como si tuviera una brújula moral? Casi me río, pero decidí darle el beneficio de la duda por ahora.

—¿Y? —mi voz sonó más impaciente de lo que pretendía.

Los labios de Enrico se curvaron en una sonrisa burlona. —He descubierto quién es Shade.

Shade.

Solo ese nombre me heló la sangre. Había estado flotando sobre mi vida durante años como una nube oscura. El fantasma de un hombre que había atormentado a mi familia y la había destruido. Mi corazón latía con fuerza contra mis costillas.

Shade. También era el mismo hombre con el que había dormido y era el padre de mi hijo… creo. Teniendo en cuenta que había muchos detalles borrosos sobre aquella noche, no estaba segura.

Apenas podía respirar con las veces que su nombre había sido mencionado en un solo minuto. ¿Y ahora Enrico decía que tenía una cara para ponerle a ese nombre? Me aferré al borde del sofá, sintiendo como si el aire hubiera sido succionado de la habitación.

Luca se enderezó. —¿Lo dices en serio?

Enrico metió la mano en una pequeña bolsa y sacó una cinta. La sostuvo en alto, agitándola ligeramente. —Vedlo vosotros mismos.

Mi estómago se retorció en nudos cuando lo introdujo en el reproductor. La pantalla parpadeó y el vídeo granulado comenzó a reproducirse. Se veía una habitación iluminada y un hombre de pie en el centro. Llevaba una máscara negra, la misma máscara que había visto aquella noche. Shade.

Apreté los dientes, observando la pantalla, esperando el momento que lo cambiaría todo.

Y entonces sucedió.

Lentamente, casi metódicamente, el hombre alzó la mano y se quitó la máscara.

Un rostro quedó al descubierto. El aire escapó de mis pulmones con tal violencia que pensé que me desmayaría. La habitación a mi alrededor se desvaneció. Las voces se difuminaron. Lo único que podía ver era la pantalla. Era él. Lorenzo.

Esto no puede ser verdad. Me quedé mirando, congelada en un instante que pareció una eternidad. Lorenzo era Shade.

El hombre al que acababa de besar, el hombre que acababa de decirme que me quería, era el mismo hombre responsable de la muerte de mi padre.

Un sonido ahogado escapó de mí. No estaba segura de si era un jadeo o un sollozo. Mis dedos se clavaron en mis muslos. No. No, esto no podía ser cierto. Tenía que haber una explicación. Tenía que ser un error. Pero la imagen en la pantalla me decía lo contrario.

Luca se puso de pie de un salto, su silla chirrió contra el suelo. —No. De ninguna manera. Esto tiene que ser falso.

Enrico se reclinó, observándonos como un depredador que disfruta del pánico de su presa. —No lo es. Esa es la verdad. Tu mejor amigo te ha estado mintiendo, Luca. Y María... bueno, creo que ambos sabemos lo que esto significa para ti.

Quería gritar. Llorar. Correr.

Los recuerdos regresaron en fragmentos, chocando como una tormenta en mi cabeza: las noches que había pasado preguntándome sobre Shade, el dolor, la traición, la pérdida, el cuerpo sin vida de mi padre y la ira que me había consumido por completo.

Y ahora, Lorenzo.

El hombre al que había dejado entrar en mi vida y en quien había confiado a mi hijo. El hombre que había tomado mi mano hace apenas unos minutos y me había hecho sentir segura.

Me sentí enferma.

Luca se volvió hacia mí, su rostro lleno de shock y confusión. —María...

Me levanté demasiado rápido, la habitación se inclinó por un momento. —Necesito aire.

—María, espera—

Pero ya me estaba moviendo hacia la puerta y por el pasillo. Mis manos temblaban. Mi corazón se estaba rompiendo.

Lorenzo era Shade. El hombre al que amaba. Era el hombre que había matado a mi padre y que podría ser el padre de mi hijo.

Intentaba recuperar el aliento cuando vi a Luca pasar corriendo a mi lado. Conocía esa mirada, la oscuridad en sus ojos.

Mierda.

—Luca, espera—, le grité, pero no me escuchó ni siquiera se dio la vuelta. Subió a su coche y pasó a mi lado. Sabía que si no iba tras él, alguien moriría esa noche.

Pero, considerando que Lorenzo era más fuerte, sabía quién sería. Rápidamente subí a mi coche y lo perseguí.

Mis manos temblaban sobre el volante. Apenas podía ver la carretera a través de la niebla de mi propio shock. Mi pie golpeó el acelerador, los neumáticos chirriaron mientras aceleraba tras el coche de Luca.

Esto no podía estar pasando. Lorenzo.

Lorenzo era Shade, el hombre con el que estaba a punto de casarme y con quien podría haber tenido una noche de pasión años atrás. Era el hombre que podría ser el padre de mi hijo y

posiblemente el hombre que había matado a mi padre. Había actuado como si me quisiera y se preocupara por mí y por mi hijo. ¿Era todo parte de su actuación para esconderse a plena vista y que nunca lo sospecháramos? Pero yo conocía a Lorenzo desde que era una niña. Me había mostrado cariño. ¿O solo lo estaba imaginando?

Sentía que me ahogaba en mis propios pensamientos, incapaz de aferrarme a uno solo antes de que otro me golpeara como una ola gigante. Mi corazón latía tan fuerte en mi pecho que casi no escuché el claxon detrás de mí mientras giraba para seguir a Luca.

Sabía adónde iba.

A casa de Lorenzo.

Vi el coche de Luca frenar en seco frente a la entrada, y apenas tuve tiempo de aparcar antes de que él ya estuviera saliendo a toda prisa. Abrí la puerta de un tirón, tropecé al salir, con los pulmones ardiendo mientras gritaba su nombre.

—¡Luca! ¡Espera! ¡Detente un segundo!

No me escuchaba. Claro que no me escuchaba. Tenía los puños apretados a los lados y los hombros tensos por la rabia. Luca no estaba pensando. Estaba reaccionando.

Corrí tras él, casi tropezando con mis propios pies mientras él empujaba la puerta principal sin llamar.

Lorenzo estaba de pie en medio de la habitación, con un vaso de whisky en la mano, su rostro tenso como si ya supiera lo que iba a pasar.

Luca no dudó.

El vaso se hizo añicos en el suelo cuando el puño de Luca golpeó la mandíbula de Lorenzo con un crujido desagradable. Lorenzo apenas se movió, su cabeza se giró hacia un lado, pero no devolvió el golpe. Solo se tambaleó, limpiándose la boca con el dorso de la mano mientras una gota de sangre manchaba sus nudillos.

—Tú... —La voz de Luca temblaba—. Eres un hijo de puta.

Otro puñetazo. Esta vez, la espalda de Lorenzo golpeó la pared.

—Te lo juro por todo, Luca, no maté a tu padre. —La voz de Lorenzo era firme, pero había algo en sus ojos. Esperaba que devolviera el golpe, pero no lo hizo. Se contuvo.

Corrí entre ellos, empujando el pecho de Luca, pero él era como una roca.

—¡Luca, para! ¡Detente! ¡Escúchame!

Luca me apartó suavemente, con las manos temblorosas. Sus ojos estaban desorbitados, llenos de traición, furia y un dolor tan profundo que me retorcía el estómago.

—Eras mi mejor amigo —la voz de Luca se quebró—. Eres mi maldito mejor amigo, y me mentiste todos los días.

Lorenzo dio un paso hacia adelante, con las manos levantadas.

—Nunca te mentí.

La risa de Luca fue amarga.

—¿Ah, sí? ¿Entonces simplemente olvidaste decirme que eras Shade?

Lorenzo exhaló, pasándose una mano por el pelo.

—Quería decírtelo. Quería decírtelo muchas veces.

—No tienes derecho a quedarte aquí y actuar como si no tuvieras otra opción. Nos dejaste creer que un fantasma era responsable de todo, y todo el tiempo, eras tú. Eres ese maldito fantasma. Eres Shade. —La respiración de Luca era entrecortada—. Dejaste que María...

Los ojos de Lorenzo se dirigieron hacia los míos, y mi corazón se detuvo.

Quería gritarle. Quería exigir respuestas. Quería odiarlo.

Pero no podía.

El hombre frente a mí no era un monstruo. Era el mismo hombre que me abrazaba cuando no podía dormir y el mismo que me cuidaba cuando estaba enferma. Era el mismo hombre que me besaba como si yo fuera lo único que importaba.

Pero la verdad seguía siendo la verdad. Y no podía ignorarla. Me mintió.

Los puños de Luca se apretaron.

—Te lo juro por Dios, Bianchi, encontraré las pruebas. Me aseguraré de que pudras en la cárcel y mueras allí. Te mereces el mismo destino.

Lorenzo se estremeció como si esas palabras hubieran golpeado más fuerte que cualquier puñetazo. Luca giró sobre sus talones y

salió furioso, cerrando la puerta con tanta fuerza que toda la casa pareció temblar.

Y entonces solo quedamos Lorenzo y yo. Silencio. El tipo de silencio que asfixia.

Se volvió hacia mí, con los ojos suplicantes. —María.

Di un paso atrás. Mi garganta ardía. —No.

Su pecho subía y bajaba, y sus manos se agitaban como si quisieran alcanzarme. —Por favor. No hagas esto.

Me quedé allí, mirando al hombre que creía conocer. Al hombre cuyo tacto alguna vez me había hecho sentir segura, cuya risa podía encontrar en medio de una multitud, cuya voz solía calmar las tormentas dentro de mí. Y, sin embargo, en ese momento, era como si no lo reconociera en absoluto.

¿Cómo era posible que alguien pudiera sentirse como un hogar un día y como un extraño al siguiente?

Había confiado en él. Sin precaución. Sin miedo. Bajé mis defensas. Me permití creer en algo suave y algo estable.

Pero ahora, de pie frente a él, sentía que había estado tomada de la mano de una ilusión.

Y quizás esa era la parte que más dolía: darme cuenta de que no lo había perdido hoy. Tal vez nunca lo había tenido del todo desde el principio.

Hubo un tiempo en el que podía leer cada destello en sus ojos y en el que su silencio hablaba más fuerte que las palabras. ¿Pero ahora? Su rostro tenía piezas que no entendía y sombras que no había visto antes. Secretos, tal vez. O quizás solo distancia. Fuera lo que fuese, me helaba.

Tragué con dificultad. Mi corazón se rompía en mil pedazos, y no sabía si podría volver a recomponerlo.

—No puedo casarme contigo.

Lorenzo aspiró bruscamente, como si le hubiera arrancado el aire de los pulmones.

—María —su voz era ronca—. Por favor. No hagas esto. No te vayas.

Las lágrimas brotaron en mis ojos, y me mordí el labio con tanta fuerza que noté el sabor de la sangre.

—Confíe en ti —mi voz se quebró—. Confié en ti con todo. Y ahora ni siquiera sé quién eres.

Lorenzo dio un paso hacia mí, pero yo retrocedí otro.

—Sigo siendo yo —su voz era apenas un susurro—. Sigo siendo el hombre con el que creciste. El hombre que conoces —su voz se quebró—. Sigo siendo el hombre que haría cualquier cosa por protegerte.

Solté una risa ahogada. —¿Protegerme? ¿Es eso lo que estabas haciendo? ¿Protegerme manteniéndome en la oscuridad? ¿Dejándome caer y vivir en una mentira?

Su mandíbula se tensó. —Quería decírtelo. Iba a decírtelo.

—Pero no lo hiciste.

Sus manos cayeron a los costados, y la derrota se apoderó de su rostro.

Me sequé las lágrimas con rabia, sacudiendo la cabeza. —No puedo... Simplemente... No puedo hacer esto.

La voz de Lorenzo se quebró. —María, por favor. Lo siento. Solo escúchame. Tenía...

Me di la vuelta, todo mi cuerpo temblaba. Si me quedaba, si le permitía abrazarme, sabía que me rompería. Y no podía permitirme romperme. No ahora. No con todo desmoronándose a mi alrededor. Así que me fui, y Lorenzo no me detuvo.

CAPÍTULO 23



CAPÍTULO VEINTITRÉS

LORENZO

Se había ido.

Me quedé paralizado en medio de la habitación, el peso de su ausencia aplastándome el pecho como una roca. Mi corazón aún latía con fuerza tras la pelea con Luca, pero el golpe real, el que me destrozó por completo, había sido el de María.

—No puedo casarme contigo.

Las palabras resonaban en mi cráneo, rebotando en las paredes de mi mente como una broma cruel. Mis dedos se cerraron en puños, todo mi cuerpo temblaba.

Esto era culpa mía. Me lo había buscado. Solté un aliento entrecortado, pasándome una mano por el pelo antes de golpear el escritorio con el puño. El dolor apenas lo noté. Lo acepté. Me lo merecía.

Dante me advirtió. Todavía podía oír su voz.

—Díselo antes de que lo descubra por su cuenta. La verdad nunca permanece enterrada, Lorenzo.

Pero no le hice caso.

¿Habría cambiado algo?

Apreté los dientes, la furia hirviendo dentro de mí hasta que no tuvo adónde ir. Mi brazo se lanzó, tirando al suelo el montón de

papeles de mi escritorio. Se esparcieron como hojas caídas, girando en el aire antes de aterrizar en un caótico desorden en el suelo.

La silla fue la siguiente, estrellándose contra la estantería. El sonido de la madera astillándose llenó la habitación, pero no fue suficiente. No fue lo suficientemente fuerte como para ahogar el dolor en mi pecho.

Mi respiración era entrecortada, y mi visión se nubló. María se había ido, y por primera vez en años, me sentí verdaderamente, completamente solo. Un suave golpe en la puerta apenas registró en mi niebla de ira.

—Lorenzo.

La voz era suave y familiar.

Mi madre. Había vuelto a buscar a mi madre después de que María se fuera y la había traído a mi casa. Algo antes me había recordado que quería tenerla cerca, para vigilarla de cerca y estar más cerca de ella. Pero ahora mismo, no podía permitir que me viera así.

Me giré hacia el desastre que había hecho, presionando las palmas de mis manos contra mis ojos. Pero era demasiado tarde. Entró, sus ojos recorriendo la destrucción. No se inmutó. Había visto cosas peores.

Me había visto peor. Caminó hacia mí lentamente, como si se acercara a un animal herido.

—Nunca has sido bueno manejando el dolor —murmuró, agachándose para recoger uno de los papeles que había tirado—. Lo guardas dentro hasta que te consume por completo. Igual que tu padre.

Aspiré bruscamente al mencionarlo.

Ella suspiró, colocando el papel en el escritorio antes de mirarme. —Sabía que algo andaba mal. En el momento en que vi la cara de María. Sabía que no le habías dicho la verdad.

Tragué con dificultad, mi garganta ardía. —Se ha ido.

—Lo sé.

Mi madre extendió la mano, rozando mi mejilla. Era un gesto tan simple, pero me desarmó. Apreté la mandíbula y tuve que contener las ganas de derrumbarme por completo.

—Ella te quiere —susurró mi madre—. Lo he visto en sus ojos. La forma en que te mira. La forma en que se suaviza cuando habla de ti.

Una risa amarga escapó de mí. —Ya no.

—Está herida —suspiró mi madre—. Pero el amor no desaparece en un día, Lorenzo. No se esfuma simplemente porque se haya revelado la verdad.

Me di la vuelta, con las manos agarrando el borde del escritorio. —No me la merezco.

—Eso no es algo que tú decidas.

No sabía qué decir. No sabía cómo explicar el peso que oprimía mi pecho ni el arrepentimiento que me ahogaba. Había pasado años siendo Shade y viviendo en las sombras, tomando decisiones que me decía a mí mismo que eran necesarias. Y ahora, estaba pagando por ellas.

Mi madre se acercó, apoyando su mano sobre la mía.

—Te he visto cambiar —murmuró—. Poco a poco, pieza por pieza, te has convertido en el hombre que siempre he rezado que fueras. Y no voy a permitir que lo tires por la borda.

Se me cerró la garganta. —No sé cómo arreglar esto.

—Luchas —su voz era firme, inquebrantable—. Luchas por lo que amas. Luchas por la mujer que ha devuelto la luz a tu vida.

Cerré los ojos, exhalando temblorosamente. —¿Y si nunca me perdona?

Apretó mi mano. —Entonces, tendrás que vivir con eso. Pero no te rindas antes de siquiera intentarlo.

La miré entonces, realmente la miré. Parecía cansada, más cansada de lo que la había visto nunca.

Algo cambió en mi pecho. —Pareces cansada. Quizá deberías ir a descansar.

Sonrió suavemente. —Nunca he podido ocultarte nada.

El aire de la habitación cambió. Me enderecé, con un nudo de temor en el estómago. —Solo necesitas descansar. Te traeré tu medicación.

Vaciló. Y eso fue suficiente para que el corazón se me subiera a la garganta.

—Mi tiempo se acaba, Lorenzo. Pronto me iré.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago.

Negué con la cabeza, retrocediendo. —No… no digas eso.

Sonrió, pero había tristeza en su mirada. —Lo he sabido desde hace tiempo.

Sentí que el suelo se había abierto bajo mis pies. Ya había perdido tanto. No podía perderla a ella también. Sabía que había estado luchando durante años, pero siempre había pensado que venceríamos esto.

Me acarició la cara, con los ojos brillantes. —Por eso necesito que estés preparado. Necesito que seas fuerte.

Las lágrimas me quemaban los ojos, pero me negué a dejarlas caer. —No puedo vivir sin ti. Te necesito. ¿Qué ha dicho el médico?

No respondió.

Y eso fue una respuesta en sí misma.

Inspiré profundamente, dándome la vuelta porque no podía mirarla. —Esto no es justo.

—No, no lo es —exhaló suavemente—. Pero tampoco lo es el amor. Ni la vida. Y, sin embargo, seguimos adelante.

Apreté los puños. —No sé cómo hacer esto sin ti.

—Lo harás —su voz era firme—. Porque eres mi hijo. Y eres más fuerte de lo que crees.

Tragué saliva, con el cuerpo temblando.

—Debes prometerme algo —continuó.

No hablé. No estaba seguro de poder hacerlo.

—Prométeme que lucharás por ella.

Se me cortó la respiración.

—Prométeme que no dejarás que el miedo te impida vivir la vida que te mereces.

La miré, con el pecho apretado.

Estaba muriéndose. Se me escapaba entre los dedos, igual que lo había hecho María.

Había pasado toda mi vida tomando decisiones que pensaba que me protegerían. Y ahora, todo lo que me quedaba eran los escombros de esas decisiones.

No quería perder a María tampoco. No sin intentarlo. No sin luchar.

Así que asentí, y mi madre sonrió.

Habían pasado tres días. Tres días de silencio. Tres días de golpearme contra la pared. Tres días de saber que la había perdido.

Intenté llamar a Luca, pero no hubo respuesta. Lo intenté una y otra vez hasta que bloqueó mi número. Así que usé otro número, y también lo bloqueó. Le envié mensajes. Nada. Incluso pensé en escribir una maldita carta, algo que no hacía desde que era un niño. Pero sabía que no haría ninguna diferencia.

¿María? Ella estaba peor. No solo bloqueó mi número; desapareció. Me había convertido en un fantasma.

Habría ido a su casa si no estuviera seguro de que Luca me metería una bala en el cráneo sin dudarlo. Lo había dejado claro justo antes de bloquearme que si me acercaba a María o a Matteo, no viviría lo suficiente como para pedir perdón.

Pero me estaba quedando sin opciones. Y la desesperación vuelve a los hombres imprudentes.

Así que esperé. Conocía su horario y sabía a dónde iba. Y sabía que siempre llevaba a Matteo al colegio por las mañanas.

Y así fue como terminé aparcado a unos coches de distancia, observándola.

Ella no me vio. Estaba demasiado concentrada en Matteo mientras lo ayudaba a salir del coche. Se arrodilló, le arregló el cuello de la chaqueta, le alisó el pelo y le dio un beso en la frente. Él se rió, un sonido alegre, y me dolió el pecho al ver cuánto se parecía a ella. Cuánto me recordaba a mí mismo y cuánto quería seguir formando parte de su vida y de la de ella.

Era una buena madre.

Amaba con todo su ser. Lo había visto en la forma en que lo abrazaba, en la forma en que le hablaba y en la forma en que lo

protegía con todo lo que tenía. Y la amaba por eso. La amaba por todo.

Siempre la había amado, incluso cuando me convencía de que no podía hacerlo y cuando me hundía en un mundo que no tenía espacio para el amor. No podía dejarla ir sin luchar. En cuanto volvió al coche, me moví.

Apenas tuvo tiempo de cerrar la puerta antes de que golpeara su ventana. Sus ojos se abrieron de sorpresa, luego se estrecharon de ira. Dudó antes de bajar la ventana solo un centímetro.

—María—

—No tengo nada que decirte—

—Lo sé. Pero yo tengo algo que decirte—

Soltó un suspiro brusco, agarrando el volante como si quisiera estrangularlo a él en lugar de a mí.

—Llego tarde a una cita—

—Seré rápido—

Me dirigió una mirada que gritaba incredulidad.

—Está bien— cedí. —No lo haré. Pero, María, por favor, escucha. Déjame explicarme—

Sus dedos golpeteaban contra el volante. Estaba pensando en ello. Los segundos transcurrían, y parecía una eternidad, como si estuviera en un juicio esperando el veredicto de si me condenarían a muerte o me exculparían.

Entonces, suspiró. —Pasaré esta noche.

El alivio me invadió tan rápidamente que las rodillas casi me fallaron. Asentí, retrocediendo mientras ella subía la ventanilla y se marchaba.

Ahora, todo lo que tenía que hacer era esperar. Y esperar era como el infierno.

Esa noche, caminé de un lado a otro, de un lado a otro. Cada minuto parecía una hora. Cada sonido del exterior hacía que mi corazón se me subiera a la garganta.

¿Y si no venía? ¿Y si lo había dicho solo para deshacerse de mí? ¿Y si Luca la había convencido de no venir?

No, María no era así. Ella cumplía su palabra. Si decía que vendría, vendría. ¿Verdad?

Dios, me estaba volviendo loco.

Me pasé una mano por el pelo, exhalando bruscamente.

No era un hombre nervioso. Había enfrentado cosas peores que esto. Pero esto no era negocios. Esto no era guerra. Esto era María. Y María era la única persona que podía hacerme sentir como si estuviera flotando y hundiéndome al mismo tiempo.

Pasó otro minuto. Otro. Y otro más. Entonces, finalmente, sonó el timbre. Me quedé paralizado. Por un momento, no podía moverme. No podía respirar.

Luego, lo hice. Corrí hacia la puerta, la abrí de golpe, y allí estaba ella. De pie en mi umbral. María.

CAPÍTULO 24



CAPÍTULO VEINTICUATRO

MARÍA

Había pasado días evitando a Lorenzo, ignorando sus llamadas, bloqueando su número y esquivando sus intentos de contactarme como si fuera una plaga que no podía permitirme contraer. Pero en el fondo, sabía que no se rendiría. No Lorenzo. No el hombre que, sin que me diera cuenta, había encontrado la manera de colarse en mi corazón.

No se trataba solo de que él fuera Shade. No se trataba solo de que el hombre del que me había enamorado y con quien había tenido un hijo fuera la misma persona que, sin saberlo, había causado la muerte de mi padre. Aún persistía la duda que todo esto conllevaba y la pregunta de cómo podía ser la misma persona.

Era el peso de todo, el desorden, la forma en que mi vida se había vuelto del revés.

Sin embargo, a pesar de mis mejores esfuerzos, a pesar de repetirme una y otra vez que no le debía nada, me encontré allí, frente a su casa.

Abrió la puerta antes de que pudiera llamar, como si hubiera estado esperando.

—María —su voz cargaba mil emociones, aunque intenté ignorar cada una de ellas.

—Solo estoy aquí para decirte que no vuelvas a aparecer en la escuela de Matteo —fui directa al grano—. No quiero que te acerques a él ni a mí.

Lorenzo se pasó una mano por el pelo, luciendo agotado. —Lo sé. Siento haber llegado tan lejos, pero no me escuchabas. No sabía qué más hacer.

—Eso no lo justifica —dije con voz cortante. Pero la verdad era que, a pesar de todo, aún sentía debilidad por él. Ese era el problema.

Suspiró y se hizo a un lado. —Al menos entra. Hablemos, aunque sea un minuto.

Vacilé. Si entraba, sabía que escucharía cosas para las que no estaba segura de estar preparada. Pero también sabía que si me iba ahora, pasaría el resto de mi vida preguntándome. Así que entré, con los brazos cruzados y el corazón preparado para el impacto.

—¿Quieres agua? —preguntó, y lo miré fijamente.

—¿Puedes ir directo al grano, por favor?

Lorenzo respiró hondo. —La noche en que tu padre fue tendido una trampa, recibí un aviso. Alguien intentaba robar mi mercancía. No había estado en contacto contigo ni con Luca desde hacía tiempo. No desde que regresé como... —vaciló, como si la palabra misma le supiera amarga— como Shade.

Quise preguntarle por qué se había convertido en Shade. Pero algo dentro de mí ya conocía la respuesta. Había visto las cicatrices que la vida le había dejado y la forma en que el mundo lo había obligado a convertirse en alguien que nunca quiso ser.

—Continúa.

Exhaló. —Esta es la parte difícil, María, porque sé cómo suena. Pero necesito que me creas. —Sus manos se cerraron en puños, como si sostuvieran algo demasiado frágil para romper—. Esa noche, no estaba cerca de donde estaba tu padre. Estaba en un club con alguien. Una desconocida.

Mi estómago se retorció. —Una desconocida.

—Estaba allí por negocios, pero me distraje, y ella apareció. Mis hombres y yo teníamos un trato fuera de la ciudad. Pasé la tarde con ella hasta que Dante llamó. Quería que dejara la ciudad, el trato...

Mi mente daba vueltas. —Así que me estás diciendo que tu coartada... lo que podría probar tu inocencia... es una mujer misteriosa de un club? —Me costaba encajar todas las piezas porque sabía lo que eso significaba. Pero mi cerebro estaba hecho un lío.

Lorenzo soltó una risa corta y sin humor. —Sí. Bastante ridículo, ¿no? No tengo pruebas. Ni siquiera un nombre. Solo mi palabra.

Me quedé en silencio porque mi mente ya estaba divagando lejos. —María, por favor —su voz era áspera—. No puedo perderte. No así. No sin que al menos me creas.

No respondí. No pude. Porque ya no tenía ni idea de cuál era la verdad. Y por primera vez en mi vida, no estaba segura de si mi corazón o mi mente me estaban llevando a un peligro mayor.

Sentí la mirada de Lorenzo sobre mí. Todo dentro de mí se derrumbó de golpe.

Durante días, mi mente había estado enredada en un lío de emociones, pero ahora, de pie frente a Lorenzo, todo encajó con una claridad aterradora. El hombre con el que había estado esa noche, el hombre que había perseguido mis sueños, el hombre que sin saberlo había cambiado mi vida, no era Shade.

Era Lorenzo.

La revelación me dejó sin aliento. Mis dedos se cerraron en puños a los lados mientras mi corazón latía con fuerza en mis oídos.

—Tú eras el hombre de esa noche —susurré, pero mi voz salió quebrada. Sabía que él era Shade desde hacía días, pero de alguna manera, me había convencido de que no era el Shade con el que había pasado la noche porque no había forma de que la misma persona pudiera estar en dos lugares diferentes al mismo tiempo. De alguna manera, me había convencido de que él había matado a mi padre, pero no era el hombre con el que había estado.

Lorenzo frunció el ceño. —¿María?

Se suponía que debía decirlo. Simplemente decirlo. Sacarlo como si me arrancara una tirita. Pero las palabras se enredaron en mi garganta como espinas. ¿Cómo se suponía que iba a explicar esto?

¿Cómo se suponía que iba a decirle que yo era su coartada? Que la mujer de esa noche, la chica misteriosa, era yo.

Tomé una respiración temblorosa, mirando al suelo. Mi cerebro me gritaba que me fuera, pero mi corazón era terco, mi cuerpo congelado en su lugar.

Lorenzo dio un paso más cerca, su voz más suave ahora. —María, ¿qué está pasando?

Solo díselo.

—Yo... —mi garganta se cerró. Tragué con fuerza y me obligué a mirarlo a los ojos—. Esa noche en el club, yo estaba allí.

Su mandíbula se tensó. —¿Qué quieres decir, allí? ¿Como que fuiste?

—No —dije rápidamente—. No así. No solo estaba allí. Yo era ella.

La confusión brilló en sus ojos. Vi a un hombre que luchaba por comprender y captar la bomba que estaba a punto de lanzarle. —¿Qué estás diciendo?

Me humedecí los labios, mi corazón golpeando contra mis costillas. —Yo era la chica. La chica misteriosa.

Lorenzo se quedó inmóvil.

No solo inmóvil, congelado.

No parpadeó. No respiró. Era como si mis palabras lo hubieran golpeado y lo hubieran enterrado bajo ellas.

—No —susurró finalmente, sacudiendo la cabeza—. No, eso no... —Soltó un aliento brusco como si intentara aclarar su mente—. No puedes ser tú.

Una risa sin humor brotó en mi garganta. —Créeme, desearía no serlo.

Sus manos se crisparon a los lados, todo su cuerpo temblando visiblemente. —María... tú...

—Esa noche, fui imprudente —interrumpí antes de perder el valor —. Hice algo que nunca había hecho antes. Me puse una máscara. Me dejé ser alguien más. Solo por una noche. —Tomé una respiración profunda, apartando el calor de mis ojos—. Y luego nosotros... y fue...

Los labios de Lorenzo se separaron, pero no salieron palabras.

Me reí, pero sonó hueco. —Fue la mejor noche de mi vida —admití, con la voz ronca—. Pero luego escuché a Dante decir tu

nombre. Shade. Y me di cuenta de que acababa de... —Mi respiración se cortó—. Acababa de entregarme al hombre que mi padre más odiaba.

Lorenzo se estremeció como si lo hubiera abofeteado.

Me odié por cómo se me quebró la voz, pero ya era demasiado tarde para retractarme.

—Me fui —continué, casi en un susurro—. Porque sabía que había metido la pata de mil maneras. Y sabía que si te volvía a mirar, si te dejaba explicarte, no habría sido capaz de evitar enamorarme de ti.

Entonces Lorenzo exhaló un aliento tembloroso y se pasó las manos por la cara. —Jesucristo, María.

Su voz era ronca, tensa. Dio un par de pasos, luego se detuvo justo frente a mí. —¿Eras tú?

Asentí.

Un áspero resoplido escapó de él, pero no era de diversión. Era incredulidad y frustración, y se sentía entumecido y doloroso al mismo tiempo.

Se pasó una mano por el pelo, con los dedos temblorosos. —Esa noche me persiguió durante años. Años, María. —Su voz se quebró, la emoción cruda filtrándose—. No podía entender por qué te fuiste. Pensé que había hecho algo... —Su respiración se cortó, y de repente, sus manos estaban sobre mí, agarrando mis brazos—. ¿Y ahora me dices que la mujer a la que he estado persiguiendo, la mujer que no puedo sacarme de la maldita cabeza, eras tú todo este tiempo?

Apenas tuve tiempo de asentir antes de que sus manos se deslizaran hacia mi rostro. Me acarició las mejillas, con los dedos firmes pero suaves. Sus ojos buscaron los míos, desesperados y salvajes, como si necesitara encontrar la verdad escrita allí.

—Incluso con una máscara —susurró, con la voz cargada—, siempre has sido tú.

Mi respiración se cortó.

—Conscientemente o no —continuó, con los ojos oscuros por algo peligrosamente cercano al anhelo—, siempre he gravitado hacia ti.

Mi corazón se encogió, todo mi cuerpo hormigueó bajo su toque. Su rostro estaba tan cerca, su aliento cálido sobre mis labios.

—Puedo creerlo —murmuró.

Sus labios estaban a centímetros de los míos.

Y entonces—

—Tengo una cosa más que decirte.

Lorenzo se quedó quieto.

Sus cejas se fruncieron, pero no se apartó. —¿Qué?

Todo mi cuerpo se enfrió. Esta era la verdadera tormenta. La cosa que lo cambiaría todo para siempre.

Inspiré hondo. —Matteo.

La expresión de Lorenzo cambió. —¿Qué pasa con él?

Lo miré, con los ojos ardiendo. Sabía que ya no había vuelta atrás, así que dejé que las palabras salieran de mi boca sin pensarlo.

—Es tu hijo.

CAPÍTULO 25



CAPÍTULO VEINTICINCO

MARÍA

Matteo es tu hijo.

Ni siquiera me di cuenta de que lo había dicho en voz alta hasta que oí las palabras reverberar hacia mí. Mi voz temblaba, apenas un susurro, pero el peso de esas palabras cayó como un mazazo en medio del salón de Lorenzo.

Él me miró como si de repente me hubieran salido alas o hubiera confesado ser un unicornio. Sus labios se abrieron, luego se cerraron y volvieron a abrirse.

—¿Matteo es mi hijo?

No era una pregunta. No realmente. Su voz se quebró de una manera que hizo que algo en mi pecho se retorciera. Había algo desencajado en sus ojos, no de manera peligrosa, sino como mira un hombre cuando intenta contener la alegría porque teme que no sea real.

Asentí.

Todo pasaba demasiado rápido. Mi cabeza daba vueltas. Un minuto antes, estaba admitiendo que yo era la chica misteriosa. Al siguiente, él me decía que nunca había dejado de sentir algo por mí, incluso cuando no sabía que era yo, ¿y ahora esto? En algún lugar dentro de mí, creía que él no era el asesino de mi padre. Siempre

supe que Shade, el hombre con el que pasé aquella noche, no era el asesino. Pero ahora, más que nunca, estaba segura.

Matteo. Nuestro hijo. Su hijo.

—Siempre supe que era el hijo de Shade —susurré, mirándolo fijamente—. Desde el momento en que supe que estaba embarazada. Pero no sabía que tú eras Shade. No entonces.

Él dio un paso atrás como si el aire lo hubiera derribado. Se pasó las manos por la cara. Luego rio. No era una risa fría o burlona. Era alegría, desbordada y desordenada.

—No puedo creerlo. No puedo... Jesús. Matteo es mi hijo.

No dejaba de repetirlo, como si temiera que desapareciera si no lo decía suficientes veces.

Volvió a mirarme. Había visto esa sonrisa una vez, años atrás, y se me había quedado grabada como la estela que deja el sol después de mirarlo fijamente. Parecía un hombre al que le acababan de devolver algo que pensó que había perdido para siempre.

—Sé que ya me he perdido gran parte de su vida —dijo, con la voz cargada de algo que no podía tragar—. Pero te lo juro, María, el poco tiempo que he pasado con él, ya quiero a ese niño. Es inteligente, divertido y está lleno de preguntas. Es todo lo que no sabía que necesitaba hasta que lo conocí.

Mis ojos ardían.

Dio un paso cuidadoso hacia mí, como si no quisiera asustarme. —Quiero estar ahí para él. Quiero ser su padre. No solo de nombre. Quiero estar presente todos los días, si me lo permites.

No respondí de inmediato. Mi boca se abrió y luego se cerró. No intentaba torturarlo, pero, por un momento, me sentí paralizada.

Siempre había sido tan bueno con Matteo, incluso antes de saberlo. Paciente. Divertido. Esa rara mezcla de encanto y estructura que los niños respetan de verdad.

Sabía que sería un buen padre.

Así que asentí.

Sus ojos se abrieron de par en par. Luego, sin dudarlo, cerró la distancia entre nosotros y me besó.

Ni siquiera tuve tiempo de prepararme. Sus manos me tomaron la cara y me atrajo hacia él como si yo fuera la respuesta a una

pregunta que se había hecho toda la vida. Y yo le devolví el beso.

Oh, lo besé como si el mundo se acabara, porque, para nosotros, eso era el fin del mundo que conocíamos hasta ahora.

Años de confusión, dolor, anhelo y culpa brotaron de mí en ese beso. Sus labios eran cálidos y familiares, pero de alguna manera nuevos. Su mano se deslizó hasta la parte baja de mi espalda y me apretó contra él como si temiera que pudiera escaparme de nuevo.

Y tal vez lo hubiera hecho. Pero no ahora.

No esta noche.

Se separó lo justo para hablar rozando mis labios.

—Te quiero.

Mi respiración se cortó incluso antes de que las palabras llegaran. Fue como si el tiempo se tensara a mi alrededor. Por un momento, me limité a mirarlo, incapaz de hablar y de moverme porque todo lo que había intentado no sentir irrumpió de golpe.

Hizo que todo fuera real.

Creía que ya lo había escuchado todo y lo había superado todo. Pero el amor, cuando se pronuncia así—sin condiciones, sin estrategias, sin manipulación—golpeaba de otra manera. Me desnudó por completo. Expuso cuánto lo seguía deseando y cuánto me seguía importando, incluso después de toda la traición y todas las cicatrices.

Una guerra había estado librando dentro de mí durante días entre la confianza y la duda, la ira y el anhelo. Y ahora, con solo tres palabras, había derribado cada muro que había reconstruido.

Quería tocarlo. Quería caer en él y olvidar lo que había pasado. Quería sentirme cerca de nuevo, no solo con mi cuerpo, sino con cada parte rota de mí que aún lo buscaba en la oscuridad.

Escucharlo decirlo—así, tan crudo, tan real—sentí que una presa dentro de mí comenzaba a ceder.

Te quiero.

Las palabras quedaron suspendidas, pesadas y suaves. No lo arreglaron todo. No borraron el dolor. Pero trajeron un calor que no había sentido en mucho tiempo. Me recordaron que, incluso entre los escombros, algunas cosas aún podían florecer.

No esperó una reacción.

—Y no por alguna maldita herencia o por Matteo. Te quiero. A toda tú. A la mujer de lengua afilada y testaruda que me aterra y me deja el cerebro hecho papilla cada vez que entra en una habitación.

Me atraganté con una risa.

Besó la comisura de mi boca, mi mandíbula y mi cuello. Cada beso era más lento que el anterior, como si estuviera memorizándome.

Y entonces sus brazos se deslizaron bajo mis piernas.

—¡Lorenzo!

Me llevó en brazos con esa sonrisa ridícula en su rostro. Estaba entre risas y sin aliento mientras caminaba hacia su dormitorio.

—No te voy a soltar —advirtió—. No ahora. No cuando por fin te tengo.

Su boca estaba por todas partes, en mis mejillas, cuello y clavícula, y me quedé sin aliento antes de darme cuenta de que había olvidado cómo respirar.

Cada centímetro de él se sentía como algo que había estado echando de menos sin saberlo. Cada sonido, cada toque y cada respiración estaban impregnados de algo más profundo que el deseo.

Esto era más. Esto era todo. Y Dios me ayudara, lo quería todo.

En el momento en que los fuertes brazos de Lorenzo me rodearon, levantándome del suelo, sentí una oleada de calor recorrer mis venas. Su agarre era firme pero suave, sus manos abarcaban mi cintura mientras me llevaba hacia su dormitorio.

La suave alfombra amortiguaba sus pasos, y el aroma de su colonia, un aroma intenso y leñoso que siempre me debilitaba las rodillas, llenó mis sentidos. Incliné la cabeza hacia atrás, encontrándome con sus penetrantes ojos azul grisáceos en el pasillo.

Estaban intensos y hambrientos, pero llenos de una ternura que hizo que mi corazón se saltara un latido.

—Eres mía, María. Siempre lo has sido —murmuró él, su voz profunda vibrando contra mi piel. Sus palabras me hicieron estremecer, no solo por el tono posesivo en su voz, sino porque, en el fondo, sabía que yo también era suya.

Cerró la puerta del dormitorio de una patada y se acercó a la cama, tendiéndome con un cuidado que desmentía su reputación de hombre despiadado.

Lorenzo era un hombre de contrastes, frío y calculador con el mundo, pero conmigo era algo completamente distinto. Se inclinó sobre mí, su sombra cubriendo mi cuerpo, y capturó mis labios en un beso que era a la vez exigente y adorador.

Su boca se movió contra la mía con un hambre que reflejaba la mía, su lengua trazando la línea de mis labios hasta que me abrí para él, rindiéndome al calor que crecía entre nosotros.

Sus manos estaban por todas partes y en ninguna al mismo tiempo. Se movían con intención, deslizándose bajo mi camiseta para exponer mi piel al aire fresco de la habitación.

Arqueé ligeramente la espalda, conteniendo la respiración mientras sus labios descendían por mi cuello, su barba rozando suavemente mi piel sensible. Me quitó la camiseta por encima de la cabeza, tirándola a un lado sin perder el contacto visual.

Su mirada se detuvo en mi pecho, su expresión era de reverencia mientras observaba el encaje de mi sujetador y la curva de mis senos.

—Eres celestial, María —susurró, su voz ronca de deseo. Sentí un rubor subir por mis mejillas, pero no aparté la mirada. En lugar de eso, alcé las manos, enredando mis dedos en su pelo oscuro, atrayéndolo más cerca.

Sus labios encontraron los míos de nuevo mientras sus manos se movían hacia mis vaqueros, desabrochándolos lentamente y con determinación. Levanté las caderas para ayudarle a bajarlos por mis piernas, la tela amontonándose en mis tobillos.

Besó su camino hacia abajo por mi estómago, su aliento cálido contra mi piel, sus manos recorriendo mis muslos y caderas como si estuviera memorizando cada centímetro de mí.

Cuando solo me quedaba la lencería, me levantó en sus brazos una vez más, su fuerza era a la vez emocionante y reconfortante. Me llevó hasta el tocador, depositándome suavemente sobre su superficie fría.

El espejo detrás de mí reflejaba nuestra imagen: Lorenzo erguido sobre mí, sus ojos oscuros de deseo, sus manos agarrando mis caderas con posesividad. Enlacé mis piernas alrededor de su cintura, atrayéndolo más cerca, mis brazos rodeando su cuello.

—Lorenzo, te necesito —susurré, mi voz temblorosa de necesidad.

Él sonrió con una curva lenta y peligrosa de sus labios, y se inclinó, besándome profundamente. Sus manos subieron por mi cuerpo, acariciando mis senos a través del encaje, sus pulgares rozando mis pezones.

Jadeé en su boca, mi cabeza cayendo hacia atrás contra el espejo mientras chupaba uno de mis pezones, su lengua arremolinándose, sus dientes rozando. Gemí, mis dedos se clavaron en sus hombros, mi cuerpo arqueándose hacia él.

—Sabes tan bien —murmuró contra mi piel, cambiando su atención al otro pecho, prodigándole el mismo cuidado.

Su boca era implacable, sus manos insistentes, y me sentí al borde de algo salvaje e incontrolable.

—Lorenzo —susurré, mi voz una súplica.

Él me miró, sus ojos ardiendo con un deseo crudo y sin filtrar que hizo que mi corazón se acelerara. —Dime qué quieres —exigió, su voz un gruñido bajo.

—A ti —susurré, mis manos deslizándose por su espalda, atrayéndolo más cerca. —Te quiero. Ahora.

No necesitó que se lo dijeran dos veces. Sus labios chocaron contra los míos en un beso que era a la vez desesperado y tierno, sus manos se movieron hacia el cierre de mi sujetador, desabrochándolo con una facilidad que denotaba práctica. La tela de encaje cayó, y él se detuvo, su mirada recorriéndome con una intensidad que me hacía sentir vulnerable y poderosa al mismo tiempo.

—Eres todo para mí —dijo, su voz cargada de emoción.

Antes de que pudiera responder, me besó de nuevo, sus manos descendieron por mi cuerpo, sus dedos trazando la curva de mi cintura y el contorno de mis caderas.

Se apartó ligeramente, sus manos agarraron mis muslos mientras separaba mis piernas, colocándose entre ellas. Sentí el calor de su cuerpo, la dureza de su deseo presionándome, y gemí, mis manos buscándolo, atrayéndolo más cerca.

Entró en mí lentamente, sus ojos fijos en los míos, su expresión una mezcla de hambre y reverencia. —Estás tan apretada —gimió, su voz quebrada mientras comenzaba a moverse, sus caderas balanceándose contra las mías en un ritmo que era a la vez deliberado y frenético.

El espejo detrás de mí reflejaba nuestros cuerpos moviéndose al unísono, nuestra piel brillando de sudor, y nuestras bocas nunca lejos la una de la otra.

Las manos de Lorenzo agarraron mis caderas, sus dedos se clavaron en mi piel mientras empujaba más profundo y más fuerte, su respiración entrecortada.

—María —susurró, su voz una súplica—. Mírame.

Abrí los ojos, encontrando su mirada en el espejo. Su expresión era cruda, y sus ojos estaban llenos de un amor y deseo que me hacían doler el corazón. Alcancé hacia arriba, acariciando su rostro, atrayendo sus labios a los míos en un beso que era a la vez desesperado y tierno.

Se movió, cambiando el ángulo, sus manos se desplazaron a mis muslos, levantándolos más alto mientras se adentraba en mí con una ferocidad que me dejó sin aliento.

La mesa de tocador crujió bajo nosotros, el espejo temblaba con la fuerza de nuestros movimientos, pero a ninguno de los dos nos importó. Estábamos perdidos el uno en el otro, nuestros gemidos y jadeos llenaban la habitación y nuestros cuerpos se movían en perfecta armonía.

—Lorenzo —grité, mi voz quebrada mientras las primeras olas de mi orgasmo me invadían. Él siguió poco después, su cuerpo tensándose, sus labios presionando mi cuello mientras se derramaba en mí, su nombre un susurro entrecortado en mis labios.

Por un momento, nos quedamos así, nuestros cuerpos aún unidos, nuestra respiración entrecortada. Luego, lentamente, se retiró, sus manos se movieron a mis caderas, ayudándome a

sentarme. Me giró suavemente para que le quedara de frente y me abrazó, sosteniéndome cerca.

—Eres todo para mí —susurró, sus labios presionando mi frente.

Sonreí, mi corazón lleno y mi cuerpo aún vibrando con el eco de nuestra pasión. —Lo sé —respondí, mi voz suave—. Y tú también lo eres todo para mí.

Me besó de nuevo, sus labios tiernos, sus manos acariciando mi cabello. Por un momento, el mundo exterior dejó de existir. Solo estaba Lorenzo, sus brazos alrededor de mí y su amor envolviendo mi corazón como una manta cálida. Y en ese momento, supe que, sin importar qué fuera esto, pertenecía porque este hombre, aquí presente, era mi hogar.

Me desperté al amanecer. No necesitaba que me dijeran dónde estaba porque había dominado y me habían hecho el amor en cada rincón de esta habitación.

Los eventos de la noche anterior pasaron por mi mente como un sueño vívido: las confesiones, las revelaciones y la pasión. A mi lado, la respiración rítmica de Lorenzo era reconfortante y pacífica.

Me deslicé fuera de la cama con cuidado para no despertarlo y cogí mi móvil de la mesilla. Mi corazón dio un vuelco al ver varias llamadas perdidas de Luca. El pánico me invadió. Necesitaba hacerle saber que Lorenzo era inocente. Marqué su número y me llevé el teléfono a la oreja, pero solo escuché un tono monótono. Su línea estaba muerta.

Frunciendo el ceño, probé con el teléfono fijo. Fue directo al buzón de voz. Una sensación de inquietud se apoderó de mí. Respiré hondo y dejé un mensaje, con la voz ligeramente temblorosa.

Algo no iba bien. No solo no iba bien, sino que estaba mal. Ese tipo de mal que te retuerce el estómago antes de que tu cerebro lo procese. Mi corazón ya latía acelerado, como si supiera algo que yo no.

Lo intenté de nuevo. Nada. Volví a marcar el teléfono fijo, aferrándome a un hilo de esperanza. Fue directo al buzón de voz. Dejé otro mensaje, con la voz temblorosa.

—Luca, soy María. Lorenzo no lo hizo. Tengo pruebas. Estoy volviendo a casa. Ahora mismo.

Habría despertado a Lorenzo para contarle esa sensación que me inquietaba, pero él habría insistido en acompañarme, y su relación con Luca en ese momento no era precisamente buena. Me ahorraría el drama extra yendo sola y le enviaría un mensaje cuando estuviera en casa.

No había tiempo que perder. Me puse los vaqueros de ayer y una sudadera, cogí mi bolso y salí corriendo por la puerta. Las calles aún estaban adormiladas.

Hasta el sol parecía confundido, asomándose como si no estuviera seguro de si debía molestarse. Aparqué a unas cuantas casas de distancia y caminé el resto del camino. No había una razón en particular. Quizá era un presentimiento. Quizá paranoia. Quizá ambas cosas.

La casa estaba en silencio. Demasiado silencio.

En el momento en que entré, algo se rompió. Vi una figura moverse por el rabillo del ojo y, antes de que pudiera gritar, un brazo me rodeó la cintura.

Enrico.

Empecé a teclear en mi móvil antes de que él me sujetara las manos con más fuerza. El teléfono se me cayó. Me taparon la boca. Pataleé, me debatí, Dios, luché. Pero él era demasiado fuerte.

Vi su cara durante medio segundo antes de que todo se desvaneciera en la oscuridad.

Cuando volví en mí, me latía la cabeza como si una batería se hubiera instalado en mi cráneo. El frío del hormigón estaba contra mi espalda. El aire era húmedo, con un leve olor a óxido y moho. Parpadeé mirando la bombilla parpadeante sobre mí, de esas que zumban como si tuvieran una rencor contra el silencio.

—¿Mamá? —susurró una voz temblorosa.

Matteo. Parecía asustado, como nunca lo había visto antes.

Me incorporé de golpe, con mi cuerpo protestando.

—¡Matteo! ¡Cariño! ¿Estás bien?

Asintió y se arrastró hacia mis brazos. Lo abracé fuerte, como si pudiera protegerlo de todo. Como si, tal vez, pudiera hacerlo.

—¿Estás herido? ¿Te han hecho daño?

Negó con la cabeza. —Tenía miedo. Me desperté aquí. Luego te vi.

Dios mío. Mi corazón.

Le besé la frente, inhalando su olor, todavía dulce y cálido. ¿Cómo podía alguien meter a un niño en esta locura?

Entonces llegó el lento aplauso.

Enrico salió de las sombras, luciendo como si el diablo hubiera salido de un anuncio de vino. Su traje estaba impecable. Su sonrisa, no.

—Reuniones familiares. Tan conmovedoras.

Me puse de pie, protegiendo a Matteo. Mi voz era baja y firme. —Déjanos ir.

Se rió. —Siempre has tenido un don para el drama. Igual que tu padre.

Mi estómago se encogió.

—No te atrevas a hablar de él —dijo María.

Enrico inclinó la cabeza. —¿Quieres la verdad? Dejaste ese pequeño mensaje de voz a tu hermano diciendo que Lorenzo no lo hizo. Bueno, es cierto. Vale. Yo maté a tu padre.

Silencio. Ensordecedor. Me quedé sin aliento. No lo había pensado. Sabía que no era Lorenzo, pero ni siquiera me detuve un minuto a pensar o adivinar quién podría ser el culpable.

—¿Tú... qué?

—Se interpuso en mi camino. Se metió donde no debía. Así que lo eliminé. Y de paso, inculpé a ese chico guapo tuyo.

Retrocedí como si me hubiera golpeado. Matteo me apretó la mano con más fuerza.

—Tú lo mataste.

—Corrección. Lo mandé matar. Yo no me ensucio las manos.

Quería gritar. Llorar. Destrozarlo. Pero no podía desmoronarme. No ahora. Había mandado matar a mi padre sin razón, a su propio hermano. No era precisamente fan de mi tío, pero siempre lo había

considerado familia. No sabía que era el maldito Diablo. —¿Por qué ahora? ¿Por qué todo esto?

—Cabos sueltos, María. Y tú eres uno de ellos.

Sacó un pequeño dispositivo del bolsillo de su abrigo. Apretó algo. Una luz roja parpadeó.

Un temporizador.

No.

—La bomba está programada para dentro de una hora. Ya he llamado a Luca. ¿Querías decirle la verdad? Pues Luca está de camino. Podéis estar juntos, y entonces... bum.

Me abalancé hacia él. —¡Eres un monstruo!

Dos matones salieron de la oscuridad, agarrándome antes de que pudiera alcanzarlo. Matteo gritó. Luché con todas mis fuerzas.

—¡Suéltalo! ¡Cabrón!

Enrico hizo un gesto a los guardias. —Relájate. Los dos estáis vivos por ahora. Mantengámoslo así.

Me arrodillé junto a Matteo y lo abracé con fuerza. Él temblaba. Yo temblaba. Intenté pensar. Pensar. PENSAR.

Enrico se alejó como si fuera a desayunar, dejándonos con la luz parpadeante y la cuenta atrás.

Metí la mano en mi bolsillo. Mi móvil había desaparecido.

Pero quizá lo había dejado caer antes del apagón. Quizá Lorenzo recibió el mensaje. Lo intenté, pero ni siquiera sabía si había pulsado el botón de enviar antes de desmayarme.

Por favor, que eso sea suficiente. Esto no puede ser el final después de todo lo que hemos pasado.

CAPÍTULO 26



CAPÍTULO VEINTISÉIS

LORENZO

Me había despertado sin ella a mi lado. Había esa familiar sensación de vacío, hueco, inquietante y desgarradora.

Habíamos hecho el amor apasionadamente la noche anterior, pero no había forma de que hubiera cambiado de opinión esta mañana. ¿Fue por eso que se fue? ¿Se arrepintió de sus acciones?

¿Me odia?

Mi teléfono vibró, y en el momento en que vi su nombre, se me encogió el estómago.

Enri...

Solo eso. Una palabra. Media palabra, en realidad. Pero lo sabía. Sabía que no era un mensaje que ella enviaría a menos que algo estuviera mal. La llamé. Una vez. Dos veces. Otra vez. Nada. Fue directo al buzón de voz. Se me cerró la garganta. Mi mente empezó a correr rápida y desordenadamente. Ni siquiera me molesté en dejar un mensaje de voz. Mis instintos ya me tenían en movimiento. Ya sabía que algo andaba mal. Llámalo intuición.

Conduje como si la ciudad me debiera las calles. No me importó quién me pitara o me hiciera gestos obscenos. Fui primero a la mansión de los Russo, pero estaba cerrada, todos los guardias de la entrada habían desaparecido y no había nadie para abrir la puerta. Eso empeoró la sensación de hundimiento en mi interior. Intenté

llamar al teléfono de la casa, pero no hubo respuesta. Intenté llamar a María, pero tampoco hubo nada. Me pregunté si Matteo estaba dentro y si estaba a salvo.

Sabía que solo había una persona a la que podía llamar ahora. Solo me quedaba una opción.

Había un nombre en mi cabeza y una persona que podría ayudarme a entender todo esto, incluso si quería romperme la cara.

Luca.

Intenté llamarlo, pero fue directo al buzón de voz. Salí del coche y eché un vistazo a través de la puerta de latón. El coche de María estaba allí, pero el de Luca no. Conocía a Luca lo suficiente como para saber que no va a ningún lado sin su coche. Y ser su amigo durante tanto tiempo me hizo saber que solo había un lugar donde estaría a esta hora, considerando todo lo que ha estado pasando en su vida.

Era una posibilidad remota, pero era mejor que quedarme aquí parado frente a esta puerta cerrada sin hacer nada. Así que me metí en el coche y conduje, y tal como sospechaba, él estaba allí.

Estaba fuera de un barucho, caminando de un lado a otro, con los ojos desorbitados y el teléfono en la oreja. Parecía que no había dormido en días. Me vio, y al instante, su expresión cambió por completo.

—¿Qué demonios haces aquí, Bianchi? ¿Tienes ganas de morir o qué?

Genial. Aquí vamos. Otra ronda de mí actuando impotente para evitar romperle la clavícula de un solo golpe y recibir varios puñetazos a cambio.

—Luca, escúchame. Es María.

Se acercó a mí. Tenía la mandíbula apretada y los puños ya medio cerrados. —No digas su nombre. No. No tienes derecho. Lo arruinaste todo. Mataste a nuestro padre.

—No lo hice.

Se estremeció como si le hubiera dado una bofetada.

—¿Crees que me creo algo de lo que dices? Mentiroso... Desgraciado.

—No me importa si me crees. Solo cállate y escucha.

Eso lo pilló. Luca odiaba que le dijeran que se callara. —Tienes un morro, Bianchi, matar a mi padre y ahora decirme que me calle____

—Luca, ¿puedes callarte y escuchar por una vez? Se quedó en silencio, algo que no se ve a menudo en Luca. —Me envió un mensaje. Una palabra. "Enri". Eso no es nada.

Parpadeó. Su expresión cambió.

—Creo que algo anda mal. Creo que Enrico la tiene.

—¿Enrico? ¿Por qué la tendría él?

—Sí. Creo que Enrico es el cerebro de todo esto.

Di un paso más cerca, pero no rompí el contacto visual.

—Anoche me lo contó todo. Sobre esa noche. La noche en que tu padre murió.

Las fosas nasales de Luca se ensancharon. —¿Te refieres a la noche en que lo mataste?

—Ella estuvo con Shade esa noche. Y Shade era yo. Estuvimos juntos toda la noche. En mi despacho, estábamos... —Me aclaré la garganta, las palabras salieron entrecortadas—. El caso es que yo no estaba allí. No maté a nadie. María puede testificarlo. Ella es mi coartada.

Él se burló. —¿Esperas que me crea eso? ¿Que mi hermana, que quería a mi padre, pasó la noche con el hombre que lo mató? Esto es un maldito culebrón.

Respiré hondo.

—Ella no sabía que era yo. Llevaba una máscara. Yo llevaba una máscara. Ella se fue antes de que ninguno de los dos lo descubriera. Y después, cuando oyó a Dante llamarme Shade, entró en pánico y salió corriendo. Pero anoche logramos unir todas las piezas.

Su mandíbula se tensó. Pero no me interrumpió.

—Es tu hermana, Luca. La conoces. Sabes que no mentiría sobre esto. Y ahora está en problemas. Lo siento. Lo sé.

Saqué mi móvil y le enseñé el mensaje. Él miró la pantalla. Murmuró algo entre dientes. Algo cortante y lleno de ira en italiano.

—Enri... ¿Crees que se refería a Enrico?

—Es lo único que tiene sentido.

—Maldita sea —gruñó y se pasó la mano por la cara.

Algo en él cambió. Como si se abriera. Me miró de nuevo.

—¿De verdad crees que la tiene?

—Sí, pero no estoy seguro. Deberíamos comprobar primero la Mansión Russo.

Su silencio gritaba. Pasó un segundo y luego otro. Entonces asintió con brusquedad, como un hombre a punto de saltar al fuego.

—No has comprobado la Mansión Russo y has venido primero a mí con acusaciones. Entonces, ¿qué diablos estamos haciendo aquí de pie?

—Lo hice, pero no pude entrar porque estaba cerrada —expliqué.

Subimos a mi coche. Él todavía no me caía bien. Podía sentirlo emanando de él. Pero, por ahora, el odio estaba en pausa porque María importaba más.

Mientras conducía, no podía dejar de pensar en ella. Su voz. Sus ojos cuando decía mi nombre como si lo sintiera de verdad. La forma en que me miró cuando me dijo que Matteo era mío. Un padre. Era un maldito padre. Y ahora ella y Matteo estaban en peligro. Lo sentía. De nuevo.

—¿Cómo lo pasamos por alto? —murmuró Luca desde el asiento del copiloto.

—¿Qué?

—Enrico. Siempre estuvo ahí. Como un papel pintado. Sonriendo. Asintiendo. Ayudando. ¿Y él mató a nuestro padre? Ese bastardo. No hay manera de que matara a su propio hermano.

No respondí. No pude. Estaba demasiado ocupado agarrando el volante como si pudiera anclarme a este mundo. Lo único que quería era verla una vez más. No pediría nada más nunca.

—¿Crees que está bien? —preguntó Luca, con la voz más baja ahora.

—Tiene que estarlo. Tiene que mantener a Matteo a salvo. Eso es lo que hace.

Me miró.

—¿De verdad la quieres?

Tragué saliva. —Quemaría el mundo por ella.

Él volvió a mirar por la ventana y no dijo nada más. Tal vez eso fuera suficiente.

Aceleré más.

Aguanta, María. Vamos. Aguanta por mí, por nosotros.

La casa era un desastre. La puerta principal estaba entreabierta, como si alguien la hubiera derribado a patadas. Los cojines estaban esparcidos por el suelo. Había un jarrón roto en el pasillo, y el olor penetrante del perfume derramado se aferraba al aire como una advertencia. Mi estómago se encogió en cuanto entré. Luca estaba justo detrás de mí. Su mandíbula estaba apretada y sus ojos escaneaban el caos como si lo estuviera entendiendo todo en tiempo real.

Pasé por encima de una fotografía rota de María y Matteo con bufandas rojas a juego, sonriendo como si nada pudiera salir mal. El pecho se me oprimió.

—¿María? —llamé, aunque ya sabía la respuesta.

Nada.

Luca pasó a mi lado como un huracán, subiendo las escaleras de dos en dos. Yo lo seguí, agarrando la barandilla con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos. Arriba estaba peor. La puerta del dormitorio colgaba de los goznes. Las sábanas estaban arrancadas de la cama, y Kayla estaba en el suelo, sujetándose el brazo.

Luca se acercó corriendo a su lado. —¡Kayla! ¿Qué coño ha pasado? ¿Dónde está María? ¿Dónde está Matteo?

Su voz se quebró. —Me golpeó. Me desmayé. Se lo llevó. Enrico se llevó al hijo de María.

Me quedé inmóvil. Matteo. Nuestro hijo. Por un segundo lo vi todo rojo.

Luca ayudó a Kayla a subir a la cama mientras yo paseaba como un animal enjaulado. Todo en mi interior gritaba por golpear algo, romper algo, destrozar todo el lugar solo para sentir que estaba haciendo algo.

Luca se volvió hacia mí, con el rostro sombrío. —Tenemos que encontrarlos.

—No me digas —espeté, y luego me contuve. Respiré hondo. —Perdón. Es que esto es demasiado.

No respondió. Simplemente me miró con esa misma mirada. La que antes me hacía querer demostrar algo. Ahora, solo me cansaba.

Registramos la casa en busca de pistas. Los cajones estaban abiertos y los papeles esparcidos. Enrico estaba buscando algo o intentando que pareciera un robo. Encontré el móvil de María en la encimera de la cocina, con la pantalla rota.

Luca levantó un pendiente roto. —Esto es suyo.

Asentí, con la mandíbula apretada. —Tenemos que pensar. ¿Adónde los habrá llevado?

Luca se frotó la cara con ambas manos. —No los llevaría a un lugar al azar. No es tonto. Quiere algo.

—Apalancamiento.

Nos miramos, el mismo pensamiento flotando en el aire.

—Luca, ¿crees que va a por ti a continuación? Todo lo que ese bastardo quería era la herencia, y llevaba años intentando manteneros a los dos alejados de ella.

No respondió. No hacía falta.

Mi mente daba vueltas, repasando cada lugar en el que había visto a Enrico. Los negocios. Los clubes privados. La vieja bodega a la que solía llevar a los clientes.

—Espera. —Chasqueé los dedos. —El almacén.

Luca levantó la mirada. —¿Qué almacén?

—El que está fuera de la ciudad. Está abandonado y cerca del viejo muelle. ¿Te acuerdas? Solía recibir entregas y dejar paquetes allí por la noche.

Luca entornó los ojos. —¿Crees que llevaría a María y a Matteo allí?

—¿Si quiere privacidad? Sí. Es perfecto.

Luca asintió lentamente. —Entonces ahí es donde empezamos.

Hablamos poco mientras subíamos al coche. Pensé en pedir refuerzos, pero aún era un lugar sin confirmar. Así que decidí esperar hasta tener la ubicación confirmada. Le envié un mensaje a Dante para que tuviera a mis hombres en espera y listos para moverse en caso de que los necesitara, porque no teníamos ni idea de en qué nos estábamos metiendo. El silencio era denso y tenso. Pero por primera vez en nuestras vidas, estábamos en el mismo bando.

Éramos dos hombres que amábamos a María y necesitábamos que estuviera a salvo. Y había un niño que significaba el mundo para los dos.

Miré a Luca de reojo mientras conducía. —¿Alguna vez pensaste que acabaríamos trabajando juntos?

Soltó una risa seca. —Honestamente, no. Pensé que te rompería los dientes la próxima vez que te viera.

—Todavía podrías. Depende de cómo termine esto.

—Justo.

Me froté las manos, mirando por la ventana. Las luces de la ciudad pasaban borrosas. El pecho me oprimía y la respiración se me hacía superficial.

—¿De verdad la amas? —preguntó de nuevo, y esta vez no lo hizo con el tono rencoroso de antes. Era más bien como si necesitara alguna especie de seguridad o tal vez claridad por mi parte.

Me volví hacia él. —Más que a nadie en mi vida.

—¿Incluso antes de saber que era tu coartada?

—Sobre todo antes.

No dijo nada por un momento. Luego añadió: —Bien. Porque si salimos de esta y la lastimas...

—No lo haré. —Era lo único de lo que estaba seguro.

Su teléfono vibró. Los dos nos sobresaltamos. Respondió y lo puso en altavoz.

La voz de Enrico sonó, fría y suave como el aceite. —Luca. Pensé que nunca contestarías.

Luca se tensó. —Solo ha sonado una vez, idiota. ¿Dónde están?

Enrico soltó una risita. —Sigues siendo tan impaciente. Ven al almacén. ¿Lo recuerdas? Bien. Ven solo. Hay una bomba, así que tienes exactamente treinta minutos, o ella y ese mocoso morirán.

Clic. Una bomba. Si hubiera sido cualquier otra persona, habría pensado que estaba faroleando, pero este era Enrico.

Luca apretó el volante con más fuerza, acelerando. —Tenemos que darnos prisa y llegar al almacén. Dijo que había una bomba. Tenemos que llegar antes de que explote.

Y por primera vez, supe exactamente lo que tenía que hacer. No más juegos. No más mentiras. No podía perder más tiempo. Le envié un mensaje a Dante, y mis hombres estaban a casi una hora de distancia de mi ubicación, así que sabía que ahora todo dependía de Luca y de mí. Le dije que informara a la policía y al equipo antibombas. Me dijo que debería esperar hasta que llegaran, pero no podía. No podía arriesgarme y poner sus vidas en peligro.

Tenía una misión y un pensamiento. Solo quería recuperar a mi familia, incluso si eso significaba perder todo lo demás.

CAPÍTULO 27



CAPÍTULO VEINTISIETE

LORENZO

Quemaría el mundo por ella, aunque eso significara arder yo también.

El humo se aferraba al aire como el sudor a la piel, espeso y acre, colándose en mis pulmones mientras me agachaba detrás de una caja oxidada en la parte trasera del almacén. Mi corazón latía como un tambor de guerra.

Había entrado. Luca había distraído su atención en la entrada, tal como habíamos planeado. Nadie sospechaba que yo entraría por la parte trasera. Ni siquiera Enrico.

Mis dedos temblaban alrededor de la empuñadura de la pistola que llevaba en la cintura. No quería usarla. Esperaba no tener que hacerlo. Pero si alguien se interponía entre María, Matteo y yo, lo lamentaría. Seguí abriéndome paso entre puertas, buscándolos.

Voces gritaban a lo lejos. Me moví rápidamente, deslizándome entre las sombras, las paredes del almacén crujiendo a mi alrededor como si pudieran derrumbarse solo por la culpa. Cada chirrido sonaba como un grito. Y entonces lo oí, a Matteo.

—¡Mamá!

La voz de ese niño podía cortar el acero.

Seguí el sonido como si fuera un salvavidas, esquivando cajas y vigas de metal, levantando polvo con cada paso. Los encontré. María

estaba arrodillada junto a Matteo, con los brazos alrededor de él como un escudo, su rostro manchado de tierra y miedo y algo más feroz, algo que decía que quemaría el mundo para salvar a su hijo.

Ella levantó la vista. Sus labios se separaron.

—Lorenzo.

Cruzé la habitación en tres zancadas, la adrenalina retumbando en mis oídos. Escaneé la habitación y lo vi. Había un montón de explosivos de metal en una esquina, lejos de su vista y sujetos con cinta adhesiva. ¡Mierda!

—Levantaos. Tenemos que irnos. Ahora. Hay una bomba—

No tuve que decirlo dos veces. Cogió a Matteo en brazos tan rápido que parecía que el instinto había tomado el control. No hubo preguntas ni vacilaciones, solo el agarre de una madre a su hijo y el miedo en sus ojos, un miedo que hablaba más fuerte que cualquier grito.

Tomé la delantera, los músculos tensos, mi corazón latiendo como un animal acorralado. Casi podía sentir los segundos pasando en mi cabeza. Treinta. Tal vez cuarenta, si teníamos suerte. Enrico no había dejado exactamente un temporizador en la pared como en una película de acción barata. Pero había pánico en su voz durante esa llamada. Sí, esto no era un farol.

—Manteneos cerca. Saldremos vivos, confiad en mí—murmuré, más para mí que para ellos.

Llegamos al pasillo. Cada sombra parecía una amenaza, y cada crujido en las tablas del suelo tensaba más mis nervios. Matteo gimió. María lo calmó, apretando su cara contra su hombro, su cuerpo curvado alrededor de él como un escudo.

Detrás de nosotros, pasos, pesados y rápidos. No eran los nuestros.

Maldita sea.

—¡Vamos!—espeté, girándome justo cuando las balas atravesaban el yeso. El estruendo de los disparos sonó demasiado fuerte y demasiado cerca. Respondí al fuego, dos disparos. Oí un gruñido y un golpe. Pero venían más.

El pasillo se dividía más adelante. El humo ya rodaba desde el ala oeste, enroscándose como dedos alrededor del techo.

—¡Izquierda!—grité. Nos metimos en un pasillo lateral, esquivando por poco otra ráfaga de balas. La esquina de la pared explotó en polvo junto a mi cabeza.

María tropezó. Matteo se le resbaló a medias de sus brazos.

—¡No te detengas!

Lo enderezó y siguió corriendo, su respiración entrecortada. Podía ver el terror grabado en su rostro, crudo y real. No solo tenía miedo de morir. Tenía miedo de que él la viera asustada.

Veinte segundos, tal vez.

Las escaleras de servicio. Era la única salida que los hombres de Enrico no esperarían.

Bajamos corriendo, el metal resonando bajo nuestro peso. Conté cada golpe como si fuera un latido del corazón.

Uno, dos, tres...

La puerta de abajo crujió cuando la empujé. Estaba oxidada y atascada. Le di un golpe con el hombro con todas mis fuerzas. Cedió con un chirrido, abriéndose de golpe hacia la luz cegadora del sol.

—¡Fuera! —rugí.

Tropezamos en el callejón detrás del edificio. Pero no estábamos a salvo.

—Luca está al otro lado —gruñí, tirando de María detrás de un contenedor de basura mientras más disparos resonaban—. ¡Cubre a Matteo!

Ella cayó al suelo con él, sus brazos rodeando su pequeño cuerpo. Sus ojos estaban abiertos y asustados, pero secos. Era un chico valiente, como su madre. Como...

No. Concéntrate.

Diez segundos. Quizás menos.

Me giré y disparé de nuevo, obligando a los tiradores a agacharse. Mi arma se quedó sin balas.

Mierda.

—¡Corred! —grité, tirando el arma y cogiendo la mano libre de María.

Corrimos. El suelo tembló bajo nosotros, primero una leve vibración y luego un gruñido profundo. Un sonido como si el mundo contuviera la respiración.

Cinco...

El viento cambió. El calor lamía mi cuello.

Cuatro...

Un destello de luz detrás de nosotros. El aire se volvió denso y furioso.

Tres...

La explosión nos golpeó como un muro. Apenas tuve tiempo de lanzarme sobre ellos. El fuego rugió, el cristal se hizo añicos y los escombros volaron como balas.

Dos...

Caí al suelo con fuerza. Algo afilado me rasgó la espalda. El calor era insoportable, como si el sol hubiera caído justo sobre nuestras cabezas.

Uno.

Todo se quedó en silencio.

Por un segundo, no pude oír nada. Solo el zumbido en mis oídos y el sabor del polvo en mi boca. Mi cara rozó la grava. Mis pulmones ardían como si no hubiera respirado en años.

Entonces, oí un gemido.

—Matteo... —la voz de María era apenas un susurro, pero atravesó el caos.

Estaba bien. Asustado y aterrorizado, pero bien. Y ella estaba viva. Yo también.

Lo habíamos logrado.

Me aparté de ellos, tosiendo, mis oídos aún zumbando. El edificio detrás de nosotros había desaparecido. Un cascarón retorcido y ardiente de lo que alguna vez fue. El humo se elevaba hacia el cielo como una ofrenda terrible.

María acunaba a Matteo y le susurraba, meciéndose ligeramente. Sus manos temblaban. Tenía la mejilla raspada y sangre en la frente. Pero lo sostenía como si fuera lo único que la mantenía anclada a la tierra.

Y quizás lo era.

Me senté, cada centímetro de mí dolía. Mi espalda palpitaba donde la metralla me había rozado, pero no me importaba.

Alcancé y toqué su hombro. Ella se volvió hacia mí, los ojos llenos de lágrimas contenidas.

—¡María! ¡Matteo! ¿Estáis bien? ¿Os habéis hecho daño? —pregunté con voz ronca.

Ella asintió. Luego asintió de nuevo, como si intentara convencerse a sí misma.

Matteo me miró con ojos grandes y asustados.

—Estamos vivos —susurró María, y su voz se quebró al decirlo—. Nos sacaste de allí.

Negué con la cabeza. —Apenas.

Pero aún podía sentir el calor de la explosión y el peso de esos últimos segundos.

Habíamos estado demasiado cerca. Un paso en falso y no los estaría viendo ahora. Un giro equivocado y todo habría terminado en llamas y escombros.

—Recuérdame que nunca vuelva a decir "confía en mí" —murmuré, pasándome la mano por la cara.

María soltó una risa débil.

La miré a ella y luego a Matteo. Y por primera vez en mucho tiempo, sentí algo parecido a la paz asentarse en mis huesos, temblorosa y frágil, pero real.

Todavía estábamos aquí.

Los llevé a la zona donde había dejado a Luca. El caos se había desatado. Luca seguía luchando. Lo vi cerca de la puerta principal, los puños volando y sangre en su mejilla. Y Enrico, ese bastardo engreído, estaba en medio de todo como si estuviera dirigiendo una orquesta.

—¡Los saqué! —le grité a Luca.

Ni siquiera miró. Estaba demasiado perdido.

Derribó a Enrico al suelo, golpeándole la cara una y otra vez. Años de dolor detrás de cada golpe. La traición. Las mentiras. El asesinato de nuestro padre.

—¡Tú lo mataste! ¡Te llevaste todo!

Enrico solo se rio. La sangre le llenaba los dientes.

—Y lo volvería a hacer. Todos eran títeres. Tu padre era débil.

Luca rugió. Agarró su pistola. Mi estómago dio un vuelco.

Corrí.

—¡Luca! ¡No lo hagas!

No me escuchó. Apoyó el cañón contra la sien de Enrico. Su mano temblaba.

—Se lo merece —gruñó Luca.

María intervino. Su voz se quebró, pero se escuchó clara.

—¡Para!

Él levantó la mirada, con los ojos desorbitados.

—¡Nos lo quitó todo!

—¿Y crees que matándolo lo recuperarás? No te conviertas en él, Luca. Eres mejor que eso.

La miró, desgarrado. Su dedo se mantuvo en el aire.

—Justicia, no venganza —susurró ella.

Y, de alguna manera, eso lo hizo entrar en razón. Bajó la mano. Retrocedió como si el arma lo hubiera quemado.

Las sirenas de la policía resonaron a lo lejos. Vi a mis hombres con Dante llegando justo a tiempo. Dante había llamado a la policía.

Enrico yacía allí, ensangrentado y riéndose.

—Todos son patéticos.

María se plantó frente a él. No se inmutó.

—Pudrirás en una celda. Solo y olvidado. Eso es justicia.

Los policías invadieron la escena con las armas en alto. Derribaron a Enrico, lo esposaron y lo arrastraron hasta el coche patrulla.

Miré a mi alrededor el desastre. El almacén era ahora un esqueleto. El humo se elevaba hacia el cielo como la última mentira que Enrico había contado.

María se volvió hacia mí. Sus labios temblaban, pero se mantuvo fuerte.

Matteo le sostuvo la mano.

Le toqué la cabeza y los abracé a ambos.

—Se acabó —dijo ella, apoyándose en mí, con la respiración entrecortada.

—Finalmente se acabó.

Pero en mi interior, sabía que algo había cambiado. Quizás se había hecho justicia. Pero nada volvería a ser lo mismo.

Aun así, mientras tuviera a ella y a nuestro hijo, podría empezar de nuevo.

El polvo ni siquiera se había asentado entre las ruinas del almacén. Habíamos vuelto a casa, y allí estábamos, los tres, cuatro si contabas a Luca, que finalmente fingía que yo no era Satanás.

María estaba curándose un rasguño en el brazo. Matteo estaba sentado en mi regazo como si fuera lo más normal del mundo, pero sus pequeños hombros estaban tensos y sus ojos no dejaban de mirar alrededor como si aún esperara que todo volviera a estallar. Cada ruido fuerte lo hacía estremecerse. Cada grito a lo lejos hacía que girara la cabeza hacia el humo como si necesitara estar listo para correr. El niño parecía que no había respirado profundamente desde que salimos.

Lo acerqué más, abrazándolo con más fuerza, con una mano en la parte posterior de su cabeza, acariciando suavemente sus rizos.

—Estás a salvo ahora —dije suavemente, mi voz casi perdida en el viento—. Te tengo.

No dijo nada. Simplemente se aferró a mi camisa como si fuera lo único sólido en el mundo. Sus pequeños puños se abrían y cerraban en la tela.

Me dolía el pecho al verlo esforzarse tanto por ser valiente. Era solo un niño. Solo un pequeño. Y había visto cosas que ningún niño debería ver.

—No me voy a ir, Matteo. Nunca. ¿Me escuchas? —susurré—. No estás solo.

Los ojos de María se encontraron con los míos. Había algo pesado en su expresión, algo que había estado guardando durante demasiado tiempo.

—Oh, qué conmovedor. ¿Dónde está mi charla de mascota, o es que no me la merezco?

Fue entonces cuando me di cuenta de Luca. Estaba de pie incómodamente cerca, como si no estuviera seguro de si debía agradecerme o golpearme de nuevo. La expresión en su rostro decía que ambas opciones seguían sobre la mesa.

Lo miré, luego a sus puños cerrados, y luego de nuevo a él.

—Vale, te daré una —dije, arqueando una ceja mientras ajustaba el peso de Matteo en mi pierna—. Pero si alguna vez me golpeas de nuevo, te arrancaré todos los dientes de la mandíbula. Solo lo dejé pasar la primera vez porque, ya sabes, el trauma, el duelo y todas esas cosas sentimentales. ¿Pero la próxima vez? Voltearé la mesa.

Luca finalmente esbozó una sonrisa. Comenzó pequeña, como si no creyera que estuviera permitida, pero luego se extendió y se rió, frotándose la nuca como un adolescente pillado entrando a escondidas a las 3 de la mañana.

—Lo dejaste pasar porque sabías que te dejaría inconsciente.

—Claro —asentí solemnemente—. Justo después de que los cerdos vuelen y Enrico se una a un club de tejer.

María puso los ojos en blanco y murmuró algo que sonaba sospechosamente como —Niños— antes de levantarse. Tenía un pequeño corte en el brazo y se sacudía el polvo con un suspiro, como si intentara sacudirse las últimas setenta y dos horas.

—Ahora que vosotros dos habéis tenido vuestra guerra de testosterona —dijo, avanzando con un tono más ligero—, creo que es hora de que le digamos algo importante a Matteo.

Me tensé. No es que no lo quisiera. Dios, lo deseaba. Simplemente no podía creer que fuera real y que me lo hubiera ganado. Que alguien como yo, alguien tallado en sombras, que bailaba demasiado cerca del lado equivocado de cada línea, pudiera sentarse al sol por una vez.

Matteo miró a María como si ella hubiera colgado la luna.

—Matteo —se agachó a nuestro lado, su mano acariciando sus rizos salvajes con ese toque maternal que yo aún estaba intentando aprender—, ¿recuerdas que te hablé de tu papá y te dije que un día lo conocerías?

Asintió, con los ojos muy abiertos.

—Bueno —sonrió, mirándome a mí y luego de nuevo a él—, está justo aquí.

Matteo parpadeó. Luego parpadeó de nuevo.

—Lorenzo es tu padre —dijo suavemente.

Mi corazón estaba tan atascado en mi garganta que ni siquiera me atrevía a respirar. Lo observé, asustado de moverme, asustado

de asustarlo, asustado de arruinarlo solo por ser yo.

Entonces él me miró. Y algo cambió.

Aquella línea de preocupación en su frente se suavizó, y sus hombros se relajaron. El miedo seguía ahí, pero ahora estaba más suelto y apagado, como si finalmente hubiera encontrado un lugar donde descansar.

Sonrió.

Parecía que acababa de encontrar algo que había estado buscando toda su vida sin siquiera saberlo.

—¿Papá?

Esa sola palabra me partió por dentro y me terminó. Allí mismo, en el suelo, rodeado de cenizas y las secuelas de lo ocurrido, estaba acabado. Solo un hombre derrotado por la voz de un niño y una vida de arrepentimiento que finalmente respiraba.

No era solo que lo hubiera dicho. Era cómo lo había dicho, como si tuviera sentido y se sintiera bien. Tal vez, solo tal vez, el mundo ya no era un lugar tan aterrador porque ahora tenía a alguien a quien llamar con ese nombre.

No era bueno conteniéndolo. Nunca lo había sido.

—Sí, pequeño —susurré, levantándolo en brazos y enterrando mi cara en su diminuto hombro—. Sí, lo soy.

Lo sentí en la forma en que se fundió conmigo y en cómo sus brazos se aferraron a mi cuello, no por miedo esta vez, sino por comodidad y confianza. Exhaló un largo y tembloroso suspiro, y pude sentir cómo la tensión se desvanecía de su pequeño cuerpo. Por primera vez desde que escapamos de aquel infierno, Matteo finalmente parecía un niño de nuevo. No era un niño asustado o un superviviente, solo un niño en los brazos de su padre, creyendo que el mundo podría estar bien después de todo.

María se secó rápidamente la mejilla y fracasó miserablemente en fingir que no estaba llorando.

Luca permaneció en silencio un rato. Luego, de la manera más Luca posible, arruinó el momento.

—Espera, espera —nos miró a ambos, entrecerrando los ojos como un detective de telenovela—. ¿Estás diciendo que la noche que pasaste juntos fue con Shade?

María levantó ambas cejas como si lo desafiara a seguir.

—¿Te acostaste con el enemigo? —casi gritó.

—¡No sabía que era el enemigo! —replicó ella, agitando las manos en el aire—. ¡Llevaba una máscara! Era una mascarada. ¿Cómo iba a saber que el hombre encantador con el que bailé toda la noche y con el que acabé era en realidad tu enemigo mortal?

Me aclaré la garganta y comencé a tapar los oídos de Matteo. —Eh, sigo aquí, el padre del niño, sentado justo aquí.

Luca estalló en carcajadas. —Oh, esto no tiene precio. Esto es algo que contaré en tu boda. Con una presentación de diapositivas.

María gimió. —¿No estás contento de que haya salido bien?

—Quiero decir, es un giro argumental para la historia —sonrió Luca, con los ojos finalmente cálidos y dejando atrás años de odio—. Pero sí, supongo que lo estoy. Lo hiciste mejor.

Eso me golpeó directamente en el pecho. No solo porque era cierto, sino porque escucharlo de Luca significaba algo. Sabía lo que había hecho y quién había sido. Y sabía que María fue quien me sacó de ahí, incluso cuando intenté arrastrarla conmigo.

Abracé a Matteo con más fuerza, sus pequeños brazos rodeando mi cuello.

—Me he perdido tanto —le susurré a María cuando Luca se alejó para darnos espacio, probablemente fingiendo no estar sollozando—. Sus primeras palabras. Sus primeros pasos. Su primer todo.

—Pero está aquí ahora —dijo ella suavemente—. Y tú también.

Matteo me dio palmaditas en la cara como si fuera un parque infantil.

—Ahora tengo un papá —sonrió.

Se me cerró la garganta. Besé su cabecita y sentí cómo su pequeño cuerpo se apoyaba en el mío con tanta facilidad. Era como si lo supiera y como si siempre lo hubiera sabido.

—Sí —exhalé—. Lo tienes.

Y por primera vez en muchísimo tiempo, sentí que pertenecía a algún lugar.

No en la oscuridad. Sino en la luz.

CAPÍTULO 28



CAPÍTULO VEINTIOCHO

MARÍA

La felicidad se gana, solía decir mi padre, pero no había manera de que yo me hubiera ganado todo esto.

Ni de broma.

No había imaginado este momento ni en mis sueños más locos, y mucho menos la versión que había cobrado forma tan perfecta.

Había pasado un año desde que Enrico había caído, y todo se había vuelto del revés para luego enderezarse de nuevo.

Todavía recuerdo lo destrozada que me sentí al principio, insegura de lo que el futuro me deparaba y de mi lugar en él. Pero ahora, aquí estaba, al borde de una nueva vida, una vida que se sentía más real y completa que cualquier cosa que hubiera podido soñar.

Era una sensación extraña, saber que este momento llevaba tiempo gestándose. El camino hacia el altar no era solo por la promesa que íbamos a hacer hoy, sino por todos los pasos que habíamos dado para llegar aquí. Todavía no podía creer lo lejos que habíamos llegado. Allí estaba Lorenzo, esperando al final del pasillo, erguido y fuerte, pero con una mirada tierna. Era como si estuviera esperando que le demostrara algo, aunque ya lo había hecho. Lo habíamos hecho juntos.

Luca se había ofrecido a acompañarme al altar. No lo dudé ni un segundo. A pesar de todo, a pesar del dolor, a pesar de los años de distancia, éramos una familia.

Luca había estado ahí, una y otra vez. Había sido mi roca cuando me estaba desmoronando. Fue él quien me hizo creer en la familia cuando me fui. Me perdonó sin dudarlo cuando regresé. Me hizo creer en luchar por lo correcto, incluso cuando parecía imposible. No era solo mi hermano. Era mi ancla.

—¿Así que esta vez no vas a salir corriendo? —bromeó, y yo sonreí, recordando cómo había huido años atrás de aquello, de la misma persona que me salvó.

Lorenzo.

—Nunca —respondí con una sonrisa. La última vez no tenía una sonrisa, pero ahora sí la tenía, sabiendo que esto era lo correcto.

Extendí la mano, tomé el brazo de Luca, y el calor de su tacto me dio estabilidad mientras avanzábamos.

Cada paso parecía surrealista, como si estuviera caminando sobre el aire. Mi corazón latía al ritmo de la suave y delicada música que sonaba de fondo, la dulce melodía mezclándose con los murmullos de los invitados.

Había tantos rostros familiares entre el público. Kayla sonreía orgullosa desde la primera fila; Matteo, vestido con un trajecito, estaba de pie justo al lado de Lorenzo, su carita llena de asombro. En ese momento se parecía tanto a su padre que no pude evitar sonreír, sintiendo que el peso de todo lo que habíamos pasado por fin se aliviaba. Luego estaba Isabella, que parecía ser la persona más feliz de la habitación, con la sonrisa más grande. Le devolví la sonrisa.

Cuando llegamos al final del pasillo, Luca colocó mi mano en la de Lorenzo. Pensé que me derrumbaría en ese mismo instante, las emociones abalanzándose sobre mí como una ola que no podía contener.

El agarre de Lorenzo era firme, cálido y seguro. Respiró hondo, sus ojos se encontraron con los míos. Era como si fuéramos los únicos dos personas en el mundo, y nada más importara.

—Has venido esta vez —susurró—. Pensé que huirías como la última vez.

—Bueno, todavía lo estoy considerando —bromeé, y él sonrió.

—Russo, vas a ser mi perdición.

—Y tú la mía, Bianchi —respondí.

—¿Estás preparada? —preguntó Lorenzo, con la voz baja y un poco ronca, como si él también estuviera abrumado por la emoción, igual que yo.

Asentí, tragándome el nudo que tenía en la garganta. —Preparada —susurré.

Luego llegaron los votos. Era casi gracioso. Hace un año, pensábamos que estaríamos diciendo esto desde un lugar de mentira para conseguir alguna herencia.

Era gracioso porque ya nos habíamos dicho todo lo que necesitábamos decir mil veces antes. Cada acción, cada mirada, cada contacto habían pronunciado las palabras que nunca habíamos sido capaces de articular por completo. Pero hoy estábamos aquí, rodeados de las personas que siempre habían estado ahí para nosotros. Y hoy, lo diríamos en voz alta.

Lorenzo cogió mis manos entre las suyas, sus ojos brillando. No necesitaba hablar para que yo lo entendiera. Nunca lo había necesitado. Pero cuando habló, sus palabras me impactaron como una avalancha de amor.

—Maria —comenzó, con la voz temblorosa de emoción—, nunca he estado tan seguro de algo en mi vida. Tú eres la mujer que quiero a mi lado por el resto de mi vida. He pasado tantos años luchando contra mis sentimientos, contra lo que sabía en mi corazón, pero ahora no queda nada por lo que luchar. Estoy aquí, y soy tuyo, para siempre. Prometo ser el padre que Matteo se merece, ser el hombre que tú te mereces.

Las lágrimas asomaron en mis ojos, y apreté sus manos, sintiendo el peso de sus palabras asentarse en mi pecho. Podía ver la sinceridad y el compromiso inquebrantable en su rostro. No lo decía solo porque era lo que se esperaba; lo decía porque lo sentía con todo su ser.

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, un ritmo familiar que había asociado con Lorenzo, cada latido una promesa, un recordatorio de todo lo que habíamos pasado. No tenía guion, ni palabras rebuscadas, solo la verdad.

—Siempre supe que eras tú —dije suavemente, las palabras saliendo como si estuvieran escritas en mi alma—. Desde que éramos solo niños, eras tú. Tú eras la persona con la que estaba destinada a estar. Lo combatí, y huí de ello, pero no podía esconderme. Creo que nunca realmente quise hacerlo. Tú me has enseñado que la familia no es cuestión de sangre. Es cuestión de amor. Es estar juntos, pase lo que pase. Me has hecho sentir segura, y prometo estar a tu lado, siempre, en todo. Te quiero.

Vi que sus ojos brillaban con algo tan crudo y profundo que no pude evitar sentirlo también. Nuestro amor no era perfecto. No estaba destinado a serlo. Era caótico, complicado, y a veces no tenía sentido. Pero era nuestro.

Esto no era solo un matrimonio. Era un vínculo forjado en el fuego, probado por la pérdida y sellado con amor. Y mientras miraba a los rostros de aquellos a los que quería —su madre, Kayla y Luca —, me di cuenta de que esto era lo que importaba. Esta era la familia que habíamos construido. No solo la que nos tocó al nacer, sino la que habíamos luchado por tener.

Entonces, como si hubiera sido planeado desde el principio, Matteo se volvió hacia Lorenzo, y su pequeña voz rompió el silencio.

—Papá —dijo, con los ojos muy abiertos, su rostro lleno de inocencia y confianza.

Lorenzo se quedó paralizado, y por un momento pensé que iba a derrumbarse. En cambio, se agachó, cogió a Matteo en sus brazos y lo estrechó con fuerza. La expresión en su rostro era de pura adoración, orgullo y amor. Era todo.

—Sí, hijo —dijo Lorenzo, con la voz cargada de emoción, las palabras apenas audibles—. Matteo. Mi hijo.

Ya no pude contenerme más. Estaba tan abrumada, feliz y agradecida por este momento, por esta familia. Sentía que todo lo que habíamos pasado, todo el dolor y la lucha, nos habían llevado a este momento perfecto y hermoso.

Y mientras la multitud vitoreaba y la música crecía, Lorenzo me besó, y no fue solo un beso —fue todo.

Todavía recuerdo la noche en la que la madre de Lorenzo nos llamó. El teléfono sonó suavemente en la quietud de nuestra casa. Lorenzo acababa de acostar a Matteo, y yo estaba en la cocina, preparando la cena, cuando vi la identificación de la llamada. Sabía que algo iba mal. La forma en que su nombre parpadeaba en la pantalla hizo que mi corazón se saltara un latido.

—Lorenzo, es tu madre —llamé en voz baja. Había hablado con ella a menudo desde la boda. Habíamos ido a visitarla, pero la vida había avanzado rápido, y estábamos inmersos en nuestro pequeño mundo. Esa noche, había algo en la forma en que su nombre aparecía en el teléfono que me hizo detenerme.

Lorenzo cogió el teléfono, su expresión segura de siempre flaqueando al escuchar su voz. Pude verlo por la forma en que se quedó quieto, cerrando los ojos por un momento, que se preparaba para algo que sabía que iba a ocurrir.

—Mamá, ¿qué pasa? —preguntó, con voz baja.

No pretendía escuchar a escondidas. Pero, de algún modo, la gravedad del momento me atrapó. Dejé de cortar las verduras, dejando el cuchillo con cuidado, sintiendo de repente que el mundo se había detenido a mi alrededor.

—Estoy muy orgullosa de ti, hijo mío —la voz de su madre crujió a través del teléfono. Era débil, como si estuviera hablando desde lejos, pero sus palabras eran claras y firmes—. Has construido tu vida y la has hecho tan hermosa. Y veo el amor que tienes. Veo cómo cuidas de ella y de Matteo.

La mano de Lorenzo se aferró a la encimera. Intentaba mantenerse entero, pero podía oír el temblor en su voz cuando respondió. —Mamá, ¿qué pasa? Me estás asustando.

—No tengas miedo, hijo —su voz se suavizó—. Solo estoy muy feliz y muy orgullosa. Me has hecho muy orgullosa. Tú y María, y

Matteo. Sé ahora que tienen todo lo que necesitan. Sé que se cuidarán mutuamente, y has hecho que mi corazón descanse tranquilo. No quiero aferrarme más. Estoy lista, Lorenzo. Estoy lista para descansar, sabiendo que estás en buenas manos.

Un sollozo se atragantó en mi garganta, y vi cómo los ojos de Lorenzo se llenaban de lágrimas. No había dicho nada, pero sabía que lo que ella estaba diciendo era un último adiós.

Podía oír su respiración débilmente, y sabía que estaba sonriendo, con esa sonrisa que solo una madre puede dar, llena de calidez y amor incondicional. —María, cariño —susurró, como si me hablara directamente—, cuida de mi hijo. Cuida de él, como siempre lo haces. Y recuerda, no solo lo tienes a él. Se tienen el uno al otro. No lo olvides nunca.

Sentí que las lágrimas brotaban, pero no me moví. Me quedé allí, en silencio, con el corazón apretándose mientras veía a Lorenzo luchar por encontrar las palabras. Finalmente, habló, con la voz cargada de emoción.

—Te quiero, mamá —susurró, sus palabras apenas audibles—, siempre te querré. Gracias por todo.

La línea se quedó en silencio. Y así, Isabella Bianchi, quien había sido una fuerza tranquila y constante en su vida, se había ido. La enfermera, que debía estar allí con ella, lo confirmó minutos después. El mundo había cambiado de nuevo, y esta vez era algo que no podíamos controlar. Era algo que teníamos que aceptar. Ella había luchado con dolor durante tanto tiempo y se había aferrado al sufrimiento por nosotros.

Lorenzo se quedó allí, sosteniendo el teléfono, mirando por la ventana la calle silenciosa abajo. Me acerqué a él en silencio y lo abracé. No dijo nada, pero no necesitaba hacerlo. Podía sentir su corazón romperse en su pecho, sentir el peso de todos los años de culpa y amor que había llevado por ella.

—Está bien, Lorenzo —susurré—, ahora está en paz.

Asintió lentamente, su cuerpo temblaba, y yo lo abracé con más fuerza, dejando que el silencio se extendiera entre nosotros, dejándole respirar. Necesitaba llorar, y yo necesitaba permitírselo. Y lo haríamos juntos.

EPÍLOGO



Pasaron unos años. Nuestras vidas cambiaron de maneras que nunca hubiera podido imaginar. Éramos una familia ahora, de verdad, una familia.

Lorenzo se había volcado en el negocio, asegurándose siempre de que fuera legítimo y centrado en construir un futuro mejor. Y juntos lo logramos. Construimos un futuro no solo para Matteo, sino también para la pequeña que había llegado recientemente a nuestras vidas, nuestra hija, Isabella.

Era pequeña pero llena de vida. Tenía los ojos de Lorenzo, pero en sus expresiones era toda yo. Y cada día la miraba y pensaba en todas las formas en que habíamos trabajado para hacer posible este futuro.

Matteo había crecido muchísimo en los últimos años. Era muy inteligente, pero seguía teniendo esa actitud despreocupada y divertida. Y aunque técnicamente era el hijo de Lorenzo, siempre había sido mi niño. El vínculo que compartíamos era inseparable. Y Lorenzo—bueno, estaba completamente enamorado.

Luca y Kayla también estaban bien. Luca se había casado con Kayla, y los dos se habían hecho cargo del negocio familiar, manteniendo todo en marcha sin problemas. Luca se había convertido en un hombre responsable y reflexivo, completamente irreconocible del tipo imprudente que solía ser. Y Kayla seguía siendo

tan feroz como siempre. Era el pegamento que lo mantenía todo unido, y la quería por eso.

Una tarde, nos reunimos todos en nuestra casa para celebrar. Los niños corrían por ahí, jugando, mientras los adultos compartían historias y risas. Yo estaba sentada con Kayla, disfrutando de una copa de vino, cuando Lorenzo se acercó y se sentó a mi lado.

—Eres preciosa —susurró, con una voz tan baja que solo yo podía oírla.

Levanté una ceja. —Me has visto en peores estados.

Él rio, sus dedos rozando los míos. —Pero esto es diferente. Ahora eres mi esposa. Mi preciosa esposa.

Puse los ojos en blanco, pero una sonrisa asomaba en mis labios. —Isabella solo tiene cuatro meses, y ya estás coqueteando conmigo como si estuviéramos de nuevo en nuestra luna de miel. No hay manera de que te deje volver a hacer eso.

—Sabes que te encanta —bromeó, dejando un suave beso en mi sien.

—¿Podéis dejar de ser tan empalagosos? —interrumpió la voz de Luca. Estaba de pie cerca, sosteniendo una cerveza y sacudiendo la cabeza. —Es ridículo.

Me reí, dándole un codazo suave a Lorenzo. —¿Ves? Esto es lo que nos pasa por estar tan enamorados.

Lorenzo se encogió de hombros. —Algunos no pueden soportarlo.

Luca puso los ojos en blanco, pero había calidez en su sonrisa. —Lo que sea, tío. Pero mantened las muestras de cariño al mínimo, ¿vale?

Matteo corrió hacia mí, su carita iluminada por la emoción. —¡Mamá! ¡Mira! ¡Encontré el juguete de Isabella! —Sostenía un pequeño osito de peluche, y era tan dulce que no pude evitar sonreír. Estaba tan orgulloso de sí mismo.

—Eres un hermano mayor estupendo —dije, atrayéndolo hacia mi regazo y besándole la frente.

Él sonrió. —Lo sé. La cuidaré siempre.

Lorenzo apretó mi mano, su voz suave. —Todos la cuidaremos.

Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que el peso de todo lo que habíamos pasado, de todos los sacrificios y de todo el dolor, se desvanecía. Esto era. Esta era nuestra vida. Y era perfecta.

Luca levantó su copa, con una expresión seria poco habitual en él. —Por la familia —dijo, y todos chocamos las copas.

—Por la familia —repetimos al unísono.

Lorenzo me miró, sus penetrantes ojos azules irradiando algo exótico y reconfortante. —Por el amor —susurró.

Éramos solo nosotros dos. La mirada de Lorenzo se mantuvo fija, manteniéndome atada a él. —Por nosotros —respondí, mientras mis labios se curvaban en una sonrisa.

Por una vez, sentí que éramos realmente, completamente completos.

FIN.